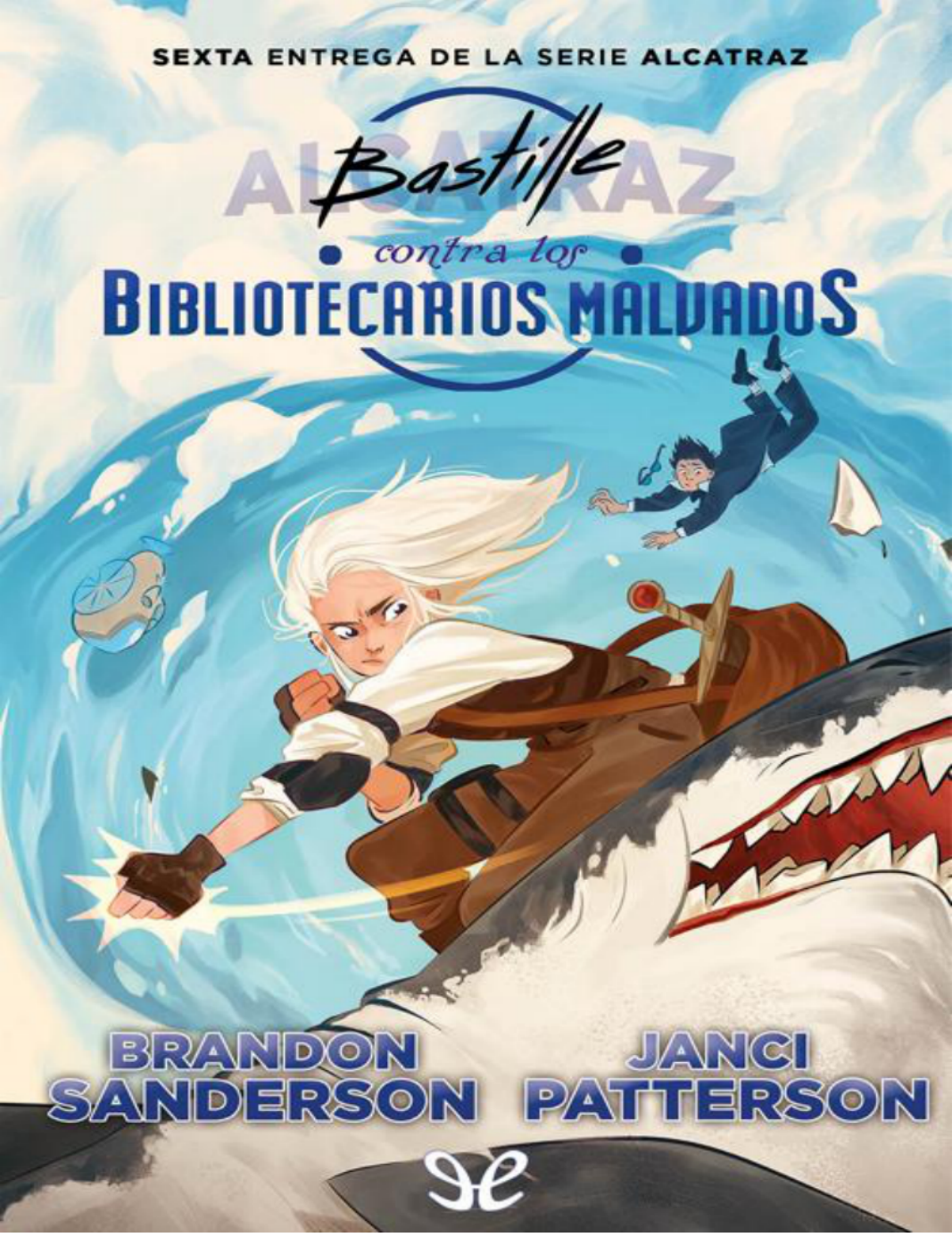
SEXTA ENTREGA DE LA SERIE ALCATRAZ

Bastille contra los Bibliotecarios malvados



BRANDON SANDERSON

JANCI PATTERSON

Bastille contra los Bibliotecarios Malvados es la última entrega de *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados*, la fabulosamente divertida serie de aventuras fantásticas *middle grade* apta para todos los públicos protagonizada por Alcatraz Smedry.

Como caballero de Cristalia, yo, Bastille, juré proteger al clan Smedry de los Bibliotecarios Malvados. (Y creedme, incluso los mequetrefes como ellos necesitan que alguien los proteja). Pero cuando ataron a Alcatraz Smedry a un altar de enciclopedias desactualizadas para ofrecerlo como sacrificio a los dioses oscures, llegué demasiado tarde. Y su padre dio la vida por él.

Ahora Alcatraz es un mar de lágrimas, así que me toca a mí liderar el ataque contra el asesino de su padre: Biblioden, fundador de los Bibliotecarios Malvados (¡creía que llevaba siglos muerto!). Biblioden ha regresado para llevar a término su plan y conseguir dominar todo el mundo. Va a utilizar los poderes oscuros que ha obtenido con el sacrificio del padre de Alcatraz para doblegar a cualquiera que no esté bajo el control de los Bibliotecarios Malvados. Morir quemado no entra dentro de mis planes, así que más me vale dar con un plan para pararle los pies.

Sé que Alcatraz se equivoca cuando dice que no es un héroe, pero, cuando un héroe no está a la altura, es el momento de que el resto demos un paso adelante y hagamos lo que haga falta.

¡El desenlace de la serie *middle grade* de los autores número 1 del New York Times Brandon Sanderson y Janci Patterson!

Brandon Sanderson & Janci Patterson

Bastille contra los bibliotecarios malvados

Alcatraz vs. los bibliotecarios malvados - 6

ePub r1.0
Titivillus 01.06.2023

Título original: *Bastille versus the Evil Librarians*
Brandon Sanderson & Janci Patterson, 2022
Traducción: Cristina Macía
Ilustraciones: Hayley Lazo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

BRANDON SANDERSON

Ilustraciones de
HAYLEY LAZO

Traducción de Cristina Macía

epublibre

Para Cortana y Kenton,
que todos los días comparten su talento conmigo.
JP

Para mis tres hijos, que me inspiran a diario.
BS

Para mis padres, Tom y Margie, que me enseñaron a
imaginar y me prestaron su apoyo a cada paso.
HML

Prólogo de la autora

Alcatraz es un imbécil.

Eso no hará falta que se lo diga a los que hayan leído *El Talento Oscuro*, la quinta entrega de sus memorias. También quiero disculparme por el final de ese último libro. Y no es que fuera culpa mía. Me disculpo como se disculpa uno cuando la tía abuela Gertrude llega a la fiesta de cumpleaños sin pantalones.

En serio, Alcatraz, ¿cómo les pudiste hacer eso a tus lectores?

Y ve a ponerte los pantalones.

Este libro lo voy a escribir yo, Bastille, en lugar de Alcatraz, porque se ha negado en redondo a hacerlo por mucho que le he suplicado y lo he amenazado a él, a sus lentes y a sus macetas. Me jura que nada le da tanto miedo como seguir contando su autobiografía más allá del punto al que llegó.

Y yo intento no tomármelo como un insulto.

En las Tierras Silenciadas, esto se publicará como si fuera una obra de ficción, bajo los pseudónimos de Brandon Sanderson y Janci Patterson, para ocultárselo al malvado culto de Bibliotecarios que controla vuestro acceso a la información sobre el mundo. A estas alturas ya sabréis que el verdadero Brandon Sanderson se dedica a escribir libros de fantasía, tan largos y aburridos que no los leen ni los habitantes de las Tierras Silenciadas.

La verdadera Janci Patterson no solo escribe fantasía, sino también literatura romántica, que es el género fantástico más ridículo que existe. Ningún Bibliotecario que se respete buscará aquí una biografía que delate cómo su maldad estuvo al borde de acabar con el mundo tal como nosotros lo conocemos. Además, ¿habéis visto lo que escribe Janci? Son libros sobre espías multiformes y novelas románticas sobre gente que se cae de una canoa. Eso no hay Bibliotecario que lo catalogue. Felicidades a todos los habitantes de las Tierras Silenciadas que hayan dado con este volumen.

En los Reinos Libres, el libro se publicará como lo que es: un relato verídico de lo que sucedió tras los trágicos acontecimientos de la Sumoteca. A los que no hayan leído los volúmenes anteriores de la

serie, les recomiendo que empiecen por el primero. Si no, no se van a enterar de nada. A los que han sufrido la espera hasta llegar a este, mis más sentidas disculpas, sobre todo para los que no visteis la nota que me las arreglé para colar al final del quinto. Y más especialmente para los de las Tierras Silenciadas, donde mi nota quedó enterrada bajo una «guía de lectura» o a saber qué otra tontería de esas de los Bibliotecarios.

Una verdadera conspiración.

En fin, el caso es que voy a contaros que todo lo que Alcatraz os dijo sobre sí mismo en los volúmenes anteriores de estas memorias es verdad.

(La editora me ha comentado que hay gente incapaz de seguir instrucciones y que no leerá los volúmenes anteriores antes de lanzarse a este. Me ha dicho que os tengo que «poner al corriente» de lo que ha pasado hasta ahora. Si es tu caso, da gracias por toda la paciencia que he desarrollado tras años de trabajar con los Smedry. Y da gracias también porque esté lejos y no pueda pegarte un bolsazo… Aunque igual no estoy tan lejos…).

Un recordatorio para todos los que habéis demostrado una incapacidad tan Smedry para seguir instrucciones: los lectores de las Tierras Silenciadas, los que vivís en África, en Europa, en las Américas y en esos sitios, estáis cegados por el culto de los Bibliotecarios malvados que quieren controlaros. Los que vivimos en lugares más avanzados, en los Reinos Libres (en lugares como Nalhalla, Calabaza y el Reino de la Reverenciada República de los Lagartos del Trueno de Dinolandia), estamos en guerra con los Bibliotecarios, en un intento desesperado de impedir que su control abarque la Tierra entera.

No tuve apenas presencia en el quinto volumen de las memorias de Alcatraz, porque me dejaron inconsciente en la gran batalla contra los Bibliotecarios en el Reino Libre de Mokia. En mi ausencia, Alcatraz se centró en evitar que su padre llevara a cabo su enloquecido plan de dar Talentos de los Smedry a todos los habitantes del mundo, tanto en las Tierras Silenciadas como en los Reinos Libres, cosa que nos habría llevado a todos a la destrucción.

Alcatraz y los demás Smedry se infiltraron en la Sumoteca (lo que en las Tierras Silenciadas llamáis la «Biblioteca del Congreso»), donde los detuvo Biblioden el Escriba, que sacrificó a Attica, el padre de Alcatraz, para crear una lente forjada con sangre. Biblioden planeaba utilizar esa lente para canalizar el poder por la Aguja del Mundo, acabar con los habitantes de los Reinos Libres y que solo quedaran los Bibliotecarios, para así dominar el mundo. ¿Ya lo tenéis todo claro? ¿Contentos?

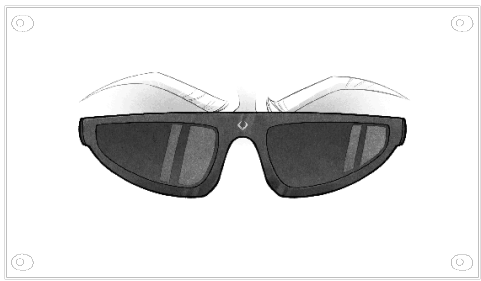
Espero que al menos sí recordéis lo que os contó Alcatraz sobre sí mismo. Es, según sus propias palabras, un mentiroso. No se considera una buena persona. A ratos puede ser muy estópido (y así me siento yo tras escribir eso. Muchas gracias, AI). En ocasiones se ha portado como un cobarde. Es, básicamente, un idiota. Y lo peor de todo: es mi marido.

Pero todo esto ya lo sabéis, ¿no? Estoy escribiendo este volumen para que sepáis la verdad: Alcatraz es también una cosa más, una cosa que le da mucho más miedo que las anteriores.

Alcatraz Smedry es un héroe.

Lo siento, AI, me vas a tener que perdonar. Pero es verdad.

Capítulo 1



Y ahí estaba yo, en pijama, echándome una siesta ideal, cuando va el mundo y se acaba.

Me despertó un clarísimo olor a canela y la sensación de tragedia inminente. Estaba atada a una cama, en una habitación que conocía: era el *Pingüinator*, el barco de cristal de los Smedry. Por debajo de la canela se percibía un ligero olor a quemado, como si alguien hubiera pegado fuego a una pastelería.

Mi último recuerdo era haber lanzado un osito de peluche contra un robot gigante en el Reino Libre de Mokia. No tenía ni idea de por qué yo, Bastille Vianitelle Dartmoor IX, princesa de Nalhalla y caballero de Cristalia, me encontraba de repente en pijama en un *Pingüinator* en llamas, y menos aún qué pintaba el *Pingüinator* en el incendio de una pastelería. Pero seguro que tenía algo que ver con los Smedry. Donde hay un Smedry hay un problema.

Mi misión era que no se metieran en líos, y allí estaba, en la cama.

Me incorporé. Mi espada también estaba atada a la mesa, junto a mí. La cogí por la empuñadura y la solté, y luego me corté las ligaduras con ella. Con la espada en la mano, me agaché para salir por la puerta y corrí hacia la escotilla del *Pingüinator*. La escotilla había

quedado dañada en un choque, y recurrí a mi fuerza crístina. La energía corrió por la gema orgánica, el cristal que llevo incrustado en la base del cuello, el que me conecta con la Piedra Mental y con todos los caballeros de Cristalia. Le di una buena patada a la escotilla con el pie descalzo.

La escotilla cedió con un fuerte sonido metálico y se abrió. Me asomé a una vasta caverna llena de chozas de piedra. Los restos del *Pingüinator* humeaban un poco, pero no estaba en una pastelería. Estaba en un lugar mucho peor.

Era una biblioteca.

Y no una biblioteca cualquiera. Por su aspecto, aquello era LA biblioteca. Un archivo tan inmenso solo podía ser la Sumoteca, debajo de lo que en las Tierras Silenciadas llamaban Washington D. C.

En el centro de aquel lugar se alzaba una torre, coronada por un altar hecho de pilares inmensos de enciclopedias desactualizadas.

Sobre el altar, atado, había un niño de trece años con el pelo castaño oscuro muy revuelto.

Alcatraz.

No sabía qué pretendían hacer los Bibliotecarios, pero, fuera lo que fuera, lo iba a impedir.

Por lo visto, los Bibliotecarios se lo habían imaginado, porque todos, del primero al último, me apuntaron con las armas y dispararon.

Solo a unos Bibliotecarios se les ocurriría atacarme a mí con armas tan primitivas. Eché mano de mis poderes crístinos para esquivarlos con velocidad y precisión, y de mi espada para parar algunas balas y devolverlas hacia los Bibliotecarios, que se agacharon y se pusieron a cubierto.

Salté del *Pingüinator* caído y corrí por el laberinto de chozas. Aquella sala era una especie de cámara central llena de edificios de archivos, muchos de ellos llenos hasta los topes de cosas raras como cartas con símbolos extraños y texto en letra pequeña. Más tarde, Alcatraz me explicó que eran «cartas de Magic», aunque no les vi mucha magia.

Los Bibliotecarios me siguieron disparando y otros abrieron fuego desde la cima de la torre donde tenían a Alcatraz. Pasé como una flecha entre los edificios, espada en ristre, y me dirigí hacia la torre central.

Llegué justo a tiempo de ver a un Bibliotecario a medio camino de la cima, aflojando las tuercas de la escalerilla metálica que subía por un lado de la torre. Una sección se derrumbó con estrépito, y el Bibliotecario se centró en la siguiente.

Eché mano de los poderes crístinos para subir aún más deprisa mientras el Bibliotecario, aterrado, trataba de soltar más tuercas de la escalerilla. Llegué a la sección que ya se había derrumbado, salté y me agarré con la mano libre al peldaño más bajo, y me di impulso para subir. Casi no me dio tiempo antes de que un rayo de luz iluminara la cima de la torre, seguido por un grito ensordecedor de angustia. Luego, otro grito más. Era Alcatraz.

Un sonido metálico palpitante recorrió la habitación cuando una aeronave bibliotecaria, de esas que llevan en la parte de arriba unas aspas grandes que giran, se aproximó a la cúspide.

Se posó en la torre. Se iban a llevar a Alcatraz y a Attica. Tenía que detenerlos. Subí a toda prisa por la escalera de caracol y me di de bruces con otro grupo de Bibliotecarios, que me apuntaron con sus armas.

Abrieron fuego. Maniobré, me retorcí, desvié algunas balas con la espada y esquivé las demás antes de saltar por los aires para aterrizar justo delante de los Bibliotecarios, que retrocedieron como pudieron. Agarré al que pillé más cerca de la torre, le di un puñetazo en toda la cara y lo lancé contra los otros. El grupo entero cayó de las escaleras, con lo que me dejaron el camino despejado.

Oí pisadas detrás de mí y me volví, espada en ristre.

—¡Soy yo, soy yo! —gritó Lord Kazan, el tío de Alcatraz.

Detrás de él venía mi madre, Draulin, con cara de tener ganas de saltarle por encima (Kaz medía un metro veinte, así que no era una proeza, no hacían falta poderes de caballería) para adelantarlo. Ya habían salvado el hueco de la escalera derrumbada. A día de hoy, Kaz sigue sin querer contarme cómo lo hizo. Sospecho que mi madre lo lanzó volando.

Por encima de nosotros, la aeronave bibliotecaria despegó de la torre.

«Alcatraz», pensé. Nosotros no tendríamos manera de seguirlos, pero, de todos modos, subí corriendo el resto de los peldaños. Si llegaba pronto, tal vez podría saltar y agarrarme a la aeronave. Tal vez podría salvarlo.

Al final no hizo falta. Llegamos demasiado tarde, pero no de la manera que me imaginaba.

Alcatraz estaba tirado al pie del altar, apoyado contra un tomo de enciclopedia, el
X-Y.
Attica también estaba allí…

O, más bien, allí estaba el cuerpo de Attica, ensangrentado, con el pecho abierto, sin el corazón.

—¿Alcatraz? —dije.

—¡Cristales! ¡Oh, no! —gritó Kaz, que había llegado detrás de mí. Corrió hacia Attica.

Era demasiado tarde. Habíamos llegado demasiado tarde. Seguro que Alcatraz había visto lo que le habían hecho a Attica y…

—¡Tenemos que irnos, Kaz! —dijo mi madre.

Yo aún no sabía que el abuelo de Alcatraz, Leavenworth Smedry, había apretado el botón de autodestrucción. Teníamos que irnos, claro que teníamos que irnos, como pronto veréis.

Pero en ese momento me preocupaba más lo que los Bibliotecarios le habían hecho a Attica. Había llegado tarde para impedirlo, pero, si los Bibliotecarios habían escapado, teníamos que saber quiénes eran y adónde iban.

—¿Quién estaba aquí arriba contigo, Alcatraz? Se han marchado en una aeronave. ¿Por qué te han dejado aquí? ¿Me oyes?

Alcatraz no respondió.

—Carga con él, Bastille —dijo mi madre—. Leavenworth y Attica han muerto, así que Alcatraz es el último Smedry por línea directa. Tenemos que ponerlo a salvo.

¿Leavenworth estaba muerto? Imposible. El viejo Smedry era como el viento, o como… como las fiestas de cumpleaños. Como todas esas cosas que no soportas, pero que al final te acaban gustando. Implacable e inevitable.

Meneé la cabeza. Seguro que Leavenworth estaba bien. Íbamos a escapar, nos lo encontraríamos por cualquier lugar con su esmoquin diminuto, riéndose y preguntando por qué habíamos tardado tanto.

Kaz alzó la vista hacia mi madre con los labios apretados.

Cristales rayados, ¿qué estaba ocurriendo?

—Se están dispersando a toda velocidad —dijo Kaz—. Creo que los líderes Bibliotecarios no han desactivado la explosión que programó papá. Si no, ¿por qué iban a abandonar todo esto? ¡La Sumoteca, nada menos! Y mi hermano… ¿Qué está pasando aquí?

No importaba. Mi madre tenía razón. Alcatraz era responsabilidad mía. Ya le había fallado una vez (¿solo una vez?), y no iba a fallarle de nuevo. Me lo eché al hombro, di la espalda al altar de enciclopedias y bajé por las escaleras a toda velocidad. Mientras corría, me saltaron como una alarma las palabras de Kaz.

—¿Qué es eso de la explosión? —grité hacia atrás.

—¡La biblioteca se va a autodestruir! —me gritó él, mucho más cerca de mí de lo que esperaba. Volví la cabeza y vi que mi madre se lo había cargado a las espaldas y corría pisándome los talones—. Papá la activó para asustar a los Bibliotecarios. Dio por hecho que podrían desactivarla, pero tal vez al final decidieron no hacerlo.

No tenía lógica. La Sumoteca era un lugar sagrado para los Bibliotecarios. Estaban tratando de construir una nueva Alejandría. No iban a permitir que todo aquello fuera destruido.

A menos que tuvieran una buena razón. Se me ocurrían un montón de preguntas, pero no era el momento. Alcatraz se movió sobre mi hombro y dejó escapar un gemido. Abrió los ojos, pero miró sin ver.

«Siento de verdad que hayas presenciado eso», pensé. Attica no había sido el mejor padre del mundo, pero seguía siendo el padre de Alcatraz.

En el pasado, había visto a Alcatraz sonreír, bromear, quejarse y protestar en situaciones en las que pensé que no iba a sobrevivir. Y en aquel momento no se estaba quejando ni protestando, así que las cosas iban muy muy mal. Había visto a los Bibliotecarios asesinar a su padre ante sus ojos. Eso acaba con cualquiera.

Así que no me importó cargar con él. No esperaba que se recuperara como si tal cosa. Cuando ves que le pasa una cosa así a alguien a quien quieres, por complicada que sea vuestra relación…, no te quedas igual.

Pero esperaba por su bien que pudiera recuperarse.

Llegamos al agujero entre los peldaños y lo salvé de un salto con Alcatraz a cuestas. Mi madre, con Kaz sobre los hombros, cayó junto a mí con un sonido metálico y me adelantó cuando llegamos al pie de la escalera.

—¿En qué consiste el plan exactamente? —pregunté.

—¡En escapar! —me gritó Kaz.

Eso ya me lo había imaginado, aunque no sabía qué más podía esperar. A los Smedry les gustaba meterse en las situaciones sin planes

previos.

Había esperado que hicieran una excepción, sobre todo para no volar por los aires nada más empezar la historia. Las explosiones son malísimas para la piel, y ni te cuento cómo te dejan el pelo.

Corrimos entre cientos de chozas de piedra llenas a rebosar de chatarra y baratijas. Era como si los Bibliotecarios fueran un culto compuesto de abuelas aficionadas a las rebajas. Entre las chozas había caminos de piedra, algunos de los cuales subían y se curvaban en el aire para formar puentes naturales.

Unos cuantos Bibliotecarios se escabulleron al vernos. Todos vestían túnicas oscuras y llevaban en las manos cosas como tapas de botella, matrículas de coche o libros de cocina.

Esas abuelas eran capaces de catalogar cualquier cosa.

—¡Ahí! —dijo Kaz al tiempo que señalaba un hueco tras una escalera de piedra. Folsom Smedry, el primo de Alcatraz, se había refugiado allí con su flamante esposa, Himalaya, y su equipo de Bibliotecarios reformados.

Nos acercamos a ellos, y mi madre se agachó para que Kaz se bajara de sus hombros. Llevé a Alcatraz al hueco, a salvo de las rocas que caían del techo y arrollaban los edificios.

Mi madre nos miró con cara de preocupación. Se diría que las circunstancias lo justificaban, pero es que era mi madre. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que me ha mirado con preocupación, y me sobran la mitad.

Kaz revisó el techo, alerta por si caían piedras, y corrió hacia los restos del *Pingüinator*. No nos iba a servir para salir de allí, pero quizá contuviera algo útil.

Solté a Alcatraz con poca delicadeza y sopesé la situación. Había cuerdas que bajaban de un gran agujero en el techo, pero eran cortas. La punta colgaba a varios metros de altura, fuera de nuestro alcance.

Suspiré. Solo podíamos hacer una cosa.

—Lord Kazan —dije—, vas a tener que utilizar tu Talento para sacarnos de aquí.

Los Talentos de los Smedry eran una colección variopinta. Cada miembro de la familia tenía un poder propio, alocado e impredecible. A mí me gustan las cosas sólidas, dignas de confianza, reproducibles. A las malas, me gustan las cosas apuñalables.

Los Talentos no eran nada de todo eso. Nunca se sabía por dónde iban a salir. Kaz tenía el Talento de perderse, así que tal vez podría sacarnos a todos de la Sumoteca antes de que volara por los aires. No sabía dónde acabaríamos, pero casi cualquier lugar sería preferible a aquel.

Kaz sacó un maletín del *Pingüinator* y apartó unos trozos de cristal. Luego me miró con desaliento.

Todos me estaban mirando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Los Talentos ya no funcionan —dijo Himalaya—. Alcatraz los ha roto.

—¿Que ha roto los Talentos? —El Talento de Alcatraz es el más poderoso y temible: rompe cosas. Pero romper los propios Talentos…, ¿cómo era posible?—. ¿Me estáis tomando el pelo?

—Por desgracia, no —dijo Folsom—. Desde la batalla de Mokia, ya no funciona ninguno de los Talentos.

No sé por qué me sorprendió tanto. A Alcatraz le das un cubo de pintura morada y cuando vuelves te encuentras con que ha roto el cubo, sí, pero además tiene un charco de pintura azul a un lado y uno de pintura roja al otro. A veces me daba la sensación de que la misión de proteger a los Smedry era como estar al cargo de un montón de niños de tres años.

Debería haberme alegrado. Los Smedry, sin Talentos, serían niños de tres años un pelín menos caóticos. Pero también menos capaces de sacarnos de allí antes de que la Sumoteca volara por los aires, así que, bien pensado, tal vez eran más niños de tres años que nunca.

—A ver, vamos a pensar —dijo mi madre—. ¿Qué opciones tenemos?

—Volar por los aires —dijo Kaz.

Todos lo miramos.

—¿Qué pasa? —insistió—. Es la principal opción…

Me retiré más hacia el fondo de las escaleras, porque otra aeronave bibliotecaria pasó sobre nosotros. Bien vista, esta parecía tripulada por un grupo de dinosaurios. Volaba en zigzag hacia el agujero del techo. Si nos vieron, no se les ocurrió volver para ayudarnos.

De mucho sirven los dinosaurios.

—Necesitamos un vehículo —dijo Folsom Smedry.

Folsom siempre me ha parecido poco latoso para ser un Smedry, hasta donde puede ser menos latoso un despertador que no para de sonar comparado con otro. Pero iba a echar de menos su Talento para bailar fatal si los Bibliotecarios que quedaban dejaban de correr como conejos asustados por sus chapas de botella y se daban cuenta de que no pintábamos nada allí. Miré hacia el techo inestable.

—No nos da tiempo a buscarlo. Esto va a volar por los aires en cualquier momento.

—No, no —protestó Himalaya—. No es de esos mecanismos de autodestrucción. Mis antiguos amigos eran malos, pero no se habrían

arriesgado a acabar con Washington D. C. y con todos sus habitantes en la autodestrucción de la Sumoteca.

—Entonces ¿qué crees tú que va a pasar?

—Ah —dijo la Bibliotecaria buena—, sospecho que el mecanismo llenará todo esto de magma. No estallaremos. Más bien nos fundiremos.

Pues qué bien.

—¿Qué hacemos? —preguntó mi madre. La caverna volvió a retumbar. Sí que empezaba a hacer más calor. Un grupo de ayudantes de los Bibliotecarios pasó corriendo junto a nosotros con montones de facturas viejas de lavado de coches. (Sí, esta gente archiva todo lo que tenga palabras escritas. No, no sé qué les ha dado).

—No podemos escapar —dijo Kaz—. Entonces… ¿intentamos desactivar el mecanismo? Papá dijo por la radio que lo había puesto en marcha cerca de los mandos del sistema de ventilación.

—Por mí, perfecto —dijo Folsom—. Así que ya pode… ¡Aaah! ¡Magma! ¡Corred!

Señaló hacia un punto lejano de la caverna. El magma al rojo vivo había empezado a entrar por un agujero en la pared de piedra, precedido por una oleada de calor y el olor penetrante del azufre. El magma se derramó por el suelo y empezó a bajar hacia nosotros.

Capítulo 2

Me he leído todos los libros de esta serie autobiográfica, así que sé muy bien cómo tienen que empezar los capítulos. Alcatraz dice algo desagradable, o condescendiente, o las dos cosas a la vez. Forma parte de su plan para presentarse como «hombre de paja», como incorregible, sin sustancia, sin integridad.

Yo no tengo el menor interés en convenceros de que soy un hombre de paja, perdón, una mujer de paja. Me sale sustancia por los poros y soy demasiado borde para ser condescendiente. Y si me parece que sois idiotas, os lo voy a decir, no os lo voy a dar a entender de una manera superespabilada, con animalitos del bosque y explosivos. Y no, no creo que seáis idiotas. Si habéis sobrevivido a los chistes de Alcatraz y a sus juegos de palabras, es que sois muy listos.

O tan listos como para dejaros de introducciones cuando viene un río de magma que va a matar a todo el mundo.

Mi madre, los soldados Bibliotecarios buenos y todos los Smedry salieron disparados. A mí me dejaron atrás para que me echara a Alcatraz al hombro y lo sacara de allí.

Empezamos a correr en dirección contraria al magma…, que, como era magma, no es que corriera mucho. Pero se seguían abriendo

agujeros en las paredes para que entrara más. Me permití disfrutar de la idea de que iba a caerles encima a los Bibliotecarios.

Himalaya iba a la cabeza. Esperaba que su sentido de la orientación fuera mejor que su gusto con los hombres. O sea, se había casado con un Smedry. Hay que estar muy loca.

Bueno, mejor dejemos ese tema.

Mi confianza en ella estaba justificada. Pese a protestar y decir que no conocía muy bien la Sumoteca, nos sacó de la caverna principal hacia un túnel que, según nos dijo, tal vez llevara a una sala de control.

Yo fui la última en salir de la cámara principal. En la entrada del túnel, me detuve un momento y volví la vista hacia el altar, a lo lejos. No alcancé a ver el cuerpo de Attica Smedry, pero lo recordé. Me estremecí. He visto muchas cosas perturbadoras a lo largo de mi vida, pero esa imagen de Attica aún me persigue.

Había fracasado. Sí, cierto, estuve inconsciente durante casi todo lo que pasó en la Sumoteca, pero soy una caballero de Cristalia. He jurado proteger a la familia Smedry. Attica y Leavenworth estaban muertos, y la responsabilidad era mía.

(No, estar en coma no es excusa. ¿Por qué? Porque lo digo yo).

El magma consumió la base de la torre. El humo se elevó de la cámara de archivos en llamas. El calor hizo que me corriera el sudor por la frente. Meneé la cabeza, me despedí de Attica Smedry pese a que fuera un imbécil arrogante y me agaché para correr con los demás por el túnel.

El túnel era típico de los Bibliotecarios. Bla, bla, bla, lámparas en forma de cráneos; bla, bla, bla, todo oscuro y ominoso; bla, bla, bla, no tenemos imaginación. Por desgracia, allí también empezaba a hacer mucho calor. Me arriesgué a mirar hacia atrás por encima del hombro, del otro hombro, el que no cargaba con Alcatraz, y me encontré con que el magma se estaba filtrando por los agujeros de las paredes.

Pues qué bien.

Himalaya nos hizo cruzar una puerta metálica que llevaba a lo que parecía el archivo de prendas de vestir de la Sumoteca. Había colgadores y más colgadores con camisetas con texto escrito en la pechera, pantalones con palabras escritas en la parte de atrás y una pared entera de cubos llenos a rebosar de esas etiquetas tan molestas que hay que quitar de los cuellos de las camisas de las Tierras Silenciadas. (¿Por qué creéis que los Bibliotecarios las ponen ahí, cuando la etiqueta sería menos incómoda en cualquier otro lugar de la prenda? Pues porque es más fácil controlaros cuando estáis

incómodos, así que hacen todo lo posible por molestar, etiqueta a etiqueta).

—Creo que es por aquí —dijo Himalaya—. El camino estaba señalado en un mapa que vi antes. El pasillo tiene que estar por alguna parte.

—¿Himalaya? —intervino Kaz—. Soy el experto en perderse, y he de decir que me parece que por aquí no se llega al sistema de ventilación.

Himalaya, Folsom y los Bibliotecarios reformados buscaron la salida entre los percheros. Yo dejé a Alcatraz en el suelo y también empecé a examinarlos.

—Bastille, no creo que el camino esté entre los pantalones —me dijo Kaz.

—No, pero no me quiero pasar el resto del libro en pijama, así que me voy a poner otra cosa.

No sé cómo, Alcatraz se las había arreglado para que lo ataran a un altar de enciclopedias vestido de esmoquin. No era lo más práctico del mundo, desde luego. Para enfrentarme al magma y a los Bibliotecarios asesinos, yo prefería algo que me protegiera, por primitivo que fuera. Habría dado cualquier cosa por tejido cristalino, pero tenía que conformarme con ropa de las Tierras Silenciadas.

—¡Bien! —dije cuando por fin di con lo que buscaba en un colgador lleno de monos de trabajo con diferentes palabras escritas en la espalda. Cogí una percha con un equipo completo de goma negra y una sola palabra en letras blancas: POLICÍA.

Para los lectores de los Reinos Libres: Licia era un país que había antes en Asia, en las Tierras Silenciadas. Los policías son las escuadras de Bibliotecarios que había allí por aquel entonces. Debía de ser un lugar muy peligroso, y por eso tenían que ir protegidos.

Me escondí detrás de un cubo enorme lleno de viseras con diferentes eslóganes y me puse la armadura nueva. Era un poco rígida, ni de lejos tan flexible como el tejido cristalino, y más voluminosa de lo que me habría gustado, pero por el momento no tenía nada mejor.

Volví a coger a Alcatraz y corrí tras Himalaya, mi madre y los demás. Himalaya y otro Bibliotecario se habían puesto a ordenar alfabéticamente un colgador con baberos. Todos tenían algo escrito, y me imaginé que era una advertencia sobre los peligros de los bebés.

—¿Estáis organizando cosas? —pregunté a Himalaya—. ¿No os habíais reformado?

—Claro que sí —respondió—. Hemos dejado la maldad. No la organización alfabética. No somos monstruos.

Ir con tantos Bibliotecarios, reformados o no, hacía que me

entraran picores. Probablemente porque los Bibliotecarios son como una escocedura: resultan muy irritantes y aparecen en el lugar más inesperado.

—¡Creo que he encontrado algo! —gritó Folsom, y todos corrimos hacia él, yo con Alcatraz rebotándome en el hombro, ahora blindado.

Folsom estaba en un pasillo estrecho, ante otra puerta de metal. Cuando la abrió, se encendió una luz roja en la pared y empezó a sonar una sirena con un aullido penetrante. Desenvainé la espada y avancé para darle una estocada. Si sirve para que se calle la gente…

—¡No, espera! —dijo Himalaya.

Apretó un botón de la pared y la alarma se apagó, aunque la luz roja siguió parpadeando.

Rayos. Bajé la espada. La gente subestima el valor de una buena estocada.

En aquella habitación, con superficies metálicas y pantallas de ordenador, todo era impecable, como si quisieran que pareciera moderna. No me engañaron. La tecnología cristalina de los Reinos Libres era mucho más avanzada. Los Smedry se arremolinaron en torno a los paneles de control y yo dejé a Alcatraz en el suelo, contra una pared. Para que no se notara lo cansada que estaba. No era por Alcatraz. Era por…, bueno, por todo.

Mi madre se acercó a mí.

—Caballero Bastille —dijo con aquel tono formal tan insoportable —, ¿requieres asistencia?

Cristales rayados. Ya tenía otra vez cara de preocupación.

—No, para nada —dije—. Es que me acabo de despertar de un

coma, he luchado contra tres docenas de Bibliotecarios, he subido hasta la cima de una torre gigantesca, me he cargado a una persona al hombro y he venido corriendo hasta aquí sin descansar un momento. No entiendo qué te hace pensar que necesito ayuda.

La mirada de preocupación se transformó en otra de desaprobación con la que me sentí más a gusto.

—Ese talante irascible es impropio de alguien de tu posición, caballero Bastille. Empiezo a temer que se te estén pegando cosas de los Smedry.

—No —dije, al tiempo que miraba a Alcatraz, catatónico—. Pero este me ha llenado de babas.

La desaprobación de mi madre se volvió más intensa.

—Esto no pinta bien, Bastille —dijo—. Siempre contamos con los Talentos para salir de este tipo de situaciones.

Miró en dirección a la puerta. El túnel se estaba tiñendo de luz roja. La ola de magma se acercaba, aunque aún no había llegado. Tragué saliva.

—¿Y las lentes?

Mi madre me miró.

—Leavenworth ha muerto, niña —dijo, muy pálida—. Biblioden lo ha matado de un tiro.

¿Qué? ¿Qué?

—¿Qué lo ha matado Biblioden el Escriba? ¿Un tipo que no puede estar más muerto?

Mi madre asintió.

—Cristales rayados —susurré. No era la primera vez que alguien disparaba contra el viejo Smedry, pero era capaz de llegar tarde hasta al encuentro con una bala.

Pero antes tenía un Talento. Bajé la vista hacia Alcatraz, que tenía los ojos cerrados, aunque no supe si era porque estaba dormido o porque quería cerrarse al mundo.

Su abuelo se había quedado sin Talento, y era culpa de Alcatraz.

Me imaginé el dolor que debía de estar sintiendo.

—Entonces ¿el que se fue en la aeronave era Biblioden? —pregunté—. ¿Se llevó a Shasta?

—Era él —asintió mi madre—. Sus sectarios cogieron prisionera a la madre de Alcatraz, pero no me pareció que se fuera con él. No sé dónde está Shasta. Me preocupa más saber cómo vamos a escapar nosotros. —Miró a los demás—. No tenemos Talentos ni oculantistas. Dos herederos del linaje Smedry han muerto, y otro está catatónico. —Titubeó un momento—. Lo has hecho muy bien, hija. Quiero que lo sepas.

Mi madre me estaba alabando. Y peor aún, no lo habíamos hecho bien, así que me lo decía para que me sintiera mejor.

Eso significaba que las cosas iban muy muy mal.

Me arrodillé junto a Alcatraz. Cuando lo cargué la primera vez, estaba despierto, consciente hasta cierto punto, pero ahora tenía los ojos cerrados y casi no respiraba. Había perdido a su padre y a su abuelo el mismo día. Tenía derecho a sentirse al borde del abismo.

Nada iba como debía ir. No tendría que haberme sorprendido, porque cuando hay algún Smedry de por medio las cosas suelen ir mal. Pero luego, al final, iban bien. Nadie acababa muerto sobre un altar.

—Alcatraz, te necesito —dije.

Ni se movió. Tenía el ceño fruncido y arruguitas en la frente, y sentí un nudo de pena en el corazón.

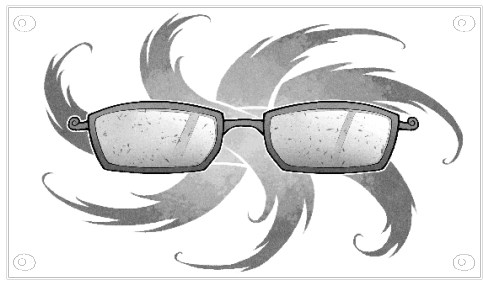
(Y sí, era de pena, nada más. Ahora estoy casada con Alcatraz, pero por aquel entonces lo nuestro era platónico, como veréis en este relato absolutamente verídico de los acontecimientos).

—Nos hace falta un milagro —susurré—. Como los que siempre haces tú. Necesito que seas sociable, y temerario, y que ganes cuando es imposible. Es lo tuyo. Por favor.

En ese momento, por fin, Alcatraz hizo algo.

Empezó a roncar.

Capítulo 3



Los que encontrasteis mi nota al final del anterior volumen de la autobiografía de Alcatraz (por cierto, felicidades por vuestra capacidad de observación) seguro que os estáis preguntando por qué pierdo tanto tiempo llorando a Leavenworth Smedry. Porque ya sabéis que el viejo Leavenworth no está muerto.

Os recuerdo que si lo sabéis es porque yo os lo dije, y yo me enteré más adelante. Pero en este momento de la historia, todos estábamos hundidos en el dolor y la culpa, que son emociones terribles. Son como gatitos: te clavan las uñas y te desangran gotita a gotita.

La incredulidad que yo sentía por la pérdida del anciano Leavenworth no era como la que sentís vosotros ahora. Supongo que estáis a la espera del momento en que se descubra que tanta pena era innecesaria, para así ahorraros experimentar nuestro dolor. Pero a mí me tocó vivirlo.

De nada.

Dejé a Alcatraz babeando en el suelo y corrí hacia Kaz, Himalaya y Folsom, que se encontraban junto a los controles. Estaban discutiendo con unos cuantos Bibliotecarios rebeldes de Himalaya. Eran como dos docenas, y casi todos estaban mirando por la puerta y mascullando

algo sobre el magma.

—¡Alguien tiene que saberlo! —exclamó Himalaya.

—Yo no —dijo un Bibliotecario de pecho amplio—. O sea, yo creía que lo sabía Timpanogos.

—Ni de broma —dijo la Bibliotecaria—. ¿Te piensas que me leí eso?

—El magma está muy cerca, listos —les solté—. ¡Daos prisa, salvadnos!

—Eso intentamos —dijo Himalaya—, pero el mecanismo de autodestrucción pide una contraseña para desactivarlo.

Me señaló la pantalla.

Donde se leía: ULISES, EPISODIO 7.

—¿Es una serie? —pregunté.

—Una novela —dijo Folsom—. De James Joyce. Está considerada como una de las obras literarias más importantes, inteligentes y complejas jamás escritas.

—¿Y entonces?

—Ninguno la hemos leído —reconoció Himalaya.

—¡Pero si acabas de decir que es importante! —grité—. ¡Inteligente, compleja, todo eso!

—Sí, claro —dijo un Bibliotecario—. Y por eso todos decimos que la hemos leído. Pero lo cierto es… Bueno, vale, alguien te dice que un libro es importante, pero ¿eso te da ganas de leerlo?

—Yo lo tenía en la pila —dijo Folsom.

—Lo guardaba para cuando tuviera tiempo —asintió Himalaya.

—Tengo entendido que es muy profundo —dijo el Bibliotecario corpulento—. Que las alusiones literarias son excepcionales.

—He ido a seis conferencias sobre ese libro —aportó la Bibliotecaria—. Estoy casi segura de que uno de los conferenciantes se lo había leído.

—Yo me dormí leyendo el índice —reconoció Folsom.

—Ah, pues sí que es un libro importante, si hasta el índice consigue que te duermas —dijo el Bibliotecario fornido.

—¿Verdad? —opinó Folsom.

Me concentré en la pantalla, donde había una cuenta atrás debajo de donde había que meter la contraseña. «Ese es el tiempo que falta para que esto se llene de magma —supuse—. Apenas unos minutos».

Era el momento de tomar medidas desesperadas, y con lo de desesperadas me refiero a las que suelo tomar siempre. Levanté la espada y me dispuse a hacer pedazos el panel de control.

—¡Bastille! —gritó Himalaya.

—¿Qué? —dije—. No sabéis la contraseña y esta vez no la vais a

averiguar a tiempo, ¿no?

—Bueno, no.

—Entonces vamos a romper esto, a ver si sirve de algo. —Me encogí de hombros—. ¿Qué mal puede hacer?

—Mucho —dijo Himalaya—. Nada de espadas.

Cuánta ignorancia. Suspiré y miré de reojo hacia el pasillo. El magma había llegado y estaba haciendo que la base de la puerta de metal se derritiera entre columnas de humo. Ya se estaba colando por debajo, y el calor era insoportable. (Los de las Tierras Silenciadas podríais señalar ahora que el magma solo se llama magma cuando aún está en el interior de la tierra, y que la roca líquida que nos rodeaba era en realidad lava. A eso diré que os han educado unos Bibliotecarios). Estábamos prácticamente atrapados en aquella estancia.

Era el fin. Les había fallado a los Smedry, y ahora iba a fallarle a todo el mundo. Los Bibliotecarios empezaron a discutir de nuevo. Aparté la vista del magma para concentrarme en las pantallas de la pared. Condenada tecnología antigua, con sus…

—¿Qué es eso? —dije, señalando una pantalla en la que se veían unos ventiladores gigantescos en sus cápsulas metálicas.

—El sistema de ventilación —dijo Himalaya—. Estábamos pensando en utilizarlo para enfriar el magma, pero el viejo Smedry bloqueó los controles centrales. Ahora los ventiladores solo se pueden activar de manera local.

—Si hay ventiladores, es que hay una salida para traer aire de fuera.

—Sí, pero los conductos suben a la superficie en vertical. No podemos trepar por ahí.

Quizá no, pero eso me sugería otra idea.

—¿Dónde está el más cercano?

—Un poco más allá de… ¡Eh!

Esto último lo dijo cuando, a toda prisa, cargué con Alcatraz y me lo eché al hombro.

—¡Seguidme! —grité.

Fui hacia la puerta. El magma ya se había acumulado en la parte de abajo, y el calor era terrible. Me cargué las bisagras con la espada y le di una patada a la puerta para que cayera sobre el magma.

Se empezó a calentar al momento y los bordes se derritieron con un humo horrible que me quemó los pulmones. Pisé sobre la puerta y salté hacia una zona del túnel que estaba más allá de la entrada de magma más próxima. Allí el suelo aún estaba frío. El sudor me corrió por la frente, pero llegué a una zona segura del túnel. El camino hasta

la caverna principal era una alfombra de magma al rojo vivo.

Los demás se arremolinaron ante la puerta.

—¡O cruzáis por el puente antes de que la puerta se funda del todo, o esperáis a que llegue el magma y os funda a vosotros! —les grité.

Uno tras otro, me imitaron y cruzaron a toda prisa saltando sobre la puerta cada vez más caliente. Les tendí la mano para ayudarlos y todos lograron esquivar el magma, aunque el Bibliotecario corpulento se quedó sin la mitad inferior de los pantalones y las suelas de los zapatos. Luego volvimos a correr para escapar de la ola ardiente.

Kaz iba a mi lado y de cuando en cuando miraba hacia atrás.

—Por lo menos va despacio —dijo.

—Sí —dije, tratando de que no se me notara el cansancio. La piedra crístina que llevaba al cuello no me daba energía inagotable.

—El magma no es lo que nos va a matar, claro —dijo Kaz—. Es el humo, el calor. Eso acabará con nosotros mucho antes de que nos queme la piedra fundida.

Qué conversación tan encantadora. Aquello me hizo caer en la cuenta de lo mucho que estaba sudando y del calor tan espantoso que hacía en el túnel. Pero, cuanto más bajábamos, más fresco era el aire, y más fuerte la brisa. Nos estábamos acercando a los ventiladores. Y sí, pronto llegamos a un punto donde el túnel terminaba en un pozo enorme. Había un puente de pinta muy frágil sobre el agujero del suelo, y la corriente de aire de los ventiladores hacía que se meciera.

Un grupo de Bibliotecarios acababa de cruzarlo. Uno nos señaló. Otra sacó un hacha enorme (una Rompelomos P231, creo que el modelo 2001, con púa de equilibrio opcional y mango de imitación de piel de tiburón. No es mala arma, pero, para mí, donde esté la P241…). La Bibliotecaria del hacha procedió a cortar el puente al tiempo que lanzaba una risa maniaca, y luego corrió a reunirse con los Bibliotecarios que huían túnel abajo, al otro lado.

—¡Condenados monstruos! —gritó Folsom—. ¡Estamos atrapados!

No le presté atención. Me asomé por el borde para mirar los gigantescos ventiladores, que apenas se veían por la falta de luz.

—Igual el aire hace que el magma vaya más despacio —dijo Himalaya, esperanzada, mirando a sus Bibliotecarios rebeldes.

Era improbable. Ya me extrañaba que los ventiladores siguieran funcionando. Se detendrían en cuanto el generador de la Sumoteca sucumbiera ante el calor.

Mi madre me lanzó una mirada extraña. Yo respiré hondo y le tiré a Alcatraz.

—Aguántame el equipaje —dije.

Y salté al pozo desde el borde.

Caí apuntando con la espada a las aspas de un ventilador, rezando para que mi puntería fuera buena. Entré con la espada por delante y mi recompensa fue un chirrido metálico y una buena sacudida. Cuando el mundo paró de temblar, me encontré agarrada al puño de la espada, con los pies bien firmes contra el marco de un ventilador y las gigantescas aspas chirriando, tratando de moverse. Pero la espada estaba bien metida entre las aspas y la estructura de acero que las envolvía.

Excelente. Solté la respiración contenida. La primera parte de mi plan, que consistía en no acabar hecha pedazos, había funcionado. Por el momento. El motor del ventilador seguía forzando las aspas. Mi espada era fuerte, pero mejor no ponerla a prueba. Solté la empuñadura y pasé por encima de la estructura que sujetaba el ventilador a las paredes. Era plenamente consciente de que mi arma podía salirse de su sitio en cualquier momento, y las aspas volverían a girar. Si el aire me hacía perder el equilibrio, acabaría convertida en papilla de Bastille.

—¿Bastille? —me gritó Kaz desde arriba—. Eh…, entiendo que acabar en un charco de magma no es una muerte muy noble, pero lo de suicidarte ha sido un poco exagerado, ¿no?

—No me he suicidado —gruñí.

Abrí una portezuela en la pared para dejar al descubierto los botones de control de los ventiladores.

Lo siguiente iba a ser difícil, pero estábamos en una biblioteca, así que los botones estaban perfectamente etiquetados. Bajé unas cuantas palanquitas, corrí de nuevo por la estructura y cogí la espada en el momento en que todos los ventiladores se detuvieron… y, muy despacio, volvieron a ponerse en marcha. Grité, salté hacia arriba, contra la pared, clavé la espada con todas mis fuerzas y me quedé allí colgando, con las rodillas dobladas, mientras los ventiladores volvían a coger velocidad.

Pero ahora las aspas giraban en dirección contraria.

—¡Preparaos! —grité a los demás—. ¡He desconectado el seguro que impedía que los ventiladores fueran demasiado deprisa!

Abajo, las aspas se convirtieron en un borrón cada vez más veloz a escasos centímetros de mis pies.

—¿Por qué? —Quiso saber Kaz.

Tuve que gritar para hacerme oír por encima del rugido del aire y el traqueteo de los ventiladores.

—¡Porque este aire tiene que ir a alguna parte!

El viento empezó a levantarme.

«Allá vamos…».

Conté hasta tres, arranqué la espada de la pared y extendí los brazos. El ventilador giraba como loco debajo de mí y el aire me impulsó hacia arriba. No caí. Todo lo contrario. Me quedé suspendida un momento y luego empecé a elevarme.

Al principio iba muy despacio. Luego, más deprisa. Para cuando estuve por encima de los demás, al borde del pozo, ya iba muy rápido. Solo los vi un instante, con el magma ya muy cerca, antes de que la corriente me subiera al conducto vertical del techo.

—¡Haced lo mismo que Bastille! —oí gritar a mi madre.

En la oscuridad del conducto, impulsada por el aire de los ventiladores, casi se me olvidó lo alto que estaba volando. Allí costaba mucho respirar, pese a todo el viento. Me pasé el viaje temiendo que los ventiladores se recalentaran y nos precipitáramos todos hacia la muerte.

Vi una luz sobre mí, cada vez más cerca, y me embargó la sensación de victoria. ¡Lo había logrado! Habíamos escapado y…

Y… había una rejilla de hierro que tapaba la abertura. Y yo iba hacia ella a cien kilómetros por hora.

Como habría dicho nuestro amigo Alcatraz, qué maravilla, una rejilla.

Blandí la espada con desesperación justo antes de arremeter contra la rejilla y arranqué las tuercas de un lado, de modo que se abrió de golpe.

Salí a la luz del sol en un parque pequeño, verde. Un hombre con cara de susto, pajarita y abrigo largo, que estaba junto al agujero, me vio salir volando sobre el césped bien recortado y caer casi de bruces en un charco de barro.

Un momento. Alcatraz siempre cuenta estas cosas cambiando los

detalles para quedar bien, ¿no?

Vale, a ver ahora: salí volando en un arco grácil y caí como una vampira de esas pelis de acción que Alcatraz se empeña en que vea: melena plateada al viento, una rodilla doblada, la palma de una mano contra el suelo y la espada apuntando hacia el horizonte mientras el sol le arranca hermosos destellos que se reflejan en mis ojos ardientes y en mi expresión decidida. Ahí va eso.

—¿Explorador Bibliotecario? —pregunté de inmediato al tipo del abrigo.

—Pues sí —dijo—. ¿Cómo lo…?

Lo tumbé de un puñetazo. Los Bibliotecarios son incapaces de encajar un puñetazo. Debe de ser porque no tienen superfuerza gracias a una gema orgánica crístina. Pringados.

Mi madre salió disparada del conducto de ventilación y cayó en el barro. No como yo. Para nada como yo.

Luego salió Alcatraz, todavía roncando. Diré en mi defensa que se me pasó por la cabeza cogerlo en el aire, pero luego me di cuenta de que el barro estaba blandito. Aunque no lo sabía por experiencia, claro. Lo que puedo asegurar es que decidí no cogerlo, pero fue un error, porque acabé cubierta de barro cuando se estrelló justo a mis pies y me salpicó entera.

Lo siguieron un torrente de Smedry y antiguos Bibliotecarios. Cuando apareció el último, hicimos un recuento rápido.

—Todos presentes —dijo Himalaya, y se tumbó en la hierba—. No me puedo creer que hayamos sobrevivido.

—Me siento como la bola en una máquina del millón —gimoteó Kaz.

(Para los de los Reinos Libres: una máquina del millón es una lotería donde te pueden tocar premios buenos o malos. El malo es una bola. Kaz había ido a caer sobre una rama que le había hecho un buen agujero en la parte trasera de los pantalones).

—Ha sido un plan muy efectivo —dijo mi madre al tiempo que se levantaba y se sacudía la ropa. Todavía llevaba el vestido de noche de tejido cristalino y la espada a la espalda—. Pero también temerario. Nos tendrías que haber informado antes, caballero Bastille. Cuando volvamos a los Reinos Libres, se te asignará un puesto lejos del clan Smedry; creo que te han influenciado demasiado…

Volvía a ser ella misma. Una vez superado el peligro, se acabaron los cumplidos para mí.

Folsom se sentó en el suelo junto a su mujer.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Los Bibliotecarios empezaron a discutir sobre el tema. Me subí a un

punto más alto y examiné la posición. No conocía muy bien la zona, pero estaba razonablemente segura de que lo que se veía al otro lado del río era Washington D. C.

No estaba en llamas. No había humo. No se había derrumbado ningún edificio. No había señal alguna de un ataque.

—Han puesto un velo cristalino —dijo Kaz, que había venido a mi lado—. Así, los que están fuera no saben lo que ha pasado dentro, con el ataque. Lo que ves no es más que una ilusión.

—Eso quiere decir que habrán hecho lo posible para que no salga nadie de la ciudad —dije.

Pobre gente, atrapada de repente en una zona de guerra, entre dos fuerzas que no conocían y no podían comprender.

Kaz asintió, y contempló a nuestro grupo. Todos estaban cubiertos de barro y agotados.

Se me encogió el corazón.

Los que vivían en la ciudad al menos tendrían la memoria alterada y volverían al mundo cómodo y predecible al que estaban acostumbrados.

Nosotros, en cambio, no tendríamos ese consuelo. Attica y Leavenworth ya no estaban entre nosotros. Y mi madre y yo habíamos fracasado en nuestra misión de protegerlos.

Habíamos escapado de la Sumoteca, pero ¿para qué?

—¿Qué vamos a hacer, Kaz? —pregunté en voz baja.

—No lo sé, Bastille. No… —El hombrecito respiró hondo. Luego se irguió—. Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a detener al Escriba.

—¿Para que no haga qué? —pregunté—. ¿Con qué plan? ¿Por qué mató a tu hermano y luego dejó que ardiera la Sumoteca? ¿Qué está pasando?

Kaz meneó la cabeza, desconcertado, y miró a mi madre, que se acercaba a nosotros. Mi madre también meneó la cabeza.

—Controla el poder de los incarna —susurró una vocecita desde abajo—. Lo ha conseguido a través de mi linaje familiar, y planea utilizarlo para hacer algo espantoso.

Mi madre, Kaz y yo nos dimos la vuelta para mirar a la única persona que seguía en el barro, junto al conducto de ventilación.

Alcatraz se había despertado.

Capítulo 4

No sé si os acordáis de cuando conocí a Alcatraz. Fui un poco borde con él. O sea, ahora también soy un poco borde, pero desde el cariño. La primera vez que le pegué con el bolso, ni siquiera sabía quién era, y ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que tuve suerte de que no me lo rompiera.

Ah, no, espera. Que me lo rompió. Ciento veintidós páginas más adelante.

La cosa es que, el día que nos conocimos, fui antipática con Alcatraz. Hasta grosera, se podría decir. Vale, no suelo ser la galletita más dulce de la caja, pero es que me esmeré en ser desagradable con él. ¿Por qué?

La respuesta es muy sencilla. Yo quería ser Alcatraz.

Toda la vida había querido ser una oculantista. Para mí, los oculantistas eran maravillosos. Y sí, lo sé, mi madre es una caballero de Cristalia superfuerte y superveloz, con poderes y una espada enorme de cristal. Igual que yo. Me gusta ser una crístina.

Pero no fue mi primera elección. Aprendí todo lo que pude sobre las Lentes, y no sirvió de nada.

La magia oculantista es genética. Hay que nacer con ella. Por

mucho que lo intentara, yo nunca sería oculantista. En cambio, Alcatraz era uno de los seis oculantistas más poderosos que he conocido, y hasta hacía seis meses él ni lo sabía.

Seguro que los lectores de las Tierras Silenciadas estáis pensando que, al final de esta historia, me haré oculantista. Era mi aspiración en la vida, y estáis acostumbrados a esas historias de ficción en las que la gente consigue sus sueños por imposibles que parezcan.

Pues os voy a decir que yo, la Bastille del futuro, no soy oculantista. A diferencia de vuestra narrativa de ficción, la vida real no tiene forma ni arco predefinido. No se puede cambiar para que sea como nos habría gustado.

Como bien señaló Alcatraz en el primer libro, si no nos gusta un final, no podemos escribir otro.

Bajé corriendo y lo abracé. Pese a lo que podría parecer, los abrazos se me dan de fábula. Un abrazo es como una presa de combate, solo que el objetivo no es matar al otro.

Alcatraz soportó el abrazo, pero no dijo nada. Me aparté y lo miré. Tenía una expresión extraña en los ojos.

Detrás de nosotros, Kaz pidió a Himalaya y a su equipo que registraran la zona para garantizar que estábamos a salvo por el momento. Luego vino hacia nosotros.

—¿Qué has dicho del Escriba, Al? —preguntó—. ¿De verdad ha vuelto?

Alcatraz asintió. Parecía agotado.

Lleva años entre nosotros, haciéndose pasar por el primo Dif. Mató al verdadero Dif para ocupar su lugar. Nosotros mismos lo ayudamos a infiltrarse en la Sumoteca. Confiábamos en él.

—¡Eso es imposible! —exclamó Kaz.

Pero, como vosotros ya sabéis, no lo era.

—Me acuerdo de Dif —dije—. Aunque solo lo he visto un par de veces.

—Nos ha engañado a todos —dijo Alcatraz—. Fingió que tenía el Talento de olvidar y hacer que los demás se olvidasen. Era perfecto. Así, si tenía que explicar algo y no sabía cómo, le bastaba con fingir que se había olvidado, y a nadie le extrañaba.

—Ha debido de invertir años en esa infiltración —dijo Kaz.

Parecía admirado, y me dieron ganas de darle un puñetazo. Ese Bibliotecario rayado había matado al padre de Alcatraz y había dejado a Alcatraz casi catatónico.

Umb bobentm. Artra mkmmo vcueloo.

Vale, ya está. He tenido que ir a buscar otra máquina de escribir. Biblioden me ha puesto tan furiosa que le he clavado la espada a la

vieja y ahora se le traban las teclas.

—Pero ¿para qué? —preguntó mi madre—. ¿Por qué no nos impidió colarnos en la Sumoteca? Tuvo mil ocasiones.

—Necesitaba las notas de mi padre —dijo Alcatraz, y bajó la cabeza—. Las utilizó para hacerle lo que le hizo, y ahora va hacia la Aguja del Mundo. Mi padre descubrió una manera de usarla para ayudar a todo el mundo.

La Aguja del Mundo es una columna gigantesca de cristal que se alza en el centro de eso que en las Tierras Silenciadas llamáis «océano Pacífico», y está conectada a todo ser humano que hay sobre la tierra. Si quieres hacerles daño a todos a la vez, es ideal.

Alcatraz miró hacia el cielo con cara sombría.

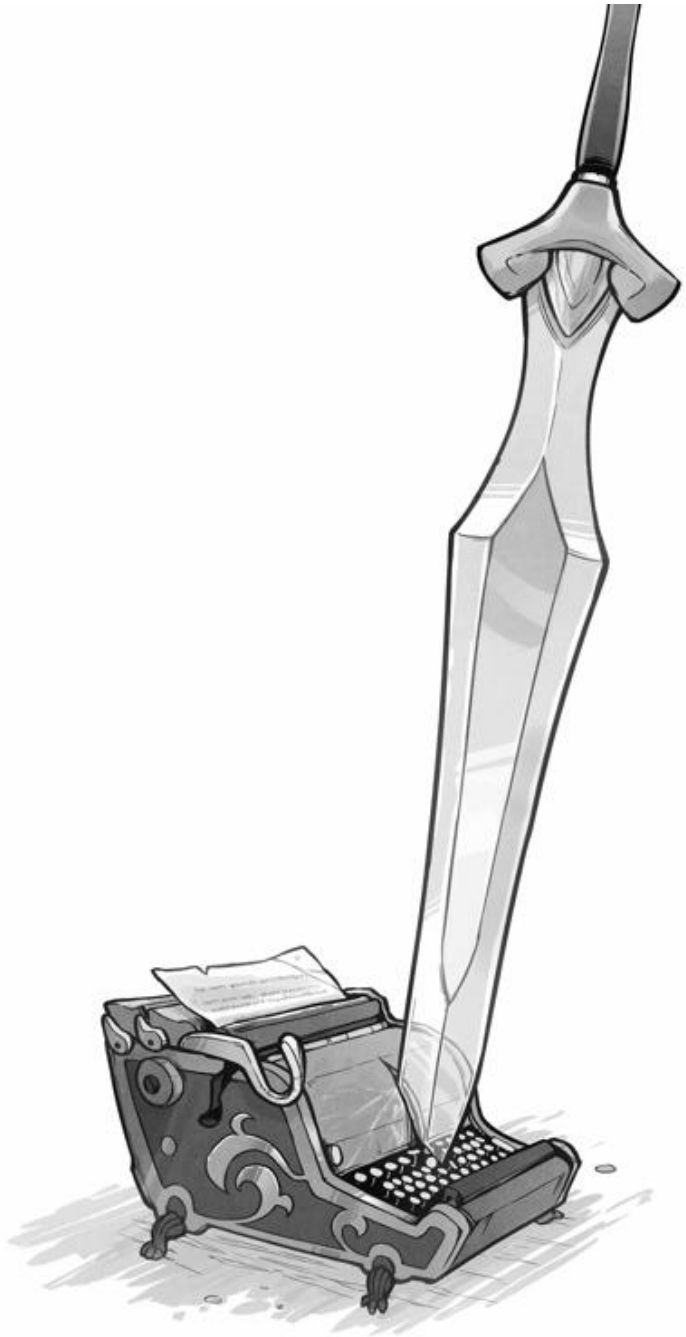
—Ha sido culpa mía —dijo—. Biblioden me necesitaba para dar con mi padre. Todo es culpa mía.

Lo agarré por la pajarita y lo incorporé para que se sentara.

—No —le solté—. No vuelvas a desconectar.

Además, si la culpa era de alguien, era mía. Yo fui la que se pasó el último libro en un rayado coma.

(Quizá se os haya pasado por la cabeza decirme que soy demasiado dura conmigo misma. Quizá se me haya pasado por la cabeza clavaros la espada en el hígado).



—Mi padre, Bastille —susurró—. Dijeron que podíamos ser cualquiera de los dos; que a ellos les daba igual. Fui un cobarde. Les dije que lo eligieran a él.

Solo de pensar que el del altar podría haber sido Alcatraz, en lugar de Attica…

En fin, vamos a dejarlo, o puede que me haga falta ir a por otra máquina de escribir nueva.

—No puedes desear que te hubieran matado a ti en vez de a él —le grité, y lo sacudí por la pajarita—. ¿Qué habrías conseguido?

—Que lo tendríais a él, y no a mí —susurró Alcatraz—. Y él sabría cómo detener a Biblioden. Yo no os sirvo para nada.

—No diría eso. Tú eres tú.

—Ya no tengo un Talento, Bastille. No soy nada. —Cerró los ojos y los apretó mucho—. Le han pegado un tiro al abuelo y han matado a mi padre. Han ganado. He fracasado.

Se llevó las manos a la pajarita y tiró de las puntas para desatársela, con lo que me quedé con la cinta entre los dedos, y se dejó caer hacia atrás, sobre la hierba, con los ojos cerrados. Se negó a decir nada más, ni siquiera cuando le di un toquecito. O cuando le hice cosquillas en la pierna. O cuando le hurgué la nariz, le metí una brizna de hierba por la oreja, le puse una hormiga en la frente, le di un pellizco en el dedo gordo, le eché barro en los párpados y le di una patada en la planta del pie.

—Me parece que con eso no vas a conseguir nada, Bastille —dijo Kaz.

Seguramente era verdad, pero al menos así no estaba clavándole la espada a nadie, y eso era mejor para todos.

Kaz me puso delante el maletín que había sacado del *Pingüinator*.

—Sin la ayuda de Alcatraz no vale para mucho, pero menos da una piedra.

Miré el maletín.

—¿Qué es esto?

—Las lentes de repuesto de mi padre. Nos las dejó por si Alcatraz perdía las suyas. Hay copias de lentes que llevaba con él y otras que no tengo ni idea de qué son.

Cogí el maletín y me arrodillé en el suelo, junto a Alcatraz, que volvía a estar inconsciente. Igual unas lentes nuevas hacían que abriera los ojos y volviera a hablar con nosotros.

En el maletín, en bolsitas de tejido cristalino, había cuatro pares de lentes. Las fui cogiendo por la montura para examinarlas.

Las primeras eran unas lentes de soplatormentas, ofensivas, que lanzaban una ráfaga de aire desde el rostro del oculantista. En la biblioteca de Alejandría, Alcatraz las había utilizado igual que yo el ventilador, para sacarnos de un pozo. Luego había unas lentes de rastreador, que permitían al oculantista saber hacia dónde había ido una persona concreta. Cuanto más la conociera, más duraría el rastro.

El tercer par de lentes era de montura azul claro, y los cristales

también parecían azulados. Nunca las había visto, así que me imaginé que debían de ser raras.

—¿No quieres utilizar estas lentes para ver qué hacen? —pregunté a Alcatraz.

No me respondió.

Suspiré y saqué el último par: unas lentes de oculantista. Eran muy básicas y solo servían para percibir auras o actividad oculantista en general. Las lentes básicas eran útiles, pero no nos iban a servir para llegar hasta la Aguja e impedir que Biblioden…

… ¿que Biblioden hiciera qué?

—Alcatraz. —Le di un empujoncito—. ¿Qué va a hacer Biblioden en la Aguja del Mundo? ¿Qué planes tiene contra los habitantes del planeta?

Al principio, pensé que no iba a responder.

—El poder de los incarna —murmuró Alcatraz—. Lo que los destruyó. Los incarna se llenaron de magia, de energía pura, hasta el punto de que desaparecieron. Solo sobrevivió el linaje de Alcatraz, y eso porque descubrió la manera de dividir la energía, de dar todos los Talentos a los Smedry para que los absorbieran. Pero Biblioden consiguió acceso a ese poder, se lo quitó a mi padre, y lo puso en una lente. Ahora va a ir a la Aguja del Mundo para repartirlo entre todos en los Reinos Libres.

—Les va a dar Talentos —dije—. Como quería tu padre.

—No —replicó Alcatraz—. Para que nos consuma la energía pura, como les pasó a los incarna. Va a acabar con los Reinos Libres.

Otro se habría asustado ante aquella revelación. Ante la noticia de que Biblioden, tras fracasar en su intento de dominar Mokia y el resto de los Reinos Libres, nos iba a abrasar a todos por dentro desde la Aguja del Mundo.

Pero yo soy Bastille. No tengo miedo.

Lo que tenía era un enfado monumental.

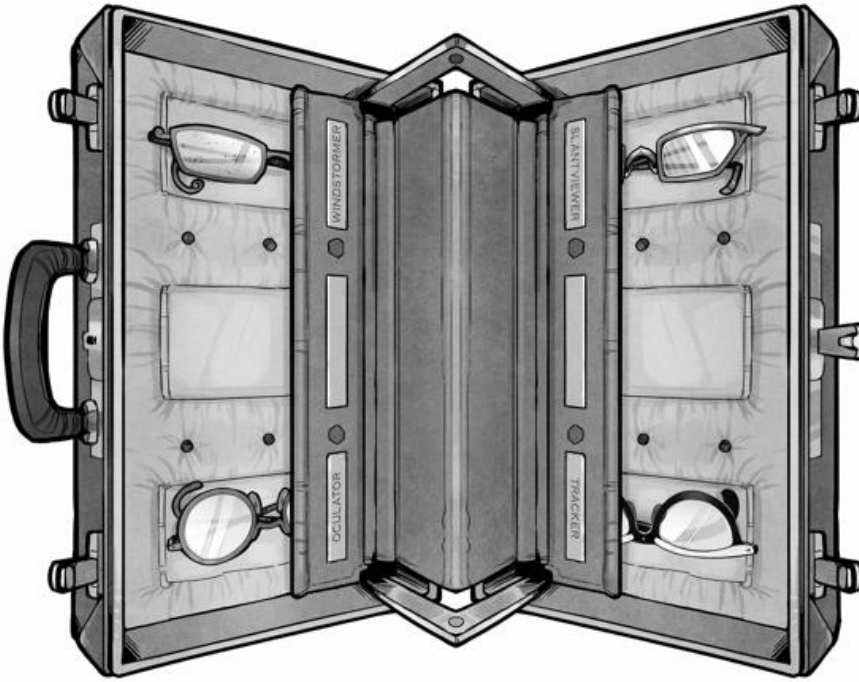
Un mosqueo épico.

Una indignación arrolladora.

—Y has roto los Talentos —dije—, así que ya no están absorbiendo el poder. Ni siquiera los Smedry estarán a salvo.

Alcatraz asintió con tristeza y se tumbó de lado, encogido.

No supe bien qué hacer. Podía ponerle la punta de la espada en el cuello y obligarle a que se probara las lentes para hacerme una idea de las armas con las que contábamos. Pero se había rendido, no tenía la menor intención de luchar, así que amenazarlo con mi espada no iba a servir de gran cosa. Y tampoco me apetecía clavársela. Al menos en un sitio vital.



Os aseguro que era porque se trataba del único oculantista que nos quedaba. Si le clavaba la espada, las lentes no nos servirían de nada. También porque era un Smedry, la familia que yo había jurado proteger. Y quizá porque me gustaba, un poquito. Como amigo. Os recuerdo que, en ese momento de mi vida, no sentía la menor atracción hacia Alcatraz, y por supuesto no estaba pensando ni de lejos en lo mucho que echaba de menos su sonrisa, ni en que esa sonrisa hace que una se sienta como si fuera a estallar con toda la energía de los incarna.

No pude pensar en eso porque, por aquel entonces, no tenía ni idea de cómo se sentía una llena con el poder de los incarna. Ni tampoco que ese poder te podía hacer estallar.

Vaporizarte. Hala. Ahora ya sabéis lo que pasa al final de este libro.

¿Qué? ¿Que no os creéis que me vaya a vaporizar? ¿Que una persona que se ha vaporizado no podría escribir este libro?

Pues es muy fácil. Me concentro en una nube de vapor muy densa, tanto como para ir pulsando las teclas de la máquina de una en una. Teclear… así… es… muy… lento.

Podéis dudar de mí, pero también dudasteis de Alcatraz cuando dijo que el libro anterior iba a terminar como terminó. Y así fue, ¿no? Si tan seguros estáis de que no digo la verdad, id a la última página

del libro, a ver.

Venga. Os espero.

Ya os lo dije.

Bueno, el caso es que, mientras no pensaba en el efecto de la sonrisa de Alcatraz, me dediqué a imaginar qué podía hacer para sacarlo de su estado de apatía. Me habría venido de lujo una horda de gatitos hambrientos. Nah, demasiado cruel hasta para mí.

Suspiré. No sentía que me estuviera inundando el poder de los incarna, es decir, que Biblioden no había llegado aún a la Aguja del Mundo, o tal vez lo que estaba haciendo con aquella lente no era de efecto instantáneo.

Pero, un momento…, si los Smedry habían tenido el poder de los incarna, y habían usado los Talentos para absorberlo…

—Alcatraz, si los Talentos ya no existen, ¿no deberíais estar llenos de esa energía tu familia y tú? —le pregunté—. ¿Aunque Biblioden no haya hecho nada? Los Talentos ya no están absorbiendo la energía. ¿Adónde va?

Alcatraz abrió un ojo y me miró. Luego miró las lentes del oculantista que yo tenía aún en la mano. Alzó un dedo y les dio un golpecito en la montura.

Las lentes se activaron. No deberían haber funcionado. Solo funcionan cuando un oculantista se las pone. No vi nada a través de ellas, activadas o no, pero parecían vibrar con una extraña energía, con mucho más poder del que me habría imaginado.

La montura empezó a calentarse.

Dejé caer las lentes en el maletín, pero siguieron calentándose, se pusieron al rojo vivo. Pensé que iban a derretirse.

¿Todo ese poder venía de dentro de Alcatraz? Era el único oculantista, pero no nos iba a servir de nada si lo único que podía hacer con las lentes era achicharrarlas.

—¿Puedes parar esto, Alcatraz?

Estiró la mano y tocó las lentes una vez más. Le saltaron unas chispitas del dedo al rozarlas, pero el brillo empezó a amortiguarse y las lentes se enfriaron.

Luego se encogió de hombros y me dio la espalda como si aquello no fuera nada del otro mundo.

La cosa iba peor de lo que me había imaginado. Aunque detuviéramos a Biblioden, ¿se pondría bien Alcatraz? ¿Iban a morir todos los Smedry de sobredosis de poder, sin que pudiéramos ayudarlos?

¿Cómo se las había arreglado Alcatraz para romper los Talentos?

Metí las lentes ya frías en su bolsita protectora y cerré el maletín.

Aquellas cuatro lentes no nos iban a servir de nada sin un oculantista que las quisiera utilizar. Además…

—Te diría que te pusieras las lentes, pero no quiero que acabes con un montón de cristal fundido pegado a la cara. Vale que no seas muy guapo, pero tampoco me gustaría que te quedaras «descarado».

Alcatraz no se movió. No sonrió. No hizo el menor gesto, aunque noté que se había metido el dedo chamuscado en la boca, así que le dolía más de lo que daba a entender. Un Alcatraz que no reaccionaba a los chistes malos no era un Alcatraz. Miró al frente, como un viajero melancólico, vestido con esmoquin, que no hubiera visto un peine en una semana. De ahí su melancólica melancolía.

(Toma metáfora, y ni siquiera soy escritora. ¡Ja! ¡No era tan difícil, Alcatraz!).

Saltaba a la vista que a Alcatraz le hacía falta tiempo para volver a su insoportable normalidad. Mientras, nos las íbamos a tener que apañar sin su ayuda.

—Tenemos que ir a la Aguja del Mundo —dije.

—¿Cómo? —preguntó mi madre—. Hay Bibliotecarios por todas partes.

—No lo sé —respondí—. Seguramente lo conseguiremos haciendo una locura que parezca improbable que vaya a dar resultado, pero al final lo dará.

Mi madre arqueó las cejas y me miró fijamente. En los libros, cuando alguien arquea las cejas es para mostrar sorpresa o escepticismo. O a veces es porque el autor se ha quedado ya sin maneras de describir lo que hace la gente cuando no hace nada más que estar de pie y hablar, en vez de locuras como salir disparados por un conducto de ventilación propulsados por ventiladores.

Y ya os imaginaréis por qué mi madre arqueó las cejas esta vez.

—Caballero Bastille —empezó a decir—, nuestra principal responsabilidad es proteger el linaje Smedry. Lord Alcatraz es el último superviviente por línea directa, así que es de vital importancia que encontremos un lugar seguro donde…

—¿Te crees que no sé cuál es nuestra responsabilidad? —salté—. No hay ningún lugar seguro. Si no llegamos a la Aguja del Mundo, será el fin para Alcatraz, ¡igual que para todos nosotros!

Mi madre me miró, iracunda (¡eh, no es mala palabra! La tengo que meter más veces).

—Somos protectoras —dijo—. No damos la espalda al peligro. Has pasado demasiado tiempo con ese chico. Es una mala influencia para ti.

Miré a mi madre, iracunda. Por lo general, este es el momento de

la conversación en el que lanzo objetos puntiagudos contra quien me dice que no puedo hacer nada para salir de un lío. Pero, en este caso, la persona era mi madre, y pensé que batirnos en duelo con espadas crístinas habiendo tantos Bibliotecarios cerca no era buena idea si queríamos pasar desapercibidos.

Mi madre me siguió mirando, iracunda. (¿Qué pasa? Me miró así. Probad vosotros a describir a dos personas mirándose mientras hablan. Enseguida te empiezas a repetir).

—Bastille, tienes a cuatro Smedry sin Talentos —dijo—. Y uno de ellos es un oculantista que no piensa, no se mueve y no habla. ¿Cómo quieres que luchemos contra Biblioden? Estamos a un continente y medio océano de distancia de la Aguja del Mundo. No podemos llegar allí, así que imagínate detenerlo.

Apreté los labios con fuerza (pero al mismo tiempo estaba mirando a mi madre, iracunda).

—No podemos quedarnos aquí sin hacer nada.

—Biblioden tiene una aeronave, Bastille —insistió ella—. ¿Cómo sugieres que lleguemos antes que él?

Me quedé en silencio un momento. Kaz, a mi lado, se movió, incómodo, quizá porque él era nuestro medio de transporte habitual.

Siempre me han fastidiado los Talentos por el efecto que tienen en mi vida. De hecho, para mí la situación ideal sería algo así:

Anda que no estaría bien.

Pero en aquel momento me dio pena de Kaz. Recordé lo que había sido que me separaran de la Piedra Mental, de la fuente de mi poder. No me hizo ninguna gracia.

Las únicas que teníamos todo nuestro poder en aquella misión éramos mi madre y yo, así que éramos nosotras las que teníamos que salvar a los Smedry. Era nuestra rayada misión. Tenía mis poderes crístinos. Y tenía ganas de ayudar.

Lo que no tenía era ni la más remota idea de cómo hacerlo. Por lo general, Alcatraz se ocupaba del tema ideas. Mi aportación consiste en decirle a gritos que son tonterías antes de que siempre, siempre, funcionen.

Pero yo había conseguido que saliéramos de la Sumoteca haciendo algo que, aunque había dado resultado, reconozcámoslo, fue un tanto imprudente. Alcatraz estaba demasiado destrozado por lo que había sucedido, y no nos iba a servir de nada. Vale. En ausencia de Alcatraz y de Leavenworth…

Mi madre tenía razón. Alcatraz era una mala influencia.

Así que yo era la única capaz de decidir lo que íbamos a hacer.

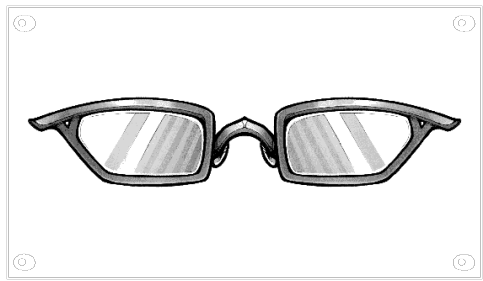
No había respondido a mi madre, de modo que me estaba mirando con desconfianza. (Y sí, con las cejas arqueadas. En serio. ¿Cuántas expresiones faciales utilizáis vosotros durante una conversación?).

—Estoy pensando… —empecé. E inmediatamente me di cuenta de que eso era un error. Un Smedry no pensaría. Un Smedry que no estuviera angustiado por la pérdida de sus seres queridos y de su capacidad para proteger al mundo iría directo al grano. A la acción.

—Vamos por ahí —dije, y señalé el pie de la colina.

Y eché a andar en esa dirección antes de que nadie tuviera tiempo de discutir.

Capítulo



En el anterior capítulo he mentido. Más de una vez, pero ahora mismo solo quiero reconocer que he mentido en lo relativo a mi manera de teclear. Como es bien sabido, el vapor es un gas y se expande para rellenar el recipiente que lo contiene, así que la operación de teclear tal como la he descrito sería imposible.

¿Qué pasa?, ¿os pensabais que iba a hacer un chiste de pedos?

Por favor. Tengo unas cuantas cosas de las que Alcatraz carece. Clase, para empezar. Nivel. Sofisticación. Y para rematar, carnet literario. Os lo voy a enseñar. Me lo saqué en una tienda de libros de Nalhalla porque pensé que, si iba a escribir uno, me haría falta. Alcatraz es un Smedry, claro, un irresponsable que escribió cinco libros enteros sin carnet. Lo van a arrestar en cualquier momento.

Esto quiere decir que puedo escribir lo que quiera y como quiera. Que puedo mentir si me da la gana. (¿Recordáis cuando os dije que no creía que fuerais idiotas?).

Bajé por la pendiente de hierba, pero al darme la vuelta vi que Alcatraz no me seguía. Me lo podría echar al hombro otra vez, pero estaba consciente y era capaz de caminar solito, con lo que yo podría repartir patadas y puñetazos si la ocasión lo exigía. Volví a subir, lo agarré por la oreja para ponerlo en pie y tiré de él.

Alcatraz salió de su estupor lo justo para resistirse mientras yo le retorcía el cartílago en la dirección hacia la que quería que caminara.

—¡AY! —exclamó—. ¡AY, AY, AY, AY, AAAYYY, AAAY, AAAAAAYYYYYY!

—¡Cállate!

Llegamos al pie de la loma y miré a nuestro alrededor.

Estábamos en los límites de un parque pequeño. Más abajo, en el aparcamiento de hormigón, no había casi ningún vehículo…, excepto en la otra punta, donde había varios coches apartados junto a uno de los espectáculos más horripilantes que había visto en mi vida.

Allí, junto al bordillo, con la trampilla de la parte trasera abierta, había un bibliobús.

Los de las Tierras Silenciadas ya conocéis esos arsenales móviles que invaden vuestros barrios si están demasiado lejos de un centro de control Bibliotecario. En los Reinos Libres, en cambio, no os sonará de nada. Para que os hagáis una idea, es como un carro de armas cargado de desinformación que ronda por las calles de las Tierras Silenciadas.

En la parte de arriba hay francotiradores camuflados, a la caza de disidentes.

Arrastré a Alcatraz hasta los límites del aparcamiento e hice que se agachara tras una hilera de esos gigantescos recipientes verdes de metal donde los de las Tierras Silenciadas tiran los tenedores. (Tenedores muy sucios, a juzgar por el olor).

—¿Qué haces? —me gritó Alcatraz cuando le solté la oreja—. ¿Qué quieres?, ¿convertirme en Van Gogh?

—Baja la voz —le ordené—. ¿Y qué es un «vangog»? ¿Comida de esa que se come con palillos? Menudo momento para que te entre hambre.

Alcatraz me miró como si estuviera loca. Se le da muy bien, porque tiene práctica. Lleva haciéndolo desde que nos conocimos.

Mi madre también vio el bibliobús y, tras avisar a los demás, bajó la colina con gran aplomo y elegancia, y se escondió con nosotros detrás del contenedor. Kaz miraba el bibliobús con temor, pero se movía con el sigilo de un hipopótamo con gases que se estuviera comiendo una pila de patatas fritas.

Así son los Smedry.

Folsom, Himalaya y los Bibliotecarios reformados no habían regresado aún de su misión de exploración, y si no habían visto el bibliobús del aparcamiento tal vez la exploración no era su punto fuerte. O quizá habían visto a los francotiradores y estaban esperando a organizar la información por orden alfabético antes de transmitirla.

Sopesé la situación. Lo de bajar impulsivamente la colina no había dado como resultado la aparición de un transporte directo a la Aguja del Mundo, por sorprendente que parezca, pero el tirón de oreja a Alcatraz lo había espabilado un poco. Si llego a saber el resultado, habría comenzado por ahí.

—Alcatraz —empecé a decirle, y le mostré el maletín—, ahí hay un vehículo bibliotecario blindado y con armamento pesado. Sería muy conveniente que tuvieras unas lentes de ataque. Tienes que probarte las últimas, a ver qué hacen.

—Parece que el bibliobús se va —dijo Kaz. Estaba mirando entre los contenedores—. Con un poco de suerte, se marcharán sin vernos.

Alcatraz me miró con cansancio, pero no se tumbó en el suelo para volver a dormirse. Abrí el maletín y examiné las lentes de oculantista, las lentes de rastreador y las de soplatormentas, pero saqué las raras, las de color azulado que no conocía.

—Venga. Póntelas y dime qué hacen.

Alcatraz reaccionó de inmediato. Seguía mejorando. Cogió las lentes por la montura y se las puso.

Me miró. Habría preferido que no lo hiciera por si las lentes causaban algo gordo, como robarle la fuerza a la persona que mirabas. Menuda idea, una caballero menos para la batalla contra los Bibliotecarios.

Alcatraz se miró los pies. Las gafas empezaron a brillar, pero no le fundieron la cara ni nada por el estilo, de modo que probablemente no iba a estallar en el futuro inmediato.

De pronto, dio un respingo y se quitó las gafas.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Queman?

Las puso en el suelo de hormigón, delante de él.

—No —dijo—. O sea, se calentaron un poco, pero… ha sido muy raro.

—¿Cómo de raro? —insistí.

—Te estaba mirando, y de pronto… me estaba mirando. Como si las gafas se hubieran dado la vuelta y me estuvieran mirando a mí, en lugar de mirar yo a través de ellas. —Hizo una mueca—. No tiene sentido.

Aaah.

—Lentes de reojero. No sabía que el viejo Smedry tenía de estas. Lo primero es mirar a alguien para determinar el objetivo. Luego miras otra cosa y la ves tal como la ve el objetivo.

Alcatraz arrugó la nariz. Se pone monísimo cuando arruga la nariz así, pero no le digáis que lo he dicho.

—¿Te permiten ver algo desde diferentes ángulos? No es muy útil.

—Eso es porque no tienes imaginación —repliqué.

Aunque, en este caso concreto, no le faltaba razón. No nos iban a servir de gran cosa contra el bibliobús.

Alcancé a ver a un Bibliotecario agazapado sobre el bibliobús, con un arma muy grande (un Blenderbuss 3000 modelo Exploding) ante él. Dentro del bibliobús se oía el crujido del papel.

—Oh, no —dije.

Un ser enorme hecho de páginas de libros viejos salió por la parte de atrás del bibliobús. Medía dos metros de altura y era corpulento e imponente. Tenía forma de hombre. De un hombre con forma de oso pardo, brazos enormes y trocitos de papel que le sobresalían por todas partes. Cada hoja de su cuerpo crujió rabiosa cuando caminó hacia nosotros.

Era un Animado, una criatura inanimada a la que la magia negra de los Bibliotecarios había dado vida. Las solían hacer con novelas románticas viejas. Por lo visto, las pasiones y emociones de esos libros generaban los monstruos más horripilantes. Costaba una barbaridad matarlos. Alcatraz lo había conseguido una vez con su Talento, la

primera vez que nos infiltramos juntos.

Yo había perdido la espada en aquella batalla. Sí, por culpa de Alcatraz, como casi todo, pero el caso era que no me apetecía nada repetir la experiencia, y menos teniendo tan pocos recursos a nuestra disposición.

Mi madre fue hacia el final de la hilera de contenedores para situarse entre Kaz y el Animado que se acercaba y adoptó posición de defensa. Kaz se pegó al contenedor como si su mayor deseo en aquel momento fuera desaparecer.

Pegué un empujón a Alcatraz contra el contenedor y me planté delante de él. No es que mi espada pudiera hacer gran cosa contra un Animado. Si los Bibliotecarios los tienen como guardianes de las bibliotecas es por algo. Pero yo era una crístina, y nadie resultaría herido mientras yo siguiera en pie.

—Yo me enfrento al monstruo, Bastille —dijo mi madre—. Llévate a los demás.

—No me voy a ninguna parte, no pienso dejarte aquí.

—Claro que lo harás. Es tu deber como caballero proteger a la familia Smedry a cualquier precio. Te necesitan para que los defiendas del francotirador.

Yo podía escapar sin problemas del Bibliotecario tirador, pero no teníamos dónde escondernos. A Kaz y Alcatraz les iban a llover las balas, y no sabía si sería capaz de desviarlas todas. Por lo general, Kaz y Alcatraz se protegían de esas armas tan primitivas con sus Talentos, pero sin ellos eran blanco fácil.

(Un blanco es todo lo que va de color claro en medio de la noche. Así es muy fácil acertarle. Como a un Smedry).

—¿Bastille? —intervino Alcatraz—. ¿Qué lentes has dicho que había en el maletín?

Me habría alegrado de que se diera cuenta de que corríamos peligro. Eso quería decir que estaba mejorando a ojos vistas. Pero estaba demasiado concentrada en las pisadas de papel del ser que nos iba a matar a todos.

No porque tuviera miedo, claro. Me moría de ganas de enfrentarme a aquel ser y de morir con honor en combate…

Bah, todo mentira. A veces te enfrentas a una amenaza que sabes por experiencia que no puedes vencer. En ese momento, huir no es cobardía, es de sabios. Y esta batalla solo podía terminar como una competición de juegos de palabras con un aj.

(¿Qué pasa? A los ajs les gustan los juegos de palabras, y luego, al final, te devoran).

—Había lentes de oculantista, ¿no? Y lentes de rastreador —dijo

Alcatraz.

—Y unas de reojero y otras de soplatormentas —dije—. Ninguna tiene poder ofensivo para luchar contra un Animado. A no ser que te interese ver desde su punto de vista cómo te mata. O que quieras que te mate mientras la brisa te acaricia el cabello.

Alcatraz volvió a meter en el maletín las lentes de reojero y cogió otras. El Animado se movía muy despacio y agitaba las páginas amenazador. Ya había llegado a los contenedores. Una de dos: o nos quedábamos allí, esperando a que el monstruo nos hiciera pedazos, o salíamos corriendo y nos jugábamos la vida de los no crístinos contra el Blenderbuss.

El Animado dobló la esquina y avanzó hacia mi madre con los brazos extendidos.

—Bastille, protege a los Smedry —dijo mi madre—. Llévatelos. Ya.

El Bibliotecario del techo del bibliobús abrió fuego. Pegué un empujón a Alcatraz y lo estampé contra el contenedor para ponerlo a cubierto, pero el del bibliobús no disparaba contra nosotros. Estaba apuntando hacia un lado del aparcamiento, donde de pronto se oía el rugido de un motor rudimentario de esos de las Tierras Silenciadas, y unos gritos emocionados de una voz que se parecía demasiado a la de Folsom Smedry.

De repente, el contenedor del final de la hilera salió despedido del suelo.

¡Cristales rayados! ¿Es que nos atacaba otro Animado? Pero siguieron sonando los gritos, y el contenedor flotante arremetió directamente contra el bibliobús.

Parpadeé. Un camión enorme con una horquilla en la parte delantera había levantado por los aires el contenedor. (El camión parecía diseñado para levantar contenedores; por lo visto, la industria de los tenedores requería una robusta infraestructura de transportes). Al volante del camión iba Himalaya, con Folsom en el asiento del copiloto y los Bibliotecarios reformados agarrados a la parte de atrás.

—¡Cuidado, que vamos! —gritó Folsom.

Agarré a Alcatraz y me tiré a un lado con él. Kaz escapó por los pelos antes de que Himalaya lanzara el camión, con contenedor y todo, contra el Animado. Mi madre saltó en el último momento y cayó de pie sobre el contenedor desviando las balas que llovían desde el bibliobús.

—¡Bastille! —me gritó—. ¡Pon a salvo a Alcatraz!

Alcatraz seguía rebuscando en el maletín de lentes. La mejor manera de protegerlo era impedir que el Bibliotecario le pegara un tiro. El conductor del bibliobús adelantó un poco el vehículo y luego

metió la marcha atrás para ir directo contra el camicontenedor (que es como se llaman los camiones que mueven los contenedores).

De un salto, me planté en el techo del bibliobús, junto al Bibliotecario francotirador, y le quité el Blenderbuss de una patada. Cayó al suelo con estrépito y el Bibliotecario se lanzó contra mí. Le di una patada en el estómago y salió volando del vehículo en marcha.

Sonreí. Estábamos empezando a controlar la situación.

En ese momento, tres bibliobuses más aparecieron a toda velocidad por la carretera y entraron rugiendo en el aparcamiento.

Si en cada uno iba un Animado, estábamos en un buen lío.

Oí un crujido de papeles a mi espalda y me volví a tiempo de ver que Himalaya había arrollado al Animado y lo estaba arrastrando por el pavimento. También había conseguido esquivar a uno de los bibliobuses.

—¡Bastille! —me gritó Himalaya—. ¡Protege a Alcatraz! ¡Nosotros los distraeremos!

Alcatraz estaba de pie como un idiota detrás de un contenedor, con un par de lentes en las manos. No me paré a averiguar cuáles. Salté del bibliobús en marcha y aterricé con una pirueta elegante delante de él. Alcé la espada para desviar las balas de los bibliobuses recién llegados, uno de los cuales iba a toda velocidad por el aparcamiento, en persecución de Himalaya y de los otros. Kaz había logrado subirse a la parte de atrás del camión, con los Bibliotecarios reformados, y mi madre corrió por la parte de arriba hacia un lugar donde poder protegerlos.

Alcatraz y yo teníamos que escapar. El camión ya estaba demasiado lejos. No llegaría de un salto, y menos cargando con Alcatraz.

—Vamos a tener que correr —le dije.

—Se me ocurre una idea mejor —respondió él.

Ah, genial. Cualquier idea era todo un progreso.

—¿Cuál?

—Lo siento, Bastille.

—¡Cállate, Alcatraz! ¡No todo es culpa tuya!

—Ya lo sé —dijo—. Pero esto sí.

Y de repente, sin previo aviso, se interpuso entre el vehículo y yo. Iba a apartarlo a un lado, pero me hizo ponerle los brazos en los hombros, como si fuera a cargarme a cuestas.

Y se puso las lentes de soplatormentas.

Como ya recordaréis, Alcatraz utilizó en cierta ocasión unas lentes de soplatormentas para que saliéramos disparados de un pozo en la biblioteca de Alejandría. Y eran lentes de soplatormentas normales,

con la cantidad habitual de magia oculantista.

Estas eran muy diferentes. Alcatraz se miró los pies y dio un golpecito en las lentes. Una ráfaga de viento brutal salió de ellas. Era tan fuerte que movió los contenedores de metal por el hormigón, directos contra los bibliobuses. Me agarré a Alcatraz con todas mis fuerzas mientras salíamos volando por los aires.

El que gritó fue él, no yo. Cien por cien seguro.

Alcatraz miró los edificios que se alejaban bajo nuestros pies hasta convertirse en puntos diminutos y tuvo la sensación de que iba a desmayarse.

Alcatraz, ¿eh? No yo.

Para los que lleváis la cuenta de todo: sí, detesto las alturas. Sí, era la segunda vez el mismo día que me propulsaba por los aires en una aeronave descontrolada (la primera vez fue cosa mía; la segunda, de Alcatraz).

Pero la primera vez había sido por un conducto oscuro, no a plena luz, donde podía ver con toda claridad todo lo que había abajo y contra lo que me iba a estrellar cuando cayera del cielo.

Subimos y subimos hasta que dejé de ver los detalles. Seguía con la espada en una mano, y Alcatraz no había soltado el maletín de lentes. Las lentes de soplatormentas no se le habían pegado todavía a la cara, o por lo menos él no se estaba retorciendo ni intentaba arrancárselas como habría sido lo lógico si hubieran empezado a arder.

Aunque también era posible que Alcatraz se hubiera desmayado, ya fuera por la conmoción de subir a semejante velocidad o por mi manera de agarrarme a su cuello, prácticamente estrangulándolo.

Ya estábamos a tanta altura que veíamos a kilómetros y kilómetros de distancia. Si no hacíamos algo cuanto antes, íbamos a entrar en órbita.

Los de las Tierras Silenciadas os estaréis preguntando cómo podía respirar. ¿No se supone que el oxígeno escasea en la atmósfera superior? Alcatraz y yo tendríamos que habernos desmayado por el cambio de temperatura, presión y concentración de oxígeno, con lo que habríamos dejado de controlar en qué dirección apuntaban las lentes y habríamos caído en picado para estrellarnos contra el hormigón como dos cucuruchos de helado espachurrados.

Eso es porque os creéis lo de la física, que es un invento de los Bibliotecarios.

(En cambio, los cucuruchos de helado espachurrados son reales. Muy reales. Eso sí que da miedo).

Si Alcatraz no nos llevaba a alguna parte, iba a tener que agarrarlo por el pelo y girarle la cabeza en dirección contraria a la que

queríamos ir. No podíamos viajar así hasta la Aguja del Mundo, que estaba en el océano Pacífico, al otro lado del continente.

Aflojé las manos solo un poquito y el viento casi me arrancó de la espalda de Alcatraz. No había manera de agarrarle la cabeza, y no me iba a oír aunque gritara. Así que seguiríamos subiendo cada vez más hasta que…

Alcatraz giró la cabeza.

Fue un movimiento sutil, una ligera inclinación de la barbilla con el rostro todavía apuntando hacia el suelo, pero empezamos a sobrevolar Virginia mientras el viento seguía elevándonos, pero en ángulo. Alcatraz estaba boca abajo, al igual que yo, y nuestras piernas iban cortando el aire a toda velocidad.

Cerré los ojos. Por lo visto, Alcatraz se las estaba apañando solo, así que yo iba a fingir que me encontraba en otro lugar. En otro lugar donde hacía un viento espantoso y estaba mirando hacia el suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Un túnel de viento no es mi lugar ideal. Voy a recordaros cómo es mi lugar ideal.

Apreté los párpados y me imaginé que estaba leyendo un libro junto a una jaula llena de Smedry, que estaba sobre un ventilador gigantesco, y entonces sentí que Alcatraz me cogía las manos. Noté por la vibración de su cuello (y os recuerdo que se lo tenía bien agarrado para no caer desde kilómetros de altura) que quería decirme algo. Para no caerme, en lugar de aflojar el agarre, me acerqué más a él y le pegué la oreja a la cara.

Ay. La montura de las lentes estaba caliente. No tanto como para fundírsele en la cara, pero con una temperatura incómoda, desde luego.

De hecho, lo que Alcatraz estaba gritando era: «¡Me quemo! ¡Tengo que apagarlas!».

Pegué la boca a su oreja. Aquel gesto, pese a estar a kilómetros de altura, pese al miedo por mi integridad física, hizo que me subiera un calor raro por el cuello.

—¡No, idiota! —le grité—. ¡Si las apagas nos caeremos!

A ver, Alcatraz es idiota, eso sin duda, pero no tanto como para no saber perfectamente lo que pasaría si apagaba las lentes. Sí, habría algo de resistencia del aire (cierto, eso es real, aunque no por los motivos que creéis en las Tierras Silenciadas), pero de todos modos acabaríamos como el cucurucho de helado.

CHOFFF.

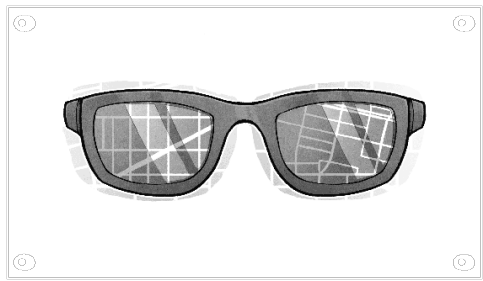
Pero Alcatraz era suficientemente idiota como para que hubiera que recordarle que caer hacia una muerte segura sin paracaídas, sin cristal dragón y sin nada era una idea mala. Pésima.

Se volvió y me habló al oído; yo me estremecí. Por lo que me dijo, claro. Venga ya. Estábamos a kilómetros de altura, no era la chispa que encendió nuestro romance incipiente. ¡Eh, he hecho una metáfora mixta!

—Lo siento, Bastille —dijo de nuevo Alcatraz.

Noté que las gafas perdían temperatura y empezamos a caer.

Capítulo 6



Creo que es el momento oportuno para hablar sobre la arrogancia. Y no, yo no soy como Alcatraz. No empezaré con un tema y luego os haré esperar capítulos y más capítulos antes de explicar lo que quería decir. Os prometo por mi honor de caballero que nunca dejaré una frase sin…

Pues eso, la arrogancia.

¿Os acordáis del tercer libro, cuando Alcatraz intentó convenceros de lo sensacional que era? Espero que le creyerais, porque la verdad es que es sensacional, pero cuando lo dijo no iba en serio. Estaba utilizando un recurso literario que se llama «ironía».

La ironía es cuando dices una cosa, pero quieres decir la contraria. Por ejemplo, como cuando le dije que su decisión de poner fin a su autobiografía en el quinto libro era «genial». Y sí, soy consciente de que mi afirmación aparece en la portada, en la edición de los Reinos Libres.

Es lo malo que tiene la ironía. La gente estúpida que no la entiende puede afirmar que dijiste algo en serio.

Cuando Alcatraz dice que le dan pánico los gatitos lo dice muy en serio. Pero cuando dice que es sensacional, lo que quiere es que

entendáis que es arrogante. Y vaya si lo es. En este libro lo demuestra más que nunca.

Ya lo sé, ya lo sé. Está en un pozo profundo de autocompasión, que parece lo opuesto a la arrogancia. Podría parecer que ahora soy yo la que lo presenta como hombre de paja, sin sustancia ni integridad.

Pero la cosa es que, en esta ocasión, Alcatraz creía sinceramente que tenía la culpa de todos los males del mundo, él y solo él, y ninguno más éramos responsables de nada. En otras palabras, se creía mejor, más listo y más poderoso que nadie.

Eso es arrogancia, y también estopidez. (De verdad, noto como me baja un punto el coeficiente intelectual cada vez que escribo eso).

Voy a contaros quién más podría haber impedido lo que le había pasado a Attica.

Leavenworth, por ejemplo, que no se dio cuenta de que Biblioden estaba entre nosotros. Kaz, que no llegó al altar con ellos. Mi madre, que había jurado protegerlos. Yo, que estuve en coma todo el tiempo, pero no lo habría estado de no haber corrido el riesgo de salvar Mokia al precio de no estar allí para impedir la muerte de Attica, que al final resultó que era mucho más importante que el bienestar de todos los habitantes de los Reinos Libres, incluidos los de Mokia.

Ah, sí, y también había otro grupo que podía haberlo impedido todo: Biblioden y su secta de Bibliotecarios malvados. Podrían haber elegido no ser malvados.

Es lo que tiene la arrogancia. La gente como Alcatraz y como yo hacemos como si fuéramos responsables de muchas cosas malas que suceden. Y al final, tanto heroísmo te hace sentir invencible.

Cuando su padre fue sacrificado, Alcatraz descubrió que no era invencible. Descubrió que no podía impedir todas las cosas malas. Que hay cosas espantosas que suceden sin que podamos evitarlo. Es un descubrimiento terrorífico para un héroe.

Como precipitarnos contra la tierra. (Sí, la gravedad es cosa de la física, y la gravedad existe. El mundo sería muy raro sin ella, como pronto veréis).

Habría gritado mientras nos precipitábamos hacia el suelo a un millón de kilómetros por hora, pero no podía gritar porque no podía respirar. No podía hacer nada, excepto agarrarme a Alcatraz como un gatito diabólico mientras caíamos hacia una muerte inevitable.

Lo de caer desde el cielo no es tan rápido como cabría desear. Te da tiempo a pasarte la caída pensando lo que sentirás cuando te estampes contra el suelo y tu cuerpo se espachurre como una cucharada de mermelada. Te da tiempo a plantearte la vida que has llevado hasta ese momento. Te da tiempo a pensar si tu madre tenía

razón.

Supongo que me habría dado tiempo para planear cómo detener a Biblioden, pero no lo hice. Sí, sin nuestra intervención, utilizaría el poder de Attica para destruir a todos los que yo conocía y amaba, pero a eso como que le das menos importancia cuando tu fin es el que se acerca muy muy deprisa.

Aunque sí pensé por un instante que, si Biblioden dejaba de ser un rayado Bibliotecario y se daba prisa por una vez en acabar con el mundo, ya no moriría de la caída.

Qué desconsideración por parte de Biblioden no pensar en los demás y en sus muertes inminentes y espantosas.

Me agarré al cuello de Alcatraz más como consuelo que por otra cosa. En ningún momento pensé que su cuerpo fuera a amortiguar mi caída. Mientras nos precipitábamos hacia la tierra, los diminutos puntitos de los coches en la carretera crecieron de tamaño de manera alarmante. Alcatraz dejó escapar un sonido gorgoteante contra mi oreja, y me di cuenta de que lo estaba ahogando de verdad.

Debería haberle hecho un favor y seguir apretando para que se desmayara antes de que nos estrelláramos contra el suelo, pero no tuve tanta presencia de ánimo, porque ya se veían las líneas divisorias de las carreteras.

Alcatraz subió la mano y se dio un golpecito en las lentes.

La ráfaga de aire se tomó su tiempo para imponerse al impulso de la caída. El tiempo suficiente como para ver las caras de horror de los conductores, bajo nosotros. Los coches hicieron trompos en la carretera cuando los sacudió el viento de las lentes. Luego, muy despacio al principio, luego más y más deprisa, volvimos a elevarnos por el aire. Alcatraz alzó la barbilla para que nos desplazáramos en ángulo.

¡Cristales rayados! ¿Se le había ocurrido atravesar el continente a saltos, encendiendo y apagando las lentes para que no se sobrecalentaran?

De repente, lo que me preocupaba era morir de un ataque al corazón. Aflojé las manos en torno al cuello de Alcatraz.

—¡Baja al suelo! —le grité a la oreja.

Lo sentí sonreír contra mi mejilla.

—¿No querías que se me ocurriera una idea? —me gritó.

Me mordí el labio con tanta fuerza que me hice sangre. Sí que había querido que se le ocurriera una idea. Y estaba tomando nuestro destino en sus manos, lanzándonos por los aires hasta que la cosa se ponía al rojo vivo (literalmente) y calculando cuándo volver a encender las gafas para avanzar rebotando.

Debería haberme alegrado, Alcatraz estaba haciendo algo. Y eso era lo que yo pretendía, ¿no? Además, íbamos en la dirección correcta. Pero era obvio que, aunque cada salto fuera de muchos kilómetros, iban a hacer falta un montón de saltos para llegar a la Aguja del Mundo.

El estómago se me encogió en el punto bajo de otro salto y volví a gritarle al oído.

—¡No podemos ir así hasta la Aguja del Mundo! ¡Hasta en aeronave tardaríamos… aaaaaah!

Eso último fue mi grito cuando aceleramos más deprisa que nunca y nos catapultamos por el aire a tal velocidad que el mundo entero se convirtió en un borrón. Era como si la energía con la que Alcatraz alimentaba las lentes se fuera incrementando de manera exponencial. Durante un rato, solo vi líneas de velocidad.

Y entonces, cuando Alcatraz consiguió desactivar las lentes y empezamos a frenar en la cúspide del arco…

… vi una cosa que se parecía demasiado a la costa del continente de África en las Tierras Silenciadas.

—¡Cristales rayados! —grité—. ¿Qué has hecho?

Alcatraz parecía asombrado.

—Me parece que he roto nuestro plan de vuelo.

—¿Qué? ¡Es imposible! Ya no tienes tu Talento.

—No sé —dijo Alcatraz—. Por un momento ha sido como si…

Me agarré con fuerza a él porque empezamos a caer, aunque a una velocidad que parecía relajada comparada con la que nos había llevado hasta allí.

Lo que sucedió a continuación fue absurdo, como pasa siempre que entran en juego los Talentos. No sé cómo lo hizo Alcatraz, pero al siguiente salto el terreno que veíamos cambió de manera radical. Estábamos sobre una zona ártica y una vasta tundra se extendía bajo nosotros. Al siguiente apareció el reino de Mokia, que estaba en una isla del Pacífico, pero al otro lado de la Aguja del Mundo. En el siguiente salto vimos la cordillera que recorre el centro del continente silenciado de Norteamérica. O eso me pareció.

Por el momento, ni rastro de la Aguja del Mundo.

—¡No podemos seguir así eternamente! —le grité a Alcatraz.

—¿Se te ocurre algo mejor? —me gritó él a mí.

La verdad era que no.

A los pocos saltos en el plan de vuelo roto, vimos el océano bajo nosotros. Apenas se divisaban unas cuantas motas de tierra…

… y una torre que se alzaba del océano, aún a kilómetros de distancia. Desde tan lejos, la Aguja del Mundo no parecía gran cosa: una fina hebra de cristal marfileño que surgía del agua hacia el cielo, mucho más alta que cualquier edificio, que cualquier montaña que habíamos visto hasta entonces.

—¡Allí está! —grité, y me incliné en dirección a la Aguja.

Alcatraz se volvió para mirar, y el viento de las gafas nos empujó en dirección contraria.

—¡No! —grité. Lo agarré por el pelo y le giré la cabeza—. ¿Puedes impedir que el plan de vuelo se rompa otra vez? ¡Tenemos que ir hacia el noroeste!

Le di un golpe con la cabeza por si era tan estópido como para no saber dónde estaba el noroeste.

—¡Lo intentaré!

En el siguiente salto, lo hizo: en lugar de seguir la ruta averiada, continuamos remontándonos sobre el Pacífico. En la cúspide de cada arco, yo le apoyaba la cabeza en el hombro para buscar con la mirada la Aguja del Mundo, para acercarnos más a ella y al mismo tiempo para no acabar ensartados en la punta, como una brocheta oculantista.

Era una enorme púa de cristal que se alzaba del océano y perforaba el cielo. Al acercarnos, distinguí una plataforma geométrica en la base, obviamente para las naves que llegaban a la Aguja, y también vi las casas donde vivían los que se investigaban en la torre. Una espiral de andamios de madera ascendía para llevar a una plataforma similar, aunque mucho más pequeña, cerca de la punta. Allí se posaban las aeronaves que traían a eruditos de los Reinos Libres que querían estudiar la punta. En aquel momento no había ningún vehículo, así que quizá el Talento nos había llevado allí antes de que llegara Biblioden.

No sabía qué significaba eso exactamente, pero por fuerza tenía que ser bueno para nosotros.

—¡Por ahí! —grité, y le clavé los talones a Alcatraz como si fuera un poni.

—¿Qué? —gritó él.

Llegamos al punto bajo del arco y cerré los ojos para prepararme para la sensación de que se me iba a salir el estómago por la boca. Cuando empezamos a subir de nuevo, en dirección a la Aguja del Mundo, pero no tan centrados como me habría gustado, le di otro golpe con los talones.

—Por ahí. Tenemos que pensar en cómo parar.

—¡Mejor caemos en el océano! —gritó Alcatraz—. Podemos describir un arco más corto y utilizaré las lentes justo al final para amortiguar la caída.

Sonaba lógico, siempre que las aguas que rodeaban la Aguja del Mundo no estuvieran infestadas de tiburones.

Como era obvio que Alcatraz no entendía las instrucciones que le daba con los pies, volví a darle un golpecito en la cabeza con la mía.

—¡Gira hacia allá!

Caímos de nuevo en el océano y Alcatraz se volvió para mirar en dirección a la Aguja y calcular el ángulo del próximo salto. Abajo, las olas se abrieron bajo el chorro de aire, creando un túnel en el mar tranquilo mientras frenábamos y luego volvíamos a acelerar en el ascenso.

Miré hacia la Aguja del Mundo. Alcatraz había calculado mal. Íbamos hacia una serie de islas, no hacia la Aguja.

Pero estábamos al principio del salto, así que aún podíamos corregir el rumbo.

—¡No! —grité—. ¡Por ahí!

Le di un golpe con la cabeza para apuntar.

Puede que le diera más fuerte de la cuenta. Movió la cabeza bruscamente y, mientras subíamos, aunque no a toda velocidad, empezamos a dar vueltas. Por un momento, volamos hacia un lado y acabé montada sobre la espalda de Alcatraz.

En ese momento, algo salió volando de su cabeza y estuvo a punto de darme en toda la cara antes de perderse en el aire.

Las lentes de soplatormentas. Nuestra única manera de frenar la caída en picado hacia el océano que nos esperaba abajo. Tuve muy poco tiempo para pensar en los errores que había cometido durante toda mi vida, el peor de los cuales fue sin duda permitir que Alcatraz me llevara hasta allí volando, antes de caer al agua.

Capítulo

Lo más importante que se puede decir acerca de la responsabilidad es que nadie capaz de asumirla quiere tenerla. Si eres responsable de otras personas, corres el riesgo de fallarles. Corres el riesgo de liarla gorda. Si tu única responsabilidad en la vida es levantarte de la cama y no morir antes de volver a acostarte por la noche, no te sentirás culpable por nada. ¿Sigues vivo? Misión cumplida.

(Aunque, por otra parte, si no lo consigues es un tanto humillante. O sea, ¿de qué vas? Solo tenías que hacer una cosa y no has sido capaz de hacerla).

Pero si eres responsable de otros, la cosa se complica.

El agua del océano estaba hasta calentita tras tantos miles de kilómetros de vuelo y caídas, y nadé hacia la superficie mientras buscaba desesperadamente a Alcatraz.

En el océano, mis poderes crístinos eran de mucha ayuda. Me conecté a la Piedra Mental para invocar la capacidad natatoria combinada de todos los caballeros. Mis músculos no cambiaron físicamente, pero los movimientos se hicieron más fuertes, más seguros. Pese a la pesada armadura, cada impulso que me daba en el agua me hacía desplazarme diez veces más rápido de lo que habría

conseguido por mis propios medios.

Salí a la superficie y respiré a la desesperada con la espada debajo del brazo, sin dejar de mirar a mi alrededor en busca de Alcatraz.

Él asomó del agua un momento después, pataleando y luchando por no hundirse. El mar estaba mucho más agitado de lo que nos había parecido desde arriba. Nadé hacia Alcatraz, le cogí los brazos y me los eché a los hombros.

—¡Agárrate! —le grité.

Por primera vez, miré a nuestro alrededor.

Estábamos a muchos kilómetros de la Aguja del Mundo. Ni yo era capaz de llegar nadando a la torre. Nos ahogaríamos antes. Pero, en cambio, nos encontrábamos mucho más cerca de la serie de islas que había visto desde el aire. Aún estaba temblando por el vuelo y lo que más quería en el mundo era pisar tierra firme, de modo que tomé una decisión sensata, nada apresurada, una decisión de la que mi madre habría estado orgullosa: me metí la espada en el cinto, me giré hacia la isla más cercana y empecé a nadar tirando de Alcatraz. Cuando rocé las rocas con las rodillas, me puse en pie y lo arrastré hacia la orilla.

Ya habréis notado que mis acciones no iban en la dirección del objetivo principal, que era llegar a la Aguja del Mundo. Hay que tener en cuenta que llegar a la Aguja muertos o que nos devoraran los tiburones también sería contraproducente. Además, todo era culpa de Alcatraz. Yo soy una caballero. Estoy entrenada para proteger. Él es quien tiene que tomar decisiones estúpidas, precipitarse y hacer que casi nos matemos. No es culpa mía si me falta experiencia para hacerlo bien.

Llegamos a una playa que me sonaba de algo. El color de la arena y las formaciones rocosas…, todo aquello me sugería que no era la primera vez que estaba allí.

Bueno, la arena, las rocas y los gigantescos restos del dragón de cristal que se había precipitado del cielo cuando salimos de las Tierras Silenciadas en el segundo libro.

—Vaya, esto sí que es una ironía —dije.

(Os habréis dado cuenta de que, según la definición al principio del capítulo anterior, no lo era. Al me dice que es porque las palabras pueden tener muchos matices y significados, y que por eso el lenguaje es maravilloso. Yo digo que es una prueba más de que los escritores son bichos raros).

Alcatraz se quedó mirando el dragón. Su Talento había destruido el casco cuando nos atacó un oculantista oscuro de los Huesos del Escriba. Las mareas ya se habían llevado parte de los restos, pero otros seguían dispersos por la playa. El fragmento más grande, con la enorme cabeza de cristal de la bestia, sobresalía de la arena y parecía

que nos estuviera mirando.

Y que no le gustara lo que veía.

—Vale —dije.

Me saqué la espada del cinturón, que no tenía funda y no era cosa de llevarla ahí colgada mientras andaba, y la dejé en la arena. Miré en dirección a la Aguja del Mundo. Aún se veía, claro, porque era de largo la cosa más alta del mundo, tan alta que suponía un riesgo para los aviones. La Aguja, y el asuntillo ese de tener que mantenerla en secreto para su propia gente, es el motivo por el que los Bibliotecarios inventaron lo del control del tráfico aéreo.

¿Qué? No pensaríais que era para controlar el tráfico de aviones, ¿no? Cualquiera puede ir en coche adonde le venga en gana sin que nadie le diga por radio adónde dirigirse y cuándo, ¿y os parece que hay tantos aviones volando a la vez en las Tierras Silenciadas como para que haga falta un protocolo adicional para que no choquen entre ellos?

En los Reinos Libres tenemos un dicho: «Es tan útil como un controlador aéreo en las Tierras Silenciadas». O sea, no mucho.

—¿Qué pasa con tu Talento? —pregunté a Alcatraz—. ¿Lo has recuperado?

Él bajó la vista y se miró los zapatos empapados.

Le salía de los pantalones un reguero de agua que corría por la arena.

—No creo —dijo—. Ya no lo noto.

—Pero, por un momento, lo volviste a tener —dije—. Y nos ha traído aquí.

Alcatraz asintió.

—Me parece que sí. Pero no sé por qué. Es difícil de describir, pero mi Talento es como una… presión. Siempre lo he notado, y de repente ya no lo noto.

En cierto modo tenía lógica. A los Smedry se les acumulaba la magia por dentro y les tenía que salir.

—¿Puedes intentar hacerlo otra vez? —pregunté—. No sé, prueba a romper el océano o algo así. Lo que sea que nos acerque a la Aguja del Mundo.

Alcatraz cerró los ojos como si buscara algo en su interior. Me imaginé que sería como cuando yo me conectaba con el poder de la Piedra Mental. Luego negó con la cabeza.

—Lo siento, Bastille —dijo—. No sé por qué me ha funcionado antes, pero ya no tengo el Talento.

Suspiré. Era frustrante estar tan cerca de la Aguja del Mundo y no poder llegar hasta ella. Alcatraz aún tenía el maletín y yo me las había

arreglado para no perder la espada y no cortarlo a él en pedazos mientras volábamos. Ninguna de las dos cosas serviría para transportarnos por el océano.

—¿Les ha pasado algo a las otras lentes? —pregunté.

No porque pensara que nos iban a servir de algo, pero a lo mejor podíamos usar las lentes de reojero para ver la Aguja del Mundo desde los ojos de un pájaro o algo así.

Para ver bien a Biblioden cuando llegara a la Aguja para vaporizarnos.

Alcatraz abrió el maletín y examinó las bolsitas de tejido cristalino. Las tocó y, en ese momento, el tejido cristalino empezó a brillar. Apartó la mano bruscamente.

Me quedé mirando el maletín. Lo que brillaba era el tejido cristalino, no las lentes…, que, por cierto, parecían intactas.

—Alcatraz, ¿qué pasa…?

—Ni idea —dijo—. Me pasó lo mismo en la Sumoteca, antes de…, bueno, ya sabes. Creo que tiene que ver con la acumulación de energía después de que rompiera los Talentos. Me parece que la puedo utilizar para alimentar otras cosas, no solo las lentes.

Lo pensé un momento. Sería muy útil si tuviéramos algún tipo de tecnología cristalina para volar sobre el agua, pero no, solo teníamos el tejido del maletín y una aeronave hecha pedazos. Meneé la cabeza.

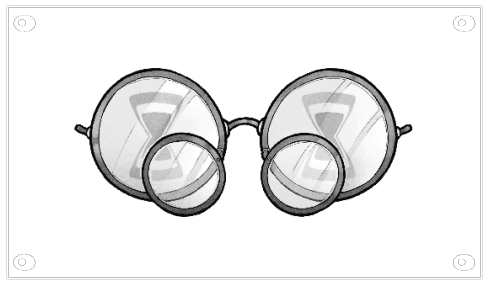
—Bueno, ¿se te ocurre qué podemos hacer?

Me volví hacia él. Alcatraz estaba mirando el mar con expresión distante.

Y, entonces, hizo algo que no me esperaba.

Se dejó caer de rodillas y se echó a llorar.

Capítulo 8



La inutilidad de Alcatraz empezaba a preocuparme en serio. Seguro que a vosotros también. Nadie quiere leer un libro en el que el héroe se pasa la novela entera como un pasmarote mientras el malo vaporiza el mundo entero. Los héroes tienen que ser activos. Tienen que lanzarse a la refriega, idear planes locos y luchar hasta que la cosa sale bien. Tal como os habría dicho el verdadero Brandon Sanderson antes de que lo asesinaran los ninjas, el protagonista del libro tiene que ser muy «protag».

Ahí se le nota que de escritor tiene poco. Hasta yo sé que esa palabra no existe.

En este punto, me veo en la necesidad de recordaros que esto no es una novela de fantasía. Es un relato verídico de lo que pasó tras la destrucción de la Sumoteca. Uno de mis objetivos al escribirlo, además conseguir que paréis de mandarles a Brandon y a Alcatraz cartas con insultos, purpurina, bombas fétidas y tiburones (de verdad, como vuelva a abrir un paquete sospechoso y me encuentre un tiburón…), es demostraros que Alcatraz, pese a lo que diga él, es un héroe de verdad.

Exacto, gente. Un héroe en acción. Una persona normal que ha

pasado por circunstancias terribles y no sabe cómo seguir adelante.

Porque Alcatraz estaba allí, pero su mente volvía una y otra vez a su padre, al altar, a lo que había ocurrido. (¿Qué pasa? ¿Que no puedo deciros lo que está pensando Alcatraz? ¿Que es una violación de la ley del punto de vista? Os recuerdo la licencia literaria que mencioné con anterioridad. Sé lo que está pensando Alcatraz. Se lo he preguntado. Para que os enteréis).

Para él, la culpa era como un hámster que llevara dentro y le estuviera royendo los intestinos. Era un hámster un tanto complicado. Alcatraz le había fallado a su padre, pero su padre había elegido morir en lugar de permitir que se llevaran a su hijo. Por tanto, ¿le había fallado de verdad?

Además, Alcatraz se había pasado meses guardándole rencor a Attica, diciendo que era un ególatra y un mal padre. Pero, al final, Attica se había sacrificado por él, así que Alcatraz de pronto se sentía mal por lo que había pensado de su padre durante todos esos meses. Pero a la vez seguía enfadado, porque Attica era un rayado desastre que no se preocupaba por los demás. (Su Talento consistía en perder cosas; tengo la teoría de que Sasha y él, que compartieron el Talento después de casarse, habían perdido la humanidad hacía años, tal vez incluso antes de que naciera Alcatraz. En fin, nunca lo sabré con seguridad).

Aparte de eso, Alcatraz casi no había conocido a su padre, de modo que su pérdida no le causaba tanta pena como habría sido de esperar…, cosa que lo hacía sentir aún más culpable.

Y luego estaba lo del abuelo Smedry.

Esa pérdida sí que era dolorosa. Más dolorosa que nada. Doloroso como recibir un martillazo en la nariz. Doloroso como que te claven una astilla de madera en el ojo. Doloroso como que alguien descubra que te encantan los ponis de juguete. (Ni una palabra. Les pongo armaduras y espadas, así que no es lo que parece).

Alcatraz se guardaba todo esto dentro, y lo que no vi en aquel momento era lo mucho que le estaba costando no compartir su dolor. Estaba fingiendo. Ya que vamos a inventarnos palabras, estaba «protaguizando». En su interior tenía lugar una verdadera guerra, y el destino del mundo dependía del resultado de aquella guerra. Igual os parece que era un llorica y un borde, y sí, pero recordad que había visto morir a su padre hacía tan solo unas horas. Visto lo visto, no lo estaba llevando tan mal.

AHORA VAMOS A DEJAR DE HABLAR DE ALCATRAZ EN ABSTRACTO Y VAMOS A VOLVER A LA ISLA DONDE ESTAMOS. EN LA ISLA NO TENÍA LUGAR UNA GUERRA. OJALÁ. ASÍ HABRÍA PODIDO LUCHAR CONTRA ALGO.

¿Habéis visto?

¿Habéis visto lo que he hecho? Esto se llama «transición». Es cuando un autor describe una escena y luego, con mucho talento, de manera casi imperceptible, nos trae de vuelta a otra escena después de

mucho blablablá (y os juro que «blablablá» se dice así, no me lo he inventado). ¿A que ha sido sutil? Ni os habíais dado cuenta.

Esto de escribir se me da muy bien.

Tal vez os sorprenda si os digo que no suelo llorar. (Silencio. He dicho «tal vez». Por si eres de esas personas que cogen el sexto libro de una serie y empieza a leer por la mitad. Y si eres de esas personas, quiero hacerte una pregunta: ¿estás enfermo o qué?).

Y Alcatraz, tampoco. Sí, ya lo sé, las lágrimas eran por su padre, por la culpa, por el hecho de ver la Aguja del Mundo y no poder llegar a ella. Nuestras posibilidades de detener a Biblioden eran escasas tirando a nulas.

En ese momento yo también me sentía derrotada. Tenía ganas de dejarme caer de rodillas (rodillas que, por cierto, no paraban de temblarme tras la experiencia de vuelo) y echarme a llorar junto a él.

—No pasa nada —dije, aunque sabía de sobra que pasaba mucho —. Bueno, no pasará nada si se nos ocurre cómo solucionar esto, ¿vale?

Así hablaba yo antes de que me obligaran a escribir la palabra «estópido» media docena de veces. ¿Cómo creéis que hablaba ahora?

—No —dijo Alcatraz—. Lo siento. No puedo hacer nada.

Seguro que pensáis que, a estas alturas de la historia, Alcatraz se va a quitar la tontería de encima y volverá a ser el valiente de siempre, y lo arreglará todo. Porque, al fin y al cabo, os he dicho que esta narración iba a demostrar que, pese a lo que él mismo cree, es un héroe.

Pero os recuerdo que no es una obra de ficción que se pueda constreñir a las clásicas estructuras argumentales y otros recursos artísticos. Esto es un reportaje periodístico, un relato verídico de los hechos tal como sucedieron. Así que, sí, es verdad que hemos cruzado el mundo con la única ayuda de unas lentes de soplatormentas con una cifra demencial en el cuentakilómetros. Y no, esta experiencia tan emocionante no había mejorado el estado de ánimo de Alcatraz.

Ni el mío.

El problema era que, a aquellas alturas, Alcatraz no solo sentía culpa, sino también vergüenza. La vergüenza es a la culpa lo que aj es a un dragón. La vergüenza es cuando dejas de sentirte mal por lo que has hecho o dejado de hacer y empiezas a sentirte mal por lo que eres.

—Tenemos la rayada Aguja del Mundo a la vista —dije—. Tiene que haber una manera de ir hasta ella desde aquí.

—Soy un fracaso, Bastille —dijo Alcatraz—. Os he fallado a todos. A mi abuelo. A mi padre. A mi madre. A ti. A todos.

—Aún nos quedan tres pares de lentes —continué.

—Hemos dejado a tu madre, a Kaz y a los demás mientras los Bibliotecarios los estaban persiguiendo. Estaban disparando contra ellos.

—Seguro que han escapado. Estaban en mejor posición que nosotros. Además, puede que Kaz haya perdido su Talento, pero mi madre sigue siendo una caballero de Cristalia. Lo habrá puesto a salvo.

—Y ahora todos los habitantes de los Reinos Libres van a estallar, o arderán, o dejarán de existir, y todo porque yo no me enfrenté a Biblioden. No lo detuve. Dejé que matara a mi padre. Si Attica estuviera aquí, él sí sabría cómo detenerlo. Si hubiera muerto yo, en vez de él, os habría salvado a todos.

Aquello empezaba a ser molesto. Sí, comprendía por qué se sentía así, pero, por muchos motivos que tuviera, era un pelma de primera.

Obviamente, yo no era la persona ideal para redirigirlo, para ayudarlo a salir de aquel pozo negro en el que había caído. Si Leavenworth estuviera allí, empezaría a gritar cosas como «¡Husbergs hostiles, chico!», y luego cualquier otra tontería sin sentido.

Pero yo no era Leavenworth, y estaba en un lío que había provocado por tratar de comportarme como los Smedry. Así que se acabó. Mejor hacer lo que se me daba bien.

—Si me cuentas cómo rompiste los Talentos, igual se nos ocurre cómo hacer que el tuyo vuelva a funcionar con normalidad —dije.

—No puedo. —Alcatraz se tiró en la arena—. Toda la vida he odiado mi Talento, y ahora él me odia a mí.

Aquello me pareció muy pasado de teatral.

—Tu Talento no es una persona —le recordé—. Pero yo sí que te voy a empezar a odiar si no espabilas y dejas el resto de los lloriqueos para después de que sepamos cómo evitar que Biblioden nos mate.

Alcatraz se incorporó y me miró, iracundo. (Alcatraz dice que vale, que «iracundo» es mi nueva palabra favorita, pero que tiene valor y hay que reservarla un poco más. A ver, si me van a pagar por usar palabras raras, es mejor dosificarlas, *pas? n'est-ce*
).

—Es inútil —dijo, irritado—. Vamos a morir todos.

—Desde luego —dije—. Sobre todo si te quedas ahí sentado lloriqueando en lugar de ayudarme.

—¿Es que no me oyes? ¿Por qué te sigues portando como si yo fuera a impedirlo? No voy a impedir nada, Bastille. No puedo. No soy capaz. No soy nada.

Si no acabara de hacer un viaje aterrador sobre buena parte del

mundo para al final caer en una playa contra la que ya nos habías estrellado una vez, me habría dado cuenta de que el hecho de que Alcatraz llorase y hablase de sus sentimientos era, en cierto modo, un progreso, mucho más sano que quedárselo todo dentro y mirar al vacío. Pero en aquel momento no me importaba lo que lo había llevado a aquel estado lamentable.

—Levántate —le ordené.

En su honor, he de decir que se levantó. Con la cabeza gacha, encorvado, mirándose los zapatos, antes tan brillantes, pero se levantó. Despacio, eso sí.

Me acerqué a él, lo miré a la cara y lo agarré por la pechera de la camisa empapada. Otra vez. Solo que, en esta ocasión, lo levanté por los aires hasta que los zapatos chorreantes se separaron de la arena.

—¡Cállate! —le dije—. ¡No permito que nadie diga esas cosas de mi amigo!

Debió de tomarme en serio, porque se calló. Me miró conmocionado, con el pelo mojado sobre la frente que, de manera de lo más inconveniente, me estaba goteando en un ojo.

Luego hizo una mueca y empezó a llorar otra vez.

Ahí fue cuando perdí la paciencia. Le pegué mucho su cara a la mía y gruñí.

Las chicas tenemos que practicar más esto de gruñir. Hay veces que viene muy bien. Ni caso a lo que dicen las revistas o a esos consejos sobre vestidos. Aprended a gruñir, es mucho más útil. Palabra de Bastille.

Alcatraz parpadeó.

—Es un gruñido muy bueno.

—Gracias —dije—. Es el treinta y siete. Estoy muy orgullosa de él.

—¿Tienes treinta y siete gruñidos diferentes?

—Cincuenta y dos. Hoy en día hay que ser multigruñidal. Bueno, qué, ¿se te ha pasado la estopidez?

—¿Con el gruñido, quieres decir?

—Obvio.

Tengo que aclarar una cosa: lo que acabo de contar, por mucho que lo parezca, no tuvo ni un ápice de tensión romántica sutil. Por si no lo habíais notado, la sutileza no es lo mío.

—¿Te acuerdas de cuando estuve tan deprimida en los Archivos (no biblioteca) Reales? —dije—. ¿Y tú me encontraste hecha un ovillo en el suelo?

—Sí —dijo con los ojos muy abiertos.

Tenía la cara muy cerca de la mía. Y a mí la cara se me estaba calentando. Seguro que porque nos daba mucho el sol. Sí, seguro.

Alcatraz consiguió no mirarme a los ojos, pero aun así no pudo escabullirse, porque para eso tenía que haberse quitado la camisa. En otros tiempos la habría roto y ya.

Qué bajo se puede caer.

—Venga —dije—. Habla.

—¿De qué?

—Ni idea. De sentimientos y cosas de esas.

Lo de empatizar cada vez se me daba mejor.

—Permití que muriera mi padre, Bastille —dijo en voz baja—. No, peor todavía. Le dije a Biblioden que lo sacrificara a él, no a mí. Soy un cobarde.

—Alcatraz, te he visto hacer frente a fantasmas, a robots gigantes y a gatitos. No eres ningún cobarde.

—Entonces ¿por qué dejé que se lo llevaran a él?

—Seguramente porque querías vivir —dije—. Como cualquier ser humano. Queremos creer que siempre elegiremos sacrificarnos, pero en momentos así se pierde el control.

Alcatraz asintió sin decir nada. Se me pasó por la cabeza amenazarlo otra vez, pero me lo pensé mejor.

—Cuéntame lo que pasó —dije con voz amable.

Empezó a hablar muy despacio, casi en susurros. Pero habló. Me contó cómo habían llegado a la Sumoteca (eso ya me lo había dicho

mi madre durante la huida, pero solo me había dado algunos detalles) para descubrir que Biblioden había estado entre ellos todo el tiempo. Luego, la captura, el disparo contra Leavenworth Smedry y… el altar.

Era una historia dolorosa, y me di cuenta de que narrarla era desgarrador.

—Y me obligó a elegir —terminó Alcatraz con la mirada perdida —. A elegir entre mi vida y la de mi padre. Y…, Bastille…, mi padre habló al mismo tiempo que yo. Yo dije: «Sacrifícalo a él», y él dijo: «Sacrifícame a mí». Lo hizo por mí, y yo fui un cobarde. Al final, se portó como un héroe. Y yo le fallé.

—Lo que dijeras no importa —respondí—. Te aseguro que Biblioden iba a sacrificar a tu padre de todos modos. Attica le parecía una amenaza mucho más peligrosa. No habrías podido proteger a tu padre.

—Eso no cambia nada. Soy una mala persona —susurró—. En ese momento, dejé bien claro quién soy de verdad, Bastille.

—¿Y qué?

—Que no valgo nada. Que no soy un héroe, como dice todo el mundo.

Negué con la cabeza.

—No, Alcatraz. Eres humano. No te voy a decir que hiciste lo correcto, porque en ese momento nada que pudieras hacer era correcto. Nadie tendría que tomar la decisión que te impuso Biblioden. No eres un cobarde ni un malvado porque reaccionaras como habría reaccionado cualquiera.

No pareció que mis palabras le sirvieran de mucho consuelo, y eso me hizo enfadarme. Con él y conmigo. Me gustaría que se me ocurriera una descripción estupenda ahora mismo, pero lo cierto es que Alcatraz parecía triste.

—Lo siento, Bastille —dijo—. No soy un héroe.

Aquello ya me tenía muy harta. Lo solté en la arena y me alejé a zancadas. Sabía que tendría que haber sido más amable. Sabía que debería hablar con él, ayudarle a superarlo. Pero en aquel momento estaba rabiosa porque ni siquiera intentaba buscar la manera de llegar a la Aguja del Mundo. Habíamos cruzado el rayado planeta para llegar allí. Solo necesitábamos recorrer unos pocos kilómetros más. No era mucho pedir.

Llegué hasta los árboles. La frontera entre los troncos y la playa estaba marcada por hierba alta que crecía tras los restos del *Dragonauta*. No podía meterle un poco de sentido común en la cabeza a Alcatraz, así que al menos iba a buscar un lugar discreto para hacer mis cosas.

Un momento, ¿cómo que no puedo decir eso? Alcatraz dice que en los libros no se mencionan las funciones fisiológicas. Cristales rayados, Al, que tampoco iba a entrar en detalles.

Mientras me desabrochaba el cinturón y me… va, vale. Mientras estaba entre unos árboles sin hacer nada concreto en absoluto, que es lo más normal cuando alguien acaba de cruzar el mundo a saltos y rebotes, pero no tiene necesidades biológicas, la hierba empezó a moverse.

Y no me refiero a una zona de la hierba, a unos cuantos tallos aquí y allá, no. Me refiero a la línea entera que bordeaba la selva y se adentraba entre los árboles. Unas hierbas se mecían hacia un lado, y otras hacia el contrario, como si un ser gigantesco se estuviera deslizando por el suelo, enroscándose y avanzado entre la vegetación.

El estómago me dio un vuelco y estuve a punto de hacerme pis encima. (Ah, vale, así que si me voy a orinar en la armadura sí puedo decirlo en el libro, pero si lo voy a hacer entre unos arbustos como una persona normal que se encuentra en medio de la nada, no puedo ni mencionarlo. Los escritores sois muy raritos).

Y entonces, de pronto, en una zona de hierba más escasa asomó una larga púa amarilla pegada a un pellejo azul escamoso.

—¡Aj! —grité, y corrí hacia Alcatraz tan deprisa como pude.

Alcatraz estaba tumbado en la arena, de espaldas, con el esmoquin, como un cadáver que el mar hubiera arrojado a la orilla. (¿Qué? ¿Que ahí tenía que haber hecho un chiste? Bueno, vale. Como el cadáver de un humorista que el mar hubiera arrojado a la orilla. ¿Mejor así?).

—¡Aj! —grité de nuevo mientras me acercaba a él.

—Ya te he oído —dijo—. No sé qué te ajjea tanto, pero te juro que no puede ser peor que lo que yo he visto hoy.

Me agaché a su lado sin apartar la vista de la hierba.

—No, idiota —dije al tiempo que la hierba se abría—. ¡Aj!

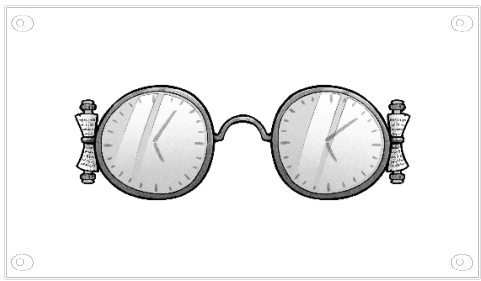
Apareció una cabeza larga, sinuosa, como si una pitón y un caimán tuvieran hijos muy muy muy grandes. Las púas del cuerpo bulboso llegaron detrás, arqueándose a intervalos. No servían para nada, pero impresionaban.

—Aj —dije, esta vez más bajo.

Alcatraz se incorporó y por un momento pareció preocuparse, pero luego volvió a caer en la apatía existencial. (Me está gustando esto de utilizar palabras con valor. Con este libro voy a ganar una fortuna).

Y entonces el aj movió la cabeza escamosa hacia nosotros y sonrió, mostrando sus muchas hileras de dientes.

Capítulo 9



Supongo que a estas alturas pensaréis que lo de la culpa es una cosa muy mala. No es así. Imagínate que tu madre acaba de comprar una chocolatina. (El editor ha sugerido que tal vez tu madre ha hecho algo más cariñoso y personal, como prepararte una tarta de manzana. La sola idea de mi madre preparando una tarta me resulta inimaginable, así que le he preguntado a Alcatraz y, al final, nos hemos decantado por una chocolatina).

Tu madre acaba de comprar una chocolatina, pero no es para ti. (Ah, ahora sí. Eso sí que es una madre tal y como Alcatraz y yo las entendemos). Es para tu hermano mayor. (Aquí ya no cuento con Alcatraz, porque le falta imaginación y no sabe lo que es tener un hermano. Yo, por desgracia, no me lo tengo que imaginar).

Ahora, imagínate que te has comido esa chocolatina que era para tu hermano. Llegado este punto, pueden pasar varias cosas. Quizá te sientas mal y decidas no volver a hacer nada semejante. Quizá te sientas mal pero sigas comiéndote chocolatinas ajenas porque no tienes autocontrol. O quizá no te sientas mal, porque comerte las chocolatinas de los demás te parece perfecto.

Ahora imagínate que la chocolatina es tu madre.

¿Qué pasa si no te sientes culpable?

Matricidio. Y canibalismo.

Eh, se me empieza a dar muy bien esto de las metáforas.

—Necesitamos una pajita —dije.

—Ese ser parece un garabato —susurró Alcatraz.

—¿Qué más da si es barato o caro?

—No, en serio. Pero es obvio que ha conseguido cristal extensible.

—¡Alcatraz! —le grité—. ¿Quieres concentrarte? Es un aj, y no tenemos pajitas.

Alcatraz puso los ojos en blanco. Le puso los ojos en blanco al aj. A un aj hambriento, a juzgar por su manera de olisquear al borde de las rocas.

Seguro que los de los Reinos Libres estáis alucinando, pero os recuerdo que Alcatraz nunca había visto un aj. Ni siquiera había oído del todo a un aj. Así que, mientras a vosotros os vienen a la cabeza imágenes de *La guerra de los ajs* o *En busca del aj maldito*, él solo veía un ser que parecía salido de un cuento para niños.

(Seré justa y señalaré que, después, Alcatraz me enseñó varias ilustraciones de libros infantiles, y sí que recuerdan bastante a la anatomía de un aj).

—¿Y para qué nos serviría tener paja?

—Los ajs le tienen pánico a la paja —expliqué.

Eso era una versión muy simplificada de la verdad, claro. En los Reinos Libres sabemos muy bien que, antes, a los ajs les encantaba la paja. En el siglo XVII, volvían a su madriguera tras un día de saqueo y de devorar gente, y se metían entre pecho y espalda un par de balas de paja para hacer bien la digestión.

Pero hubo algo que alteró para siempre el tracto intestinal de toda la ajidad.

El jabón.

Tanto los habitantes de los Reinos Libres como los de las Tierras Silenciadas llevaban toda la vida bañándose, pero la popularidad universal del jabón es un fenómeno más reciente. Y el jabón afecta muchísimo al aparato digestivo de los ajs, que empezaron a consumir cada vez más paja para combatir el ardor de estómago. Llegaron a devorar campos enteros de cereal solo para comerse la paja.

El resultado fue que la gente empezó a morirse de hambre, con lo que los ajs tenían menos gente para comer. O sea, la cosa fue a peor para todos. Se habló de ir a la guerra, pero los ajs no querían luchar contra su fuente de alimentación, y nadie con dos dedos de frente quería enfrentarse a un aj.

La cosa siguió así hasta que el famoso explorador Polunsky Ansel negoció el Gran Tratado Aj, según el cual los ajs se comprometieron a no volver a comer una brizna de paja. A cambio, la población humana se comprometió a dejar de tocar el acordeón, porque es un sonido que vuelve locos a los ajs (y a todo el mundo).

Si alguien pilla a un aj con una brizna de paja, el Gran Tratado estipula que el aj debe prestarle un servicio. Y cualquiera con dos dedos de frente pide al aj que le haga el servicio de no devorarlo.

Los ajs detestan este servicio, pero el tratado logra tres cosas: que los ajs devoren a menos personas, que sufran menos indigestiones y que haya más paja a mano para librarnos de ellos.

O sea, es para lo único que sirve la paja, ¿no?

—Ese aj está en medio de un campo de paja —dijo Alcatraz—. Y no parece que tenga mucho miedo.

—Eso no es paja —repliqué—. Es hierba. Hay una diferencia agricultural.

Alcatraz me miró con una ceja arqueada, como a la espera de que se la explicara.

—No es el momento —dije, porque desde luego no era el momento de explicar nada mientras un aj nos estaba mirando, no porque no tuviera ni idea de los detalles del Gran Tratado Aj en el apartado de paja/hierba.

—¿Qué, habéis terminado? —preguntó el aj.

—¡Aj! —gritó Alcatraz—. ¡Pero si habla!

—Claro que habla —dije—. ¿Cómo crees, si no, que se negoció el Gran Tratado?

Alcatraz me miró como si me hubiera vuelto loca, y recordé que la versión larga de la historia os la había contado a vosotros, no a él.

Pero seguía sin ser el momento.

—¿Que si hemos terminado qué? —pregunté.

El aj reptó para acercarse y el primer segmento enorme del cuerpo salió de entre la hierba. Los ajs se comen a las personas enteras y las van digiriendo durante semanas, a veces meses, en los sucesivos sacos que tienen a lo largo del cuerpo. Pueden digerir a la vez a tantas personas como sacos tengan.

Y no, nadie se ha abierto camino desde dentro de un aj. Los ajs no son idiotas. Primero te matan. Os contaría cómo, pero el editor dice que soy demasiado violenta.

—De hablar —dijo el aj—. No iba a interrumpiros para comeros. Tengo buenos modales.

—Bastille —intervino Alcatraz—, ¿no vas a pelear?

Miré mi espada, en la arena. Había sobrevivido al viaje por aire y agua, pero si la utilizaba contra un aj no me iba a durar ni medio minuto.

—No —dije—. Leí en *La caza del aj* que, un día, doce crístinos se enfrentaron a un aj a la vez, desde una posición favorable, y todos murieron.

—Seguro que solo es una leyenda —dijo Alcatraz—. No parece tan fiero. Es como un dragón pequeño.

Y eso lo decía uno que jamás había tenido que enfrentarse a un dragón cuerpo a cuerpo.

—No es una leyenda —repliqué—. Es un libro de no ficción. Y nuestros libros de no ficción dicen la verdad, no como en las Tierras Silenciadas, donde los libros se dividen entre las mentiras que los Bibliotecarios quieren que creáis y las que les dan igual.

El aj volvió a mirarnos como si nos invitara a terminar.

—Entonces ¿qué piensas hacer? —insistió Alcatraz—. ¿Quedarte ahí y dejar que nos devore?

—Ganas me dan de dejar que te devore a ti. Para lo que sirves…

—Eh, gracias a mí salimos de las Tierras Silenciadas —dijo—. Menos da una piedra.

Eso era verdad. Y me empezaba a responder cuando lo picaba. Era una buena señal y me habría animado mucho más si no tuviera delante a un aj que ya había declarado su intención de comerme.

—Una pajita —dije por la comisura de la boca—. Necesitamos una pajita.

—No hay ni una en toda la isla —dijo el aj—. No pensarías que no lo comprobé antes de instalarme.

Seguro que era verdad.

—¿Y una fresa? —preguntó Alcatraz.

—No es lo mismo —dijo el aj.

—¿Por qué? —le pregunté yo—. ¿Llevas fresas encima?

Alcatraz se encogió de hombros.

—No, es por ver si entiendo las reglas.

—Las reglas son que, si toco una brizna de paja, tengo que hacerte el servicio de no comerte. O cualquier otro servicio que quieras, vamos, pero siempre pedís lo mismo.

Me imaginaba por qué.

—¿Seguro que la hierba no es paja? —pregunté.

Alcatraz me lanzó una mirada de satisfacción. Aquello era todavía mejor. Habría estado muy contenta si no supiera que el aj nos iba a devorar.

—Vale, idiota —dije—. A ver qué se te ocurre a ti.

Alcatraz se puso a pensar. Luego, esperanzado, miró al aj.

—No nos comas, por favor —dijo—. Sería muy apajatoso.

Oh, no.

—Alcatraz, me parece que no…

—Es que parecéis tan apajitosos… —respondió el aj.

—Venga, déjalo. Tenemos que trapajar. Sería pajnífico que no nos devoraras.

Los dos me miraron, expectantes.

—Conmigo no contéis —dije—. Prefiero que me devore a hacer un chiste de ese nivel.

Hay que poner límites si se quiere conservar un poco de autoestima.

—Tu habilidad para esto es incompajarable —dijo el aj.

—Y tú eres un adversario espajacular —respondió Alcatraz.

Cristales rayados. Vale. Lo reconozco. Me rendí.

—Esto es la paja de agua que colma el vaso —dije.

Alcatraz asintió, sombrío.

—Tuviste suerte al dar conmigo. Era como encontrar una aguja en un pajar.

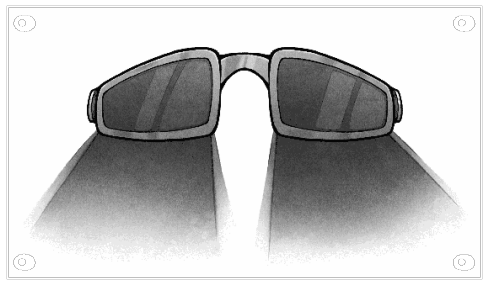
El aj hizo un sonido gutural y fui a coger la espada.

Y entonces me di cuenta de que el aj se estaba riendo.

—Vale —dijo cuando terminó—, habéis sido tan entretenidos que os dejo elegir a cuál me como primero.

De inmediato, Alcatraz se ofreció voluntario.

Capítulo 10



En este punto he de mencionar que si me pasé el capítulo ocho intentando que Alcatraz hiciera algo no fue por tonterías tipo «oh, es el Elegido». Esas bobadas solo salen en las novelas de fantasía, y no en un relato que cuenta hechos verídicos como este.

Tenía fe en Alcatraz porque me había demostrado que se lo merecía. Sí, vale, en ese momento era un idiota babeante, pero lo de ser un idiota nunca había sido inconveniente en el pasado. Lo de babear era de propina, como descubrir que la espada que has comprado viene con vainas adicionales para combinar con ropa diferente. Por ejemplo, Alcatraz habría servido para regar las macetas.

El caso es que yo confiaba en él. Era el que se había enterado de los planes del Escriba, el que había leído las notas de Attica…, aunque fuera por encima. Si alguien podía sacarnos de aquel embrollo, era él. Y a esa conclusión llegué yo solita.

Eso de «el Elegido» no existe. Solo existen personas que hacen lo que tienen que hacer en situaciones complicadas.

Miré a Alcatraz. No voy a decir que estuviera sorprendida, y no voy a decir que estuviera furiosa. No porque no lo estuviera, sino porque estoy furiosa tan a menudo que me he quedado sin palabras

para describir mi estado de furia. Un momento, que tengo aquí el diccionario de sinónimos.

Estaba colérica. ¡Tacháááán!

—Idiota —dije—. Eso no sirve de nada.

—Lo siento, Bastille —dijo Alcatraz—. Es mi oportunidad de redimirme por…

—¡Que te devoren a ti primero no es ninguna redención! —le grité —. ¡Es una estopidez!

—Y muy cobarde, ya que estamos —dijo el aj—. Porque al segundo le toca mirarlo todo.

Alcatraz puso cara de susto, como si de verdad creyera que, si no quería ser un fracaso total en la vida, tenía que ofrecerse voluntario para ver cómo el aj me devoraba.

¡Cristales rayados! No había tiempo para aquello.

—Venga —dije—. Que lo disfrutes. Espero que esté delicioso.

Me di la vuelta y recogí la espada y el maletín de las lentes, y eché a andar por la playa. Oí el susurro de la hierba cuando el aj avanzó hacia Alcatraz.

—Gana tiempo —siseé.

Este aj en concreto parecía muy aficionado a jugar con sus presas antes de hacerles eso que mi editor dice que es demasiado macabro para un libro como este. Pero, para proporcionar una información completa, tengo que deciros que los ajs tienen la costumbre de Hala, ya lo sabéis.

Por lo menos, Alcatraz había entendido lo de ganar tiempo.

—¿Nunca te han dicho que tienes mucho desparpajo? —le dijo al aj—. No es que me pajarezca mal, pero tendríamos que discutir esto, no vaya a ser una metida de paja.

Me dirigí hacia el *Dragonauta* a zancadas y lo revisé por si se nos había quedado allí alguna pajita de beber, por ejemplo. O un sombrero de paja. Australia había ido a bordo, y tenía un gusto muy raro en cuestión de ropa.

Pero, si en algún momento hubo algo por el estilo, el aj lo había quitado de en medio.

—Si nos devoras es el fin del mundo —dijo Alcatraz—. ¿No te lo habíamos mencionado?

El susurro en la hierba se detuvo. Di una patada a un colmillo de cristal que había sido parte de la proa de la nave y me di la vuelta.

El aj estaba a tres metros de Alcatraz, que se había puesto de pie y había retrocedido hasta meter los pies en el agua. El aj se había alzado como una cobra y lo miró, a punto de atacar.

—¿De verdad? —preguntó. No parecía muy convencido.

—De verdad —dije yo—. Biblioden, el jefe de los Bibliotecarios malvados, se dirige en este momento hacia la Aguja del Mundo y va a utilizar el poder de los incarna para matar a todo el mundo.

El aj dejó escapar un bufido de duda, pero se dio la vuelta y miró hacia la Aguja del Mundo.

Hice un ademán a Alcatraz para que se acercara más a mí, hacia el barco de cristal. Me pareció que estaba a punto de saltar al océano para escapar, pero yo sabía que no daría resultado. Los ajs nadan muy bien. ¿Cómo, si no, había llegado aquel a la isla?

Alcatraz se acercó a mí por la playa.

—¿Es ese?

Una especie de globo aerostático de cristal había aparecido en el cielo, cerca de la Aguja del Mundo. Tenía pinta de artefacto bibliotecario. A cualquier otro se le habría ocurrido un diseño más imaginativo en los Reinos Libres.

—Sí —dije—. Seguro que sí.

Alcatraz bajó la cabeza.

—Entonces se acabó —dijo—. Es demasiado tarde.

Ya os habréis dado cuenta de que no era verdad, porque ni él ni yo éramos vapor todavía. Y, al menos, Alcatraz había tenido el sentido común de acercarse a mí, y así yo tendría una mínima posibilidad de mantenerlo con vida cuando acabara la distracción.

El aj se volvió hacia Alcatraz y frunció el ceño al ver que nos habíamos alejado. Solo estábamos a un metro del casco del *Dragonauta*, pero no es que pudiéramos escondernos detrás a ver si el aj se marchaba.

—¿Por qué Biblioden el Escriba quiere destruir el mundo? —preguntó el aj.

—En realidad, solo morirán los habitantes de los Reinos Libres —dijo Alcatraz—. Pero son tu fuente de alimentación, ¿no? No te quedará nada para comer.

El aj se encogió de hombros.

—Los de las Tierras Silenciadas también están buenos —dijo—. Tengo una prima que vive en un lago de Escocia y le va muy bien.

Tres cosas sucedieron a la vez. Primero, el aj volvió a levantarse para atacar con los segmentos del cuerpo palpitando en un movimiento ominoso. Segundo, puse la espada ante mi cuerpo para adoptar una posición defensiva. Tercero, Alcatraz dio un paso atrás, tropezó con un trozo de cristal grande y se hizo un desgarrón en los pantalones empapados del esmoquin. Extendió un brazo para recuperar el equilibrio y se agarró a la base de la cola del *Dragonauta*.

Y, cuando lo tocó, el cristal empezó a brillar.

Me interpuse entre Alcatraz y el aj. No me creía capaz de derrotarlo, pero si tenía que elegir entre luchar y dejar que matara a Alcatraz, el último superviviente del linaje de los Smedry y de paso mi amigo, al menos se lo iba a poner difícil.

—¿Qué haces, Alcatraz? —le pregunté.

—Se me ha ocurrido una idea.

Aquello tendría que haberme alarmado, considerando cuál había sido su idea anterior, pero hasta a mí me pareció que recorrer el mundo volando a saltos era mejor que ser devorados por un aj.

El aj se había alzado en toda su estatura y yo preparé la espada. Y di un salto cuando, bajo mis pies, los trozos de dragón de cristal empezaron a moverse y a salir de la arena.

—¡Aj! —grité cuando salió un trozo de la barriga del *Dragonauta*.

El aj se lanzó contra Alcatraz, pero él se agachó detrás del dragón de cristal (estrategia que yo había subestimado, obviamente).

—¡Métete dentro! —me gritó.

—¿Qué? —grité yo.

No respondió, pero vi a través del casco de cristal que había entrado en el *Dragonauta* e iba hacia la sala de máquinas.

El aj volvió a levantarse y me colé por un agujero dentro del *Dragonauta* justo cuando una ola de energía zumbaba en torno a mí y hacía vibrar el cristal. Habría dado cualquier cosa por tener unas botas de cristal de amarrador, porque tenía la sensación de que Alcatraz iba a hacer una locura.

Otra.

El aj se acercó al casco para enroscarse en torno al *Dragonauta* y hacerlo pedazos.

—¡Alcatraz! —grité—. Las alas están destruidas. Ni siquiera hay motor. Lo perdimos en el choque.

No importaba. La vibración recorrió los muñones de las alas del *Dragonauta* para reconstruirlas con energía pura. El aj soltó un grito cuando la nave se elevó, y me alejé a toda prisa del agujero del casco. No tenía nada claro que la energía me fuera a sostener si la tocaba.

Mientras ascendíamos, vi el vientre expuesto del aj por el agujero.

Lancé una estocada y lo rajé de parte a parte.

No fue un tajo tan profundo como para matarlo, pero ¡cristales rayados!, cómo lo disfruté. Y qué bien me sonó el grito agudo del aj cuando retrocedió y se soltó del *Dragonauta* para caer al agua, mucho más abajo.

Tuve que parpadear. Nos encontrábamos de nuevo sobre el agua.

Otra vez me veía volando en una nave inestable, aunque también era cierto que aquello era mejor que ir agarrada a la espalda de Alcatraz y en caída libre. Subí hasta la sala de máquinas, donde Alcatraz estaba arrodillado, en el lugar donde había estado el motor,

con las palmas de las manos apoyadas en el suelo. De él brotaba un torrente de energía que entraba en el cristal. La nave se sacudía mientras las alas nos elevaban cada vez más.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté—. Si ya no hay motor silimático.

Alcatraz hizo lo más parecido a sonreír que le había visto desde que desperté en la Sumoteca.

—Me parece que el motor silimático soy yo.

Sonaba imposible, pero desde que lo conocía había estado haciendo cosas imposibles con el cristal. Me había dicho que la tecnología silimática funcionaba más o menos como la magia oculantista.

A mí me parecía una tontería, pero si eso servía para llevarnos a la Aguja del Mundo (y para huir del aj homicida), yo, encantada.

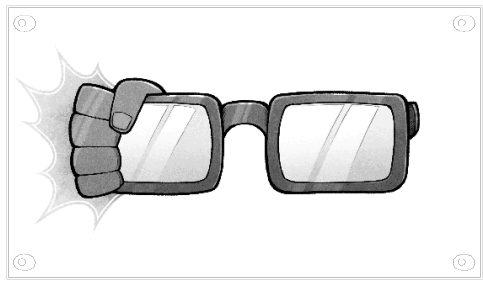
Me acerqué al cristal sólido del casco para mirar en dirección a la Aguja del Mundo, que cada vez se veía más grande en el horizonte.

—Biblioden ha llegado antes que nosotros —dije—. No sabemos qué nos aguarda.

—Ya —dijo Alcatraz—. Pero enseguida lo vamos a averiguar.

Capítulo

11



Alcatraz me ha dicho que no me van a dar dinero por las palabras valiosas. Que es una manera de hablar, y que deje de utilizar palabras innecesariamente largas y complicadas. Que los autores cobran a veces por palabra y, por tanto, cuanto más cortas, más lucrativas, porque puedes escribir más en menos tiempo. Típico truco de Bibliotecario.

Así que ahí van un montón de palabras cortas. Muy muy cortas. ¿OK?

Así que volamos. La Aguja fue a más. La nave brilló. ¿Nos han visto?

Sí. Nos han visto.

Qué mal. Tiros. Nave rota. Pum. Ay.

(Ahora me dice Alcatraz que a mí no me pagan por palabra, sino por ejemplar, así que os voy a pedir un favor: comeos el libro y comprad otro. Gracias por anticipado).

Y ahí estamos, entre los restos del *Dragonauta*, otra vez hecho pedazos tras chocar con la Aguja del Mundo. Salí de entre los restos de cristal, arrastrando a Alcatraz por la andrajosa chaqueta del esmoquin.

Habíamos caído en la plataforma de la cima de la torre, y la parte

superior de la Aguja del Mundo sobresalía por el centro. Sobre nosotros, en la cúspide de la Aguja, había un puesto de vigía al que se llegaba por una escalera de caracol.

En torno a la Aguja, la plataforma se extendía diez metros en todas las direcciones, suficiente para que nuestra nave se estrellara sin caerse por un lado al océano, kilómetros más abajo.

Y suficiente para que el globo bibliotecario se posara de manera mucho menos dramática. Nos estaban esperando media docena de Bibliotecarios, muchos con lentes de guerrero. Al frente iba una Bibliotecaria con unas lentes de un desagradable color verdoso.

Ni rastro de Biblioden, pero tenía una oculantista.

—¿Qué hacemos, Etna? —preguntó un Bibliotecario.

—Coged a la crístina —dijo la oculantista. Luego sonrió—. Yo me encargo del Smedry.

«Eso ya lo veremos». Le tiré a Alcatraz el maletín de las lentes y me interpuse entre los Bibliotecarios y él, con la espada agarrada con ambas manos. No es que hiciera falta, porque tenía la fuerza de toda la orden crístina conmigo, así que no necesitaba usar las dos manos. Pero así la pose queda más amenazadora, y siempre conviene parecer amenazadora.

Alcatraz hurgó en el maletín y lo vi sacar las lentes de reojero, las de rastreador y, sobre todo, las de oculantista, muy útiles para percibir las auras de los oculantistas y como defensa en general.

Se puso las de oculantista. Y sonreí.

Alcatraz había vuelto. Se volvió hacia la oculantista.

El resto de los Bibliotecarios me atacaron y esperé hasta que estuvieron muy cerca antes de trazar un arco con la espada y dar un paso a un lado. Le di de plano a una Bibliotecaria, lo justo para desviarla, y a otro le quité de la cara las lentes de guerrero. Sonreí y me las puse. No había llevado unas lentes de guerrero desde que despertara en la Sumoteca. Son de las pocas lentes que podemos usar los que no somos oculantistas. Y sí, la parte crístina me da más poderes defensivos, pero no le hago ascos a un extra.

Los Bibliotecarios se recuperaron enseguida, pero los despaché sin mucho esfuerzo. Los otros cuatro retrocedieron hacia el centro de la Aguja. Supongo que se dieron cuenta de que unas lentes de guerrero no eran competencia para una crístina cien por cien.

El aire vibró en torno a mí y alcé la vista hacia el puesto de vigía, en la punta de la Aguja, por si Biblioden estaba allí, pero no se veía a nadie.

—Siempre he deseado batirme en duelo con un Smedry —dijo la Bibliotecaria oculantista.

Oh, no. En aquel instante, con sus poderes al máximo, Alcatraz podía enfrentarse a un oculantista oscuro, y luego estaba el tema de su Talento, que por el momento nos estaba dando esquinazo, pero había acudido en su ayuda cuando lo necesitó.

Pero… ¿un duelo oculantista? Eso era una pelea formal en la que dos oculantistas se enfrentaban por turnos, poniéndose unas lentes tras otras y canalizando poder a través de ellas hasta que uno ya no podía más y tenía que rendirse. Alcatraz solo disponía de tres lentes, ninguna de capacidad ofensiva importante…, aunque, como siempre decía Leavenworth, las lentes prácticas eran mejores que las ofensivas en un duelo, si se sabía cómo utilizarlas.

Alcatraz no sabía. Jamás había tomado parte en un duelo oculantista, y solo había presenciado uno, entre Leavenworth y Blackburn, durante nuestra primera infiltración en una biblioteca, allá por el primer libro de la serie.

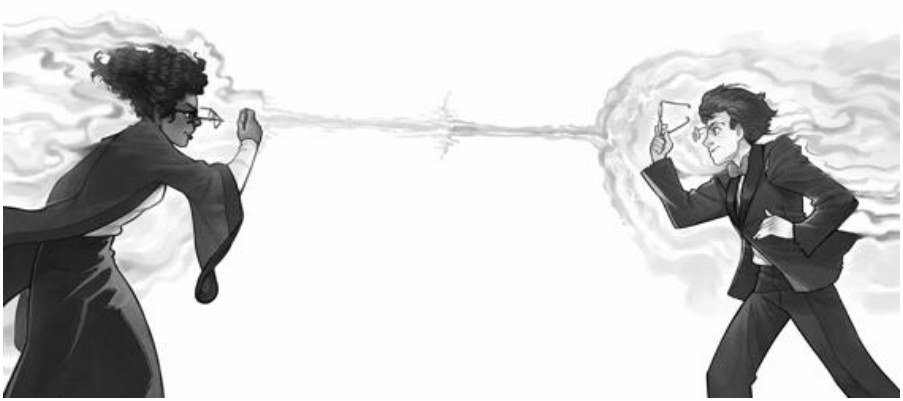
Me di media vuelta. Alcatraz estaba con los pies bien firmes en el suelo, mirando a la oculantista oscura a través de las lentes de oculantista.

—Alcatraz, no…

Cristales rayados. No podía decir en voz alta que era la primera vez que hacía aquello, aunque no tardaría en resultar evidente. Seguía sin ver a Biblioden, y empezaba a pensar que no estaba en la Aguja, que nos habíamos dado de bruces con la avanzadilla, los que tenían que prepararle el camino.

De modo que teníamos que encargarnos de la oculantista, la tal Etna, y cuanto antes.

Los cuatro Bibliotecarios que quedaban en pie se aprovecharon de la distracción y me atacaron a la vez. Giré y los repelí con un mandoble hacia abajo antes de avanzar para apartar a dos, y luego avancé para obligarlos a retroceder hacia el borde de la torre y los derribé antes de volverme y enfrentarme a los dos restantes.



Etna irradiaba un aura de energía que subía de un par de lentes grises (creo que eran lentes de conmocionador) que se había puesto sobre las primeras, las verdosas.

Alcatraz se quedó inmóvil mientras el rayo de energía supercaliente surgía de Etna y le acertaba de pleno. La oculantista bajó la mano, y el segundo par de lentes flotó en el aire, ante ella, sostenido por el poder concentrado que se palpaba entre ellos.

Yo no podía interferir. Si lo hacía, el exceso de energía que estaban bloqueando las lentes de oculantista de Alcatraz podía vaporizarme.

Esta historia podía acabar de muchas maneras, y un número abrumador de ellas incluían mi vaporización. Esto debería empezar a alarmaros.

Alcatraz llevaba las lentes de reojero colgadas del cuello de la camisa y fue a llevarse las de rastreador a los ojos.

—¡Esas no! —grité.

Eran unas de las lentes más fáciles de utilizar y, por tanto, unas de las menos poderosas en el sentido tradicional. En un duelo no le iban a servir de nada.

Mantuve la espada entre los Bibliotecarios que quedaban y yo, y retrocedí hasta estar tan cerca de Alcatraz que el rayo de energía oculantista que se reflejaba en sus lentes me hizo traquetear los huesos.

Técnicamente, le tocaba a él ponerse otras lentes, pero cuando no se puso las de rastreador, Etna tuvo la ocasión de usar las terceras. Sonrió y sacó unas lentes de color azul hielo, las creaescarcha. Un rayo helado de luz atravesó los tres pares y quedó suspendido ante su rostro. Alcatraz dio un paso atrás, pero resistió.

Ningún oculantista normal podría resistir el impacto de tantas lentes ofensivas y tan poderosas, pero Alcatraz no era un oculantista normal. Si alguna vez lo había sido, luego había hecho tantas cosas imposibles que ya no lo era. Podía hacer más con unas solas lentes que la oculantista oscura con una docena.

Una gota de sudor le corrió por el puente de la nariz. Etna dio un paso adelante y Alcatraz dio otro paso atrás. Las gafas empezaban a brillarle, y no por el aura defensiva. Se estaban sobrecalentando como las lentes de soplatormentas antes de que tuviera que quitárselas.

A Alcatraz no le quedaba mucho tiempo. Aquellas lentes se le iban a fundir en la cara, lo iban a quemar o quedarían inutilizadas. No podía quitárselas sin que una ráfaga terrible de energía lo acertara de pleno. Y, aunque siguiera con ellas puestas, la oculantista oscura parecía decidida a empujarlo por el borde de la Aguja del Mundo, a una caída de kilómetros hasta el océano.

Ya les había fallado a demasiados Smedry, y no iba a permitir que le pasara nada a Alcatraz. Aunque me fuera la vida en ello.

—Alcatraz —dije—, mira a ver si puedes redirigir parte de la energía sobrante. Si la canalizas a través de las lentes, te servirá para bloquear el ataque y podrás utilizar la que se acumule.

Alcatraz frunció el ceño tras las lentes y casi bizqueó de tanto concentrarse. El sudor le cayó por la frente, pero el rayo helado retrocedió un poco.

—¡Tu turno, Smedry! —gritó Etna—. ¡A menos que quieras rendirte!

Cristales rayados. ¿Cuántas lentes ofensivas tenía?

Y a Alcatraz solo le quedaba un par. Las lentes de reojero.

Ah.

—Presta atención —dije a Alcatraz—. Vas a ganar.

La expresión de Alcatraz cambió un instante, como si no me creyera. Pero siguió canalizando el poder a través de las lentes contra Etna, y por el momento eso era lo único que hacía falta.

—Ponte las lentes de reojero —dije en voz baja.

Estaba segura de que Etna no las conocía, de modo que no se esperaría lo que Alcatraz podía hacer con ellas.

Él asintió y se puso las lentes delante de las de oculantista antes de soltarlas inseguro, como si temiera que se le fueran a caer. Las lentes, atrapadas en el rayo de energía, quedaron suspendidas ante su cara. Alcatraz gruñó y enfocó más poder, y la oculantista oscura retrocedió.

—Lo vas a conseguir —dije.

El poder de Etna se acercó un poco. Si lo que había hecho Alcatraz la había desconcertado, no se le notaba nada. Se metió la mano en el bolsillo y sacó unas lentes color naranja otoñal.

—Un momento —dijo Alcatraz—. No…

—No, no, déjala —dije.

Las lentes de reojero transferían la mirada de la persona marcada como objetivo y te la daban a ti. En ese momento, la mirada de Etna estaba cargada de poder oculantista. Alcatraz solo necesitaba controlarlo y, cuanto más poder lanzara la oculantista contra él, más tendría él para devolverle.

—Márcala como objetivo —dije.

Asintió de manera casi imperceptible y se llevó la mano a las lentes de reojero.

—Vale —continué—. Tienes que mirarte a ti mismo para marcarte. Cuando apartes la vista, te llegará el poder de la oculantista, así que date prisa.

Alcatraz respiró hondo y Etna soltó las lentes nuevas, y un

chisporroteo recorrió el haz de energía que palpitaba entre ellos. A él le corría el sudor por la cara. Enfocó toda su energía en ella.

Bajó la vista de golpe, se miró los pies un brevísimo instante y volvió a mirar a Etna.

Pasaron varias cosas a la vez. Alcatraz gritó de dolor cuando el poder de la oculantista atravesó su foco. Etna gritó de dolor cuando las lentes de reojero permitieron a Alcatraz devolverle su propia mirada…, con todo el poder oculantista que ella le estaba lanzando en ese momento. La oleada de energía fue increíble.

La energía chisporroteó a mi alrededor hasta el punto de que sentí que se me encogía la piel, y retrocedí con cuidado de no acercarme al borde de la plataforma. Los demás Bibliotecarios se habían batido en retirada y no se los veía por ninguna parte, supongo que para no verse vaporizados si algo fallaba en el duelo.

La energía que había entre Alcatraz y Etna empezó a brillar cada vez más, canalizada a través de las lentes de reojero. Él gritó. Ella gritó.

Y, entonces, los rayos de energía estallaron. Hubo un segundo aterrador en el que no vi nada, no oí nada, solo noté la sensación ya conocida de caer desde una altura alarmante cuando la onda expansiva me hizo salir despedida de la Aguja.

Al recuperar la visión, vi cuatro cosas. Una, el costado de la Aguja del Mundo, brillante, cristalino, muy liso. Dos, a Alcatraz cayendo, no lejos de mí. Tres, el vasto océano que se alzaba para recibirnos, demasiado deprisa y demasiado despacio a la vez.

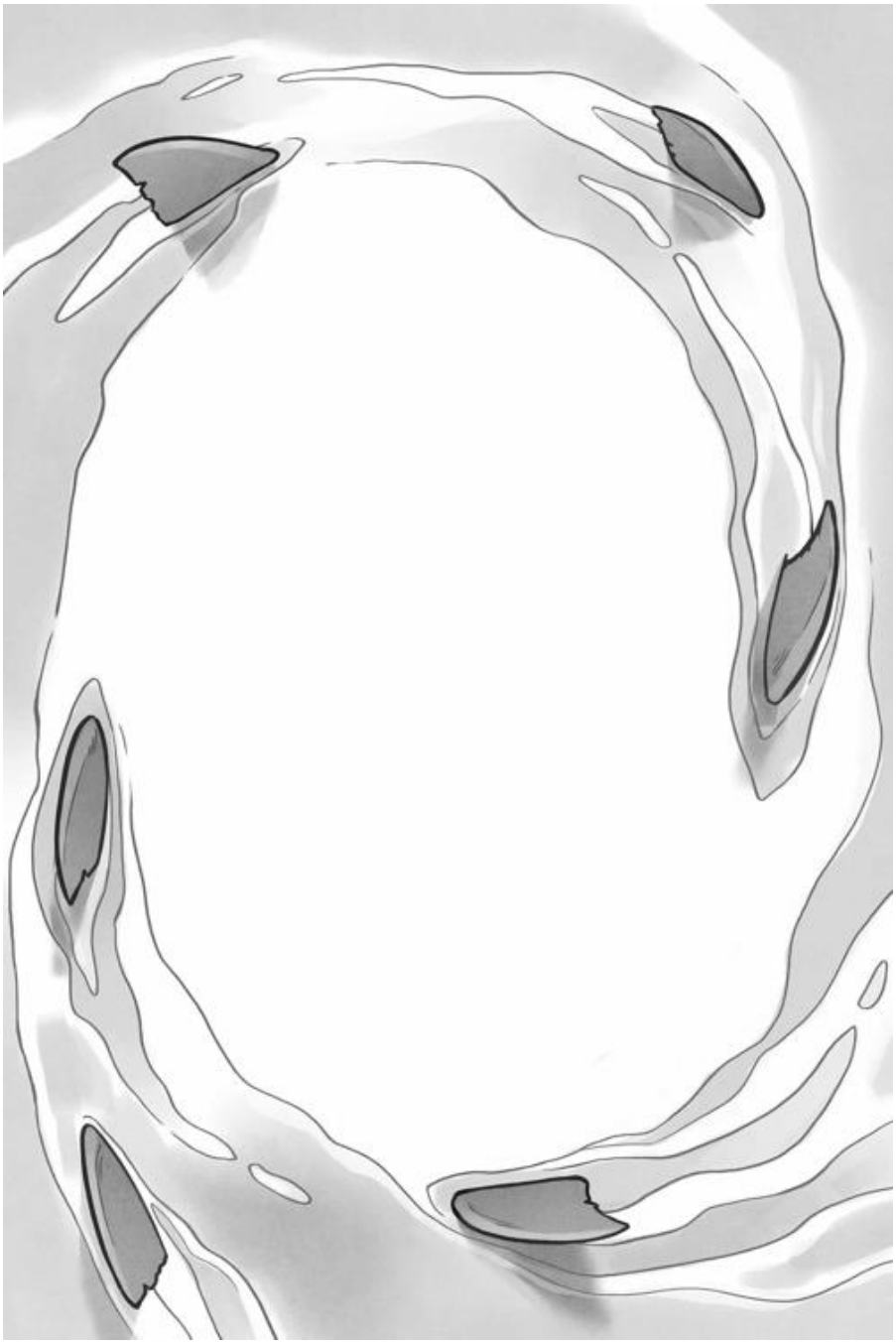
Y, por último, sobre las blancas crestas de las olas, media docena de aletas que nadaban en círculo.

Tiburones.

—¡Tenían que ser tiburones! —gritó Alcatraz.

—¡Haz algo, idiota! —le grité yo.

Alcatraz estiró un brazo, me agarró por el pelo plateado y me atrajo hacia él de un tirón.



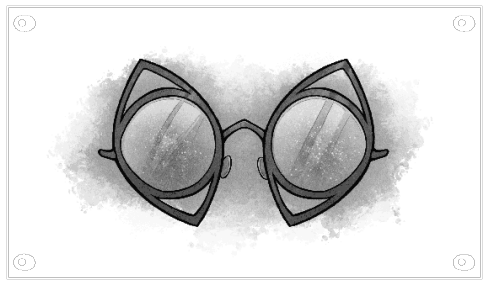
—¡Ay! —grité—. ¡Algo que no sea eso!

Me agarró por el brazo y estiró la otra mano en la que aún llevaba las lentes de reojero, aunque no había ni rastro de las otras. Se retorció en el aire y rodó hacia la torre hasta que chocó con ella.

Y de pronto, tan bruscamente como había comenzado, la caída se

interrumpió.

Capítulo 12



Vamos a hablar de la suerte. Cuando ves que alguien tiene algo que tú quieres, como una espada o una jaula para meter a todos los Smedry, puede ser que pienses que tiene suerte. A veces es cierto, porque esa persona ha conseguido eso sin tener que hacer un esfuerzo. Pero otras veces, tú, desde fuera, solo estás viendo una instantánea de su vida personal. No ves el esfuerzo que le costó saber manejar esa espada. No sabes nada de los años de poner trampas y hacer planes para meter a todos los Smedry en una jaula a la vez.

En resumen, cuando crees que alguien tiene suerte, puede que no te des cuenta del esfuerzo que le ha costado conseguir lo que tiene o llegar a donde está.

Por tanto, la suerte es cuestión de perspectiva.

Como recordaréis, en el primer libro yo quería ser Alcatraz. (Y más vale que lo recordéis, que lo he explicado en este libro, gente). Me parecía que tenía una suerte enorme por ser un oculantista, un Smedry, con todos los privilegios y poderes que a mí me habría gustado tener. Y, en cierto modo, era verdad: Alcatraz no había hecho nada para conseguir esas cosas. Había nacido con ellas.

Pero él hubiera preferido ser un caballero y saber manejar la

espada.

En ese sentido, la perspectiva es complicada.

Así que, aunque desde mi punto de vista lo que hizo Alcatraz al tocar la Aguja del Mundo pareció suerte, esa suerte fue una ilusión causada por el hecho de no saber lo que estaba pensando él.

Seguiré con el tema en el próximo capítulo.

Alcatraz y yo dejamos de caer. Seguimos bajando, pero a una velocidad mucho más lenta, como frenados por el aire. Las crestas de las olas se despegaron y flotaron por el aire como salpicones amorfos.

—Me parece… que he roto la gravedad.

Miré hacia arriba y vi a dos Bibliotecarios flotando por encima de nosotros, mientras otros volaban en ángulo para alejarse de la torre. También flotaban en todas direcciones los fragmentos del dragón de cristal, ya sin caer.

Miré la Aguja del Mundo. Miré el océano, con los salpicones flotando como confeti brillante hasta donde abarcaba la vista, que a la altura que me encontraba era mucho mucho trecho.

—¿En todas partes? —pregunté—. ¿Has roto la gravedad en todas partes?

Alcatraz me miró, avergonzado.

Seguro que los de las Tierras Silenciadas dudáis de lo que os digo. Muchos tenéis edad para recordar el día en que el Talento de Alcatraz rompió la gravedad en el mundo entero, y el hecho de que no lo recordéis parece demostrar que no sucedió.

Os recuerdo que los Bibliotecarios os han estado mintiendo y cambiando vuestros recuerdos toda la vida. ¿Sabéis esa sensación cuando te das cuenta de que estás en clase y llevas un buen rato mirando al vacío, has perdido la noción del tiempo y no tienes ni idea de lo que ha pasado a tu alrededor?

¿Por qué creéis que hay Bibliotecarios en las escuelas?

Me agarré bien al brazo de Alcatraz y me retorcí para tratar de desviarnos hacia la Aguja. Si nos conseguíamos agarrar a algo, por lo menos no caeríamos entre los tiburones.

—Eh… Bastille… —dijo Alcatraz.

Apuntó las lentes de reojero a lo lejos.

Vi una bandada de pájaros que se agitaban, se retorcían y graznaban. Más allá, en la lejanía, algo giraba incontrolable por el aire.

El aj. Tal vez había estado nadando hacia nosotros o en la isla y había saltado en muy mal momento, pero en aquel instante iba describiendo círculos perezosos por el aire y se agitaba en busca de algo a lo que agarrarse, rodeado de salpicaduras de océano.

Eso habría bastado para causarme una gran alarma.

Pero no era ni la mitad de alarmante que lo que se nos acercaba procedente del agua. Un tiburón había salido del mar y subía hacia nosotros más o menos a la misma velocidad a la que nosotros bajábamos hacia él.

Los de las Tierras Silenciadas ya sabéis lo que decía Newton: que un objeto en movimiento quiere seguir en movimiento, y un objeto en reposo quiere seguir en reposo. No es verdad. Los objetos no tienen conciencia y carecen de la capacidad de querer cosas. La única excepción son las rocas parlantes.

Pero aquel tiburón era muy consciente y me miraba con muchas ganas.

—¡Por las primeras arenas! —exclamé.

Miré a mi alrededor en busca de algo, cualquier cosa, que no fuera un tiburón, un Bibliotecario o una salpicadura de agua salada. Un objeto brillante caía en paralelo a nosotros, a pocos metros de mi mano derecha.

Mi espada.

—¡Alcatraz! —grité—. ¡Tengo que coger la espada!

—Tendrías que verte ahora mismo —respondió.

Lo miré. Sabía a qué se refería: la melena me flotaba alborotada, como una nube de plata. (Él siempre tiene el pelo alborotado, con o sin gravedad).

Le di un empujón con todas mis fuerzas para alejarlo de mí. Alcatraz trató de cogerme, pero era demasiado tarde: ya me alejaba de él, volando en dirección contraria.

Directamente hacia la espada. Sonreí, extendí el brazo y la agarré.

Y seguí volando. Me debatí en el aire, di una voltereta, luego otra, pero sin nada contra lo que darme impulso, seguí alejándome sobre el océano, cada vez a más distancia de la Aguja del Mundo, de Alcatraz, del tiburón que iba a pasar entre nosotros sin problema.

Hasta que Alcatraz botó contra la Aguja del Mundo para situarse directamente en la trayectoria del tiburón, que subió hacia él como un torpedo, con las fauces abiertas.

No tenía intención de lanzar la espada, pero pasé junto a un glóbulo grande de agua en el que había un banco de pececillos que nadaban frenéticos. Agarré uno con la mano libre y lo lancé en dirección contraria a la Aguja, lo que me frenó un poco. Unos cuantos lanzamientos de pez más me proporcionaron impulso para ir en dirección a otro glóbulo de agua, más grande.

Este venía con tiburón incorporado.

—¡Aj! —grité, y rodeé al tiburón con los brazos para evitar que se retorciera en el aire.

El tiburón se agitó y lanzó dentelladas, y me empapó el pelo de agua, cosa que tuvo su lado bueno, porque así dejó de flotarme en torno a la cabeza y me quedó más aplastado.

—¿Qué, Alcatraz? ¿Contento? —grité.

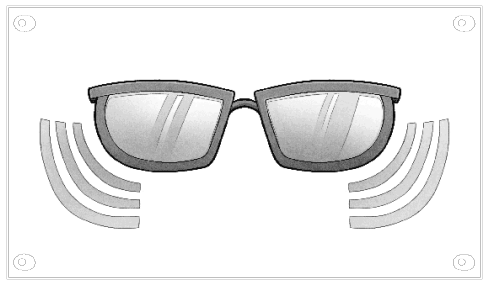
Me situé en el lado correcto del tiburón y me di impulso con la fuerza de muchos caballeros crístinos.

Salí propulsada hacia Alcatraz, que se iba a dar de bruces, literalmente, contra el tiburón de la boca abierta. Me retorcí en el aire y apunté con la espada hacia abajo.

Y entonces llegó la colisión entre Alcatraz, el tiburón de las fauces abiertas y yo.

Capítulo

13



Volvamos al tema de la perspectiva. Quiero recordaros que yo no sabía lo que estaba pensando Alcatraz. En aquel momento, no sabía que se había peleado con su Talento en el último libro, ni que lo había abandonado porque siempre le echaba la culpa de todo lo que iba mal en el mundo cuando el Talento solo intentaba ayudar.

Esto es lo que se llama «punto de vista», eso que me salté en el capítulo ocho para deciros lo que estaba pensando Alcatraz. Ahora diréis que he violado vuestra confianza al no deciros lo que Alcatraz estaba pensando cuando rompió la gravedad y nos salvó de caer al océano.

Y a eso os respondo: tengo licencia literaria. A ver quién es el guapo que me la quita.

Cuando chocamos contra el tiburón, le metí la espada por la boca abierta y se la saqué por la parte de arriba de la cabeza. El tiburón, ensartado, se retorció mientras los tres flotábamos junto a la Aguja.

Yo empezaba a estar muy harta. Estábamos mucho más cerca de la superficie del océano que de la cima de la torre y, hasta donde yo alcanzaba a ver, en la cima no quedaban Bibliotecarios a los que enfrentarse. O no de momento.

Lo único que quería era pisar suelo firme. Con cristal de amarrador que me sujetara bien, pero, vamos, que me conformaba con lo que fuera.

Le arranqué la espada al tiburón y lo lancé hacia arriba y hacia un lado para propulsarnos con fuerza equivalente hacia la base de la Aguja. No hubo suerte y fallé, y caímos al agua, produciendo salpicaduras que empezaron a flotar en el aire, pero rebotamos y comenzamos a subir de nuevo.

Esta vez estábamos cerca de la plataforma de la base, así que me pude agarrar a un pilar del borde. Pillé a Alcatraz por el pelo con una mano (la venganza es dulce), me enrosqué al pilar con las piernas y luego bajé lentamente, arrastrándole a él y a mi espada.

—Bueno —dije cuando llegamos a la base—, ¿cómo vamos a arreglar esto?

Alcatraz cerró las piernas en torno a otro pilar y metió el dedo en un glóbulo de agua que pasó flotando junto a él.

—Ni idea —dijo.

—Pero tu Talento ha vuelto a funcionar —dije—. Estábamos cayendo y nos salvó.

Alcatraz asintió.

—Creo que ha tenido algo que ver con la Aguja.

Entorné los ojos.

—¿Cómo supiste qué hacer?

Él se movió, inquieto.

—Vi mi Talento. O algo así, un reflejo. En la superficie de cristal.

Me quedé mirándolo.

—¿Cómo que viste tu Talento? ¿Qué pinta tenía?

—Pinta de enfadado. Creo… creo que está furioso conmigo.

—¿Cómo puede estar furioso tu Talento? No es una persona. No es ni una cosa.

Alcatraz se quitó las lentes de reojero y las dejó suspendidas en el aire, junto a él. Las agarré antes de que se alejaran flotando. Nada más tocarlas, sentí un zumbido.

Y las lentes empezaron a brillar. Muy poquito, pero brillaron.

—Bastille, ¿qué has…? —empezó a decir Alcatraz.

—Nada —lo interrumpí bruscamente, y le devolví las lentes—. No soy una oculantista.

Toda la vida había querido ser una oculantista, pero eso es lo que tiene la suerte: Alcatraz jamás podría ser un caballero de Cristalia por mucho que se entrenara y por muy duro que trabajara, y yo nunca podría ser una oculantista, aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Hay cosas que se consiguen con esfuerzo y otras que dependen solo de la suerte. No había motivos para pensar que eso había cambiado.

—Además, estamos hablando de ti y de los sentimientos de tu Talento. ¿Por qué está enfadado contigo?

—El poder de los incarna se está acumulando ahora que los Talentos ya no liberan la presión poco a poco —dijo Alcatraz—. Y ha provocado cambios raros en mis poderes oculantistas, así que igual tú…

—No —lo interrumpí.

Me tendió las lentes.

—Quítate las lentes de guerrero y ponte estas.

—Cállate o las tiro al agua.

—Bastille…

Quiero dejar bien claro que sabía que Alcatraz me iba a decir que estaba siendo una idiota, que yo misma había visto cosas increíbles después de despertar en la Sumoteca, que no podía descartar la posibilidad de ser una oculantista.

Pero, en lugar de decirme todo eso, se interrumpió a media frase y

la cara le cambió. Entornó los ojos y me miró directamente.

—Otra vez tú. Todo esto es culpa tuya.

Me sentí como si me hubiera traspasado con mi propia espada.

—¿Qué? Yo no soy la que…

—No te lo digo a ti —replicó, y me quitó las lentes de guerrero.

Las sostuvo delante de él para mirar su reflejo.

Cristales rayados, no íbamos a empezar otra vez…

—Mira —dije—, no importa de quién sea la culpa. No hay que…

—¿Qué? —gritó él, y soltó las lentes de reojero—. ¿Te parece que puedes abandonarme, luego volver cuando te da la gana y destruir la gravedad? ¿Dónde te habías metido?

Miré a Alcatraz. Alcatraz miró su reflejo. Las lentes de reojero flotaron en el aire, entre nosotros. Las cogí para que no se alejaran e inmediatamente volvieron a zumbar.

—Alcatraz —dije.

Pero estaba demasiado ocupado mirando su reflejo en las lentes de guerrero.

Llegados a este punto, tenía dos opciones: convencerme a mí misma de que los dos nos habíamos vuelto locos, de que tal vez nos estábamos ahogando en el océano en lugar de estar agarrados a la base de la Aguja del Mundo, o admitir que allí pasaba algo muy raro con Alcatraz y su Talento, y conmigo y las lentes.

Lo de la locura no me apetecía nada. Me gusta mi cerebro. Así que respiré hondo, me puse las lentes de reojero, miré a Alcatraz y les di un toquecito.

Sentí el poder antes incluso de mirar las lentes de guerrero y dar otro golpecito.

La visión me cambió tan de repente que me agarré a la columna para no tambalearme. Vi las lentes de guerrero como si las tuviera en las manos, igual que las veía Alcatraz. Pero el reflejo ya no era el suyo. Se parecía a él, desde luego, pero tenía los ojos más oscuros, llenos de maldad, y una expresión hosca, airada. La misma que tenía Alcatraz aquella vez que le saqué fotos vestido con una túnica.

Del susto casi se me olvidó que estaba utilizando unas lentes que solo los oculantistas podían usar.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Mi Talento —dijo Alcatraz—. El que lo ha destruido todo.

—No es verdad —dije—. Dijiste que los Talentos estaban absorbiendo la energía de los incarna. Por eso no ardimos todos, ¿no? El pobre solo quería ayudar.

Alcatraz miró el reflejo, y el reflejo le devolvió la mirada, aún furioso.

—Tenemos que recuperar los Talentos —dije—. Biblioden el Escriba no ha llegado todavía. Con tu Talento, podrás enfrentarte mejor a él. Y si los demás tienen los suyos te ayudarán a…

—Me abandonó —dijo Alcatraz—. Si no me hubiera abandonado, si no hubiera roto los Talentos, mi abuelo habría llegado tarde a la bala. Todavía estaría vivo. Yo habría roto el altar, o el poder que Biblioden utilizó para hacer la lente forjada con sangre con el alma de mi padre. Detesto a mi Talento. Tiene la culpa de todo.

—Eso es una tontería —repliqué—. O bien podría haber salvado a tu abuelo y te abandonó cuando más lo necesitabas o bien es algo horrible que te ha arruinado la vida. Una cosa u otra. Las dos a la vez, no.

(Eso no era verdad, claro. Hay cosas que pueden ser lo que te arruina la vida y lo que más te gusta del mundo a la vez. Por ejemplo, mi relación con Al).

El Talento meneó la cabeza, señaló a Alcatraz y empezó a mover los labios.

«Me detestas», dijo. No oí las palabras, pero las entendí, tal vez porque veía al Talento igual que Alcatraz gracias a las lentes, y él sabía perfectamente lo que estaba diciendo.

—¡No me ayudaste! —gritó Alcatraz—. ¡Mi abuelo murió! ¡Mi padre murió! ¡Y no hiciste nada!

El Talento señaló en dirección al océano.

«Sí, pero no te han devorado los tiburones».

—Es cierto, Alcatraz —dije—. No hemos muerto en la caída y no nos han devorado los tiburones. Hemos llegado a la Aguja del Mundo antes que Biblioden, lo que era imposible. Nos ha salvado. Dos veces.

Y otras muchas veces más antes de que yo cayera en coma.

El Talento asintió e hizo un ademán en plan: «Eso, lo que dice esta».

Alcatraz asintió.

—No sé cómo arreglar la gravedad —dijo—. No sé cómo recuperar los Talentos. Yo no arreglo cosas. Solo las rompo.

Los tres nos miramos durante un momento.

—Igual tendrías que empezar por pedir perdón —dije a Alcatraz.

Él me miró. Lo vi con el rabillo del ojo.

—¿Qué pasa? —insistí—. No te vas a morir si lo haces.

—Sí, claro, lo dice la que siempre está pidiendo perdón —masculló.

—Pido perdón siempre que hace falta —repliqué—. Lo que pasa es que nunca hace falta.

—No pienso pedirle perdón a mi Talento —dijo Alcatraz.

El Talento puso los ojos en blanco, se cruzó de brazos y adoptó una expresión huraña, como la de un vampiro con chispitas.

—Bien —dije—. Pues nada, nos quedaremos aquí hasta que Biblioden descubra cómo pilotar la nave sin gravedad y luego nos enfrentaremos a él solo con mi espada y unas lentes de reojero sin la ayuda del Talento de Romper, el más poderoso que ha conocido el mundo. ¡Qué prometedor! El final de este libro va a ser aún mejor que el del anterior.

Viva la ironía.

Alcatraz bajó la cabeza, igual que su reflejo. Empecé a pensar en dónde ponerme la espada para tener libre la mano de dar puñetazos.

—Lo siento —dijo muy deprisa.

El Talento levantó la cabeza bruscamente.

—Siento haberte echado la culpa —continuó Alcatraz—. Antes tenía la sensación de que la necesidad de romper cosas se me acumulaba por dentro, y si no le daba salida al final iba a romper otras más grandes, más importantes. Cada vez de manera más impresionante y destructiva, y no podría parar. Pero tú hacías aquello para lo que te creó Alcatraz I. Querías descargar la energía para no poner en peligro los Reinos Libres. Con el tiempo, descubrí cómo dirigir esa energía. Aprendí a romper cosas para bien. —Meneó la cabeza—. Sin ti, no soy nada. No pude impedir que Biblioden matara a mi padre. Soy un cobarde y por eso me abandonaste.

—No es verdad —intervine—. Con o sin el Talento, eres un héroe.

—No —replicó él—. Soy un fracasado. Lo siento, Bastille. Siento no haber sabido lo que eran los Talentos, y siento no poder utilizarlos.

Alcatraz cerró los ojos.

Y el Talento sonrió.

—¡Eh, ha dado resultado! —dije.

—¡Ay! —gritó Alcatraz cuando los dos caímos de culo contra los peldaños de madera que había en la base de la Aguja del Mundo.

A nuestro alrededor, las salpicaduras de agua, los peces, las algas y los tiburones volvían a caer al agua, junto con trozos de cristal del *Dragonauta* y restos del globo aerostático. El pilar al que Alcatraz se había agarrado se rompió y casi no me dio tiempo a saltar para apartarme cuando los cascotes empezaron a caer a nuestro alrededor, en torno a nosotros y en el mar, donde poco a poco las olas volvían a ser normales.

—¡Has roto el pilar! —grité—. ¡Tu Talento ha vuelto!

Alcatraz salió de entre los restos del pilar, conmocionado y aturdido. Le tiré las lentes de reojero y se las guardó en el bolsillo.

—Mi Talento ha vuelto —confirmó—. Los Talentos… ¿Se habrán

recuperado todos?

Aguardé la confirmación, cosa que era una estopidez, porque Alcatraz era el único Smedry en las cercanías, y a mí no me iba a salir de repente un Talento Smedry. Por el momento no pasó nada más.

Y, justo en ese instante, oímos unas pisadas que se acercaban a nosotros.

—¡Alcatraz! —gritó Kaz, y los dos nos volvimos hacia él—. ¡Lo has logrado! ¡Has arreglado los Talentos! La sorpresa que me he llevado cuando me he perdido… ¡Y qué deprisa he llegado aquí! ¡Mi Talento me ayuda más que nunca!

Alcatraz se quedó un segundo sin saber qué decir o qué hacer, pero luego sonrió.

—Gracias —dijo a mis lentes de guerrero.

—¡Kaz! —grité—. ¿Dónde están Folsom, Himalaya y mi madre?

—¡Todos escapamos a un refugio seguro! —respondió—. Están perfectamente. Pero tengo noticias todavía mejores. ¿A que no sabéis a quién me he encontrado de camino hacia aquí?

—¡Sevines saltarines, chico! —Alcatraz y yo pegamos un salto al ver al abuelo Smedry, que había aparecido detrás de Kaz con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Lo has logrado!

—¿Abuelo? —gritó Alcatraz—. Creí que estabas…

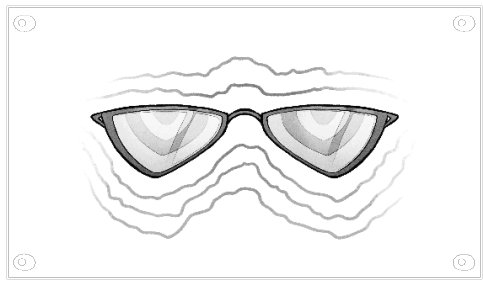
—¿Muerto? —Leavenworth llevaba un vendaje enorme en la nariz, pegado con cinta aislante, y casi no veía por encima. Kaz lo agarró por el codo para que no se cayera al océano—. Peones peleones, hace falta mucho más que una bala para matarme. ¿Dónde está tu padre, Alcatraz? ¿Conseguisteis detener a Biblioden?

A Kaz se le borró la sonrisa. Alcatraz dio un paso atrás y aplastó con los pies los fragmentos de cristal.

Leavenworth lo siguió mirando, esperanzado, sonriente, sin la menor idea de la noticia que iba a recibir.

Capítulo

14



Me han dicho que, como algunos no encontrasteis la nota que puse al final del quinto libro de esta serie, no sabéis bien qué pasó con Leavenworth. Enseguida os pongo al día. Nadie lo sabía, pero Leavenworth consiguió invocar su Talento roto antes de que la bala le llegara al cerebro. Por desesperación, lealtad, magia y todo eso.

Bah, qué más da. Mejor que lo cuente él.

—¿Cómo sobreviviste, abuelo? —preguntó Alcatraz.

Estaba hecho un lío entre la incredulidad (porque su abuelo estaba vivo), la alegría (porque su abuelo estaba vivo) y el espanto (por las noticias que le iba a tener que dar). Él estaba tratando de demorar el momento de decirle la verdad a su abuelo, pero muchos os haréis la misma pregunta, así que a todos nos viene bien.

No os hagáis ilusiones, que estas coincidencias no van a abundar.

—Los Talentos son complicados —dijo Leavenworth—. Rompiste mi Talento, sí, pero no me pudo abandonar en un momento así. Llegué tarde a la bala y bajé a la Sumoteca justo a tiempo de llegar tarde al magma, aunque me quedé allí atrapado hasta que Kazan se perdió y me encontró. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has arreglado los Talentos?

—Eh…, pues… les he pedido perdón —dijo Alcatraz.

—¡Córcholis caracoles, chico! —exclamó Leavenworth—. No hay nada mejor para arreglar las cosas rotas que una buena disculpa. Bien hecho, ¡muy bien hecho!

—Ha tenido que ser una disculpa estupenda —dijo Kaz—. Estaba allí con mi padre y al segundo siguiente nos encontramos aquí. Vas a tener que pedir perdón más a menudo.

—No —dijo Alcatraz. Leavenworth y Kaz lo miraron, sorprendidos. Alcatraz se atragantó con las palabras. Meneó la cabeza y empezó de nuevo—. No, abuelo. No he hecho nada bien. He fracasado. No detuvimos a Biblioden. Mató a mi padre y lo utilizó para hacer una lente forjada con sangre, para canalizar el poder de los incarna hacia los habitantes de los Reinos Libres y consumirlos. Y no sé cómo impedirlo.

Leavenworth parpadeó y trató de asimilar sus palabras. No era la primera vez que temía que Attica hubiera perecido, pero nunca se había encontrado frente a frente con la certeza de la muerte de su hijo.

Kaz se miró los pies como si se sintiera culpable por no haberle dado él la noticia, aunque solo había estado con Leavenworth unos segundos más que nosotros.

—No, chico —dijo Leavenworth al final—. No has fracasado. No pudiste hacer nada para impedir que matara a tu padre.

Alcatraz apretó los labios.

—Biblioden me hizo elegir. Me dijo que a quién quería que matara, y elegí a mi padre. Claro que es culpa mía.

Su abuelo volvió a negar con la cabeza…

—No es…

—¡No! —lo interrumpió Alcatraz—. ¡No me digas que no tengo la culpa! Tú no estabas allí, abuelo. No lo viste morir.

—Es cierto —dijo Leavenworth.

Vi cómo Alcatraz se encorvaba, cómo fruncía el ceño y entornaba los ojos. Era la viva imagen del Talento. Leavenworth tenía buenas intenciones, pero estaba arruinando todo lo que Alcatraz había conseguido mejorar con tanto esfuerzo.

—Y siento mucho que tuvieras que presenciar su muerte —siguió Leavenworth—. Pero…

—¡Eh, los Smedry! —grité. Los tres me miraron, sorprendidos, cosa que me proporcionó un segundo para tomar decisiones, porque no había planeado nada más allá de interrumpirlos—. Dejad a un lado un rato las sentimentaladas —les bufé—. O, mejor aún, dejadlas a un lado para siempre, pero, si no es así, como mínimo hacedlo hasta que lleguemos a la cima de la Aguja e impidamos que Biblioden nos

destruya a todos. ¿Vale?

—Bastille —razonó Leavenworth—, me parece que Alcatraz necesita…

—Tiene razón —lo interrumpió Alcatraz—. Tenéis que salvar el mundo, y yo no hago más que estorbar.

—¡No! —le grité—. ¡Nos vas a ayudar a salvar el mundo aunque tenga que llevarte arrastrándote por una oreja!

Alcatraz se llevó la mano a las orejas en gesto defensivo, quizá porque yo ya lo había arrastrado de una oreja, literalmente, en el capítulo cinco. Luego dirigió la cólera contra mí.

—Cállate, Bastille —dijo—. Tú tampoco estabas allí. No sabes cómo fue.

No sé si fueron sus palabras o el poder de su Talento, pero, en ese instante, algo se rompió dentro de mí. No fue la paciencia, eso se me había roto en el capítulo ocho. No, lo que se me rompió fue la fachada, la bravuconería que utilizaba para no derrumbarme porque teníamos que salvar el mundo.

Alcatraz tenía razón. Yo no había estado allí, y era su rayada caballero crístina. Tendría que haber estado allí.

No sé qué me vio en la cara en ese momento, pero se detuvo en seco. Se le pasó la ira al menos un poco y abrió la boca, seguramente para decir algo irrevocablemente doloroso y estópido.

Y yo hice lo único que se me ocurrió. Le pegué un puñetazo.

—¡Ay! —gritó él, llevándose la mano al hombro golpeado—. ¡Eso ha dolido!

—¡También ha dolido lo que me has dicho, idiota! —le grité.

—Bastille —trató de intervenir Leavenworth—, Alcatraz, me parece que no es…

—¡Perfecto! —gritó Alcatraz—. ¡Estoy harto de hablar de mi padre, estoy harto de hablar de sentimientos y estoy harto de intentar salvar este mundo que no quiere que yo lo salve!

Y, sin decir más, echó a andar hacia el otro lado de la Aguja, por donde habían llegado Kaz y Leavenworth.

Capítulo

15

En este capítulo no voy a escribir una introducción. ¿Que querías introducción? Pues mala suerte. Ayudarte a comprender las complejidades de las emociones humanas no es ni de lejos tan importante como cuidar de un amigo, un amigo que acababa de largarse con viento fresco. Y yo no pensaba permitir que Alcatraz se fuera solo por ahí y que se lo comiera un tiburón.

—Bastille —me llamó Leavenworth cuando vio que me disponía a seguir a Alcatraz—, igual es mejor dejarlo solo un momento.

—¡No tenemos un momento! —le bufé—. ¡Hemos llegado antes que Biblioden, pero no sabemos cuánto tardará en llegar y tenemos que prepararnos para detenerlo! Vosotros dos, perdeos y volved con algo útil, para variar.

Eché a correr tras Alcatraz antes de que Kaz pudiera decir que ya había hecho algo útil, que lo hizo en cuanto recuperó su Talento. Yo no estaba de humor para discutir. No iba a dejar a Alcatraz solo ni un momento más para que siguiera revolcándose en la culpa y la tristeza. Ya había tenido suficiente. Lo encontré tirado en la plataforma, entre la Aguja y el mar, junto a los restos de una maceta que debió de volcarse cuando la gravedad se rompió. Mucho más abajo se veía el

borde de la ciudad que había en la base de la Aguja, donde vivían los investigadores mientras estudiaban la torre. Los edificios parecían casi intactos, aunque la plataforma, en torno a ellos, estaba llena de vehículos volcados, unos cuantos peces que se retorcían fuera del agua y muchos pájaros desorientados.

—¡Lárgate, Bastille! —me gritó.

—No —repliqué—. No me iré hasta que admitas que lo que le pasó a tu padre no fue culpa tuya.

—Pues espera sentada —bufó.

—¿Por qué?

—¡Porque fue culpa mía!

—¡Que no!

Alcatraz se puso de pie para mirarme mientras llegaba a su lado, arrastrando la espada. Ganas me estaban entrando de darle con ella esta vez, en vez de con el puño.

—¿Por qué no?

—¡PORQUE FUE CULPA MÍA!

Alcatraz se quedó boquiabierto.

—¿Q-qué? —tartamudeó.

—¡He dicho que FUE CULPA MÍA!

—Bastille, si estabas en coma.

—Y no habría estado en coma si no hubiera corrido un riesgo excesivo en la batalla de Mokia. Mi misión era proteger a los Smedry. ¿Quién tenía la misión de impedir que Attica muriera? No eras tú. Los Smedry causan problemas y corren peligro, y los caballeros de Cristalia impiden que los muy estúpidos mueran. Esas son las normas, Alcatraz. —Me cambié la espada de mano y le di otro puñetazo.

Pensé que me iba a gritar, que me iba a decir que no era verdad, pero se limitó a hacer una mueca y a frotarse el brazo.

—¡Así que tienes razón! —grité, y le di otro puñetazo—. ¡Yo no estaba allí! Tendría que haber estado allí para impedir que te ataran al altar. Tendría que haber estado allí para que no mataran a Attica. No has fracasado tú, Alcatraz. ¡He fracasado yo!

—¡Bastille! —gritó, y pensé que le había hecho daño de verdad con el último puñetazo.

Me agarró los brazos.

Seguro que fue para que no volviera a sacudirle un puñetazo, ahora que lo recuerdo. En aquel momento, lo único que pude pensar fue que su rostro estaba muy cerca del mío, que me estaba mirando a los ojos. Sentí una oleada de calor que me subía por el cuerpo y se me concentraba en las mejillas. Traté de apartarme, pero Alcatraz me agarró con fuerza.

—Bastille —repitió—, no has fallado. Si hemos llegado hasta aquí, ha sido solo gracias a ti.

Por lo visto, era su turno de mirarme con preocupación. Quise gritarle que me dejara en paz y largarme igual que se había largado él. Pero, en vez de eso, hice algo muy muy estópido.

(Sí, Alcatraz. Lo reconozco. A veces me pasa. Debería haber puesto este último párrafo en una página aparte, porque él va a querer enmarcarlo. Pero no le pienso poner las cosas fáciles).

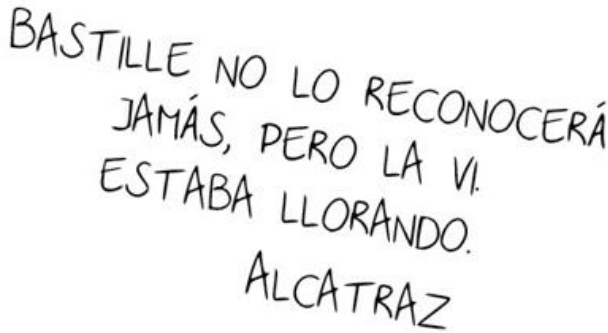
Lo besé.

Alcatraz se quedó paralizado de la sorpresa. Di un paso atrás, horrorizada, y nos miramos. La piel me ardía de la cabeza a los pies, y a él se le había puesto la cara muy roja.

Me di media vuelta y salí corriendo.

*

Cuando llegué a donde había dejado a Kaz y a Leavenworth, no había nadie. Seguro que se habían perdido. Ojalá se hubieran perdido bien, porque seguíamos en la base de la Aguja del Mundo y solo teníamos dos pares de lentes, mi espada y el Talento de Romper. Miré hacia el cielo; aún no había rastro de Biblioden. Dejé la espada en el suelo, me senté, me abracé las rodillas y contemplé el océano.



No era la primera vez que fallaba como caballero, pero sí la primera que fallaba como persona. Los Smedry eran mi responsabilidad, sí, pero sobre todo eran mis amigos. Cuando no me estaban sacando de quicio, los quería de verdad.

(Vale, puede que también los quiera cuando me están sacando de quicio. Por suerte para ellos, porque eso es casi todo el rato).

Lo que le había dicho a Alcatraz era cierto. Yo debería haber salvado a Leavenworth de la bala. Yo debería haber impedido que Attica muriera en un altar de enciclopedias. Obsoletas. Pero, sobre todo, yo debería haber estado allí para que Biblioden no hubiera podido obligar a Alcatraz a decidir quién debía morir. Para que no se hubiera enfrentado a algo así a solas. Me sentía más que culpable. Me sentía avergonzada.

Y ahora encima le había dado un beso, y seguro que Alcatraz iba a pensar que tenía sentimientos cursis hacia él y todo eso. Lo peor era que tenía sentimientos cursis. Hala, ya lo he dicho. ¿Qué? ¿Contentos?

Y vale, sí. Lloré. Discretamente y con mucha fuerza interior.

Y que no se te ocurra decir otra cosa, Al.

Allí, sentada, hice lo mismo que Alcatraz había hecho. Me entregué a la arrogancia, me atribuí cosas sobre las que no tenía ningún control. Esto se debe a un motivo muy sencillo.

La arrogancia es más fácil. La arrogancia es más segura. Porque si eso tan terrible que ha pasado es culpa tuya, existe la posibilidad de que, en el futuro, puedas impedir que pasen otras cosas terribles.

A veces, echarte la culpa es mejor que reconocer que no tienes control sobre el destino del mundo.

Alcatraz se acercó muy despacio, con cautela. Cosa muy inteligente por su parte, porque yo seguía teniendo una espada de cristal muy

grande.

No lo miré. No pude. Me había puesto en ridículo, y (quizá) peor, le había fallado.

Se sentó a mi lado y suspiró.

—No fue culpa tuya, Bastille —dijo. Dejó pasar unos segundos que me parecieron muy largos—. Y tampoco mía.

Me sorbí los mocos. Con mucha fuerza interior, por supuesto. Era muy satisfactorio que por fin reconociera que la muerte de su padre no había sido culpa suya, pero no sabía qué decir. Lo había besado. Mis labios habían tocado los suyos. Notaba las mejillas como si un vildragón se me hubiera instalado en la cara.

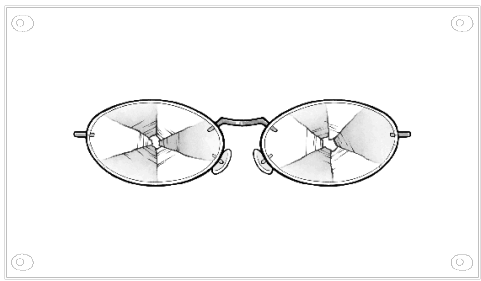
Y, entonces, Alcatraz me cogió la mano. Tenía la piel suave y cálida, y sus dedos se cerraron en torno a los míos.

Me miró con el rabillo del ojo al mismo tiempo que yo lo miraba con el rabillo del ojo. Tenía las mejillas de un rojo tan encendido como las mías.

—Idiota —le dije.

Pero no le solté la mano.

Capítulo 16



Vale, vale, basta ya de cursiladas. Por suerte, Biblioden llegó unos minutos más tarde y nos interrumpió antes de que nos pusiéramos más blandurrios.

Que esto no es una novela romántica.

—¡Mira! —dijo Alcatraz, y señaló hacia el cielo.

No me hizo falta mirar. Ya había visto el enorme globo aerostático de cristal que volaba hacia la Aguja del Mundo a velocidad alarmante. Era de origen Bibliotecario, sin duda.

—¿Dónde se ha metido mi abuelo? —preguntó Alcatraz al tiempo que me soltaba la mano y miraba a su alrededor como si acabara de recordar que, antes de que se largara de estampida, aquí había dos Smedry más.

—Se ha perdido —dije—. Creo.

Alcatraz alzó la vista hacia la escalera de caracol que ascendía por la Aguja.

—Bastille, ¿cómo vamos a…?

—Idiota —lo interrumpí—. Venga, súbete.

Así que corrí escaleras arriba con Alcatraz a cuestas y la espada en la mano, tratando de pegarme lo más posible a la pared para que no

nos vieran desde el globo, que estaba aterrizando en la plataforma de la que habíamos salido despedidos con la explosión.

Cualquiera habría dicho que era una molestia tener que subir tantas escaleras con Alcatraz cargado a la espalda, pero la verdad era que estaba encantada de la vida. Íbamos un paso por delante de Biblioden, porque habíamos acabado o dispersado a los Bibliotecarios que tenían que prepararlo todo para su llegada. Yo tenía la espada y Alcatraz tenía el Talento. El Talento de Kaz era más útil que nunca, y ya se había puesto en marcha.

Estaba preparada para enfrentarme a Biblioden y a su secta de Bibliotecarios con toda la furia de la familia Smedry y los caballeros de Cristalia.

Pero antes había que llegar arriba, claro.

Invoqué el poder de los otros caballeros y su resistencia, y seguí subiendo. No habría podido mover las piernas tan deprisa sin la Piedra Mental, y era milagroso, pero los músculos no se me cansaban. Subimos kilómetros de escalera a toda velocidad. Alcatraz, bien agarrado a mí, lanzaba gritos agudos cada vez que nos acercábamos demasiado al borde.

—Calla, no seas quejica —le dije.

—No quiero tener que volver a romper la gravedad.

No le faltaba razón, aunque contar con un ejército de tiburones contra Biblioden tampoco era mala idea.

Bajé la vista un instante y me acerqué demasiado al borde. No estábamos ni a mitad de camino hacia arriba y el océano ya se veía lejísimos, muy muy abajo. Entre las crestas de las olas apareció el cuerpo bulboso de… ¿era el aj? Claro, a alguna parte tenía que haber ido a parar cuando la gravedad se restableció. En fin, si estaba abajo, junto a la base de la Aguja, no estaba arriba, esperándonos.

—Bastille, ¿has visto…?

—Calla —interrumpí a Alcatraz—. No quiero que nos oigan llegar.

Pero resultó que era inevitable. Mis botas retumbaron contra las escaleras hasta que llegamos a la plataforma de la cima, donde un grupo de Bibliotecarios ya nos estaba esperando.

Detrás de ellos, otro Bibliotecario con una gruesa túnica subía por las escaleras que llevaban a la cúspide de la Aguja.

Me resultó extraño verlo allí, de pie, con la cara de Dif, el primo de Alcatraz, con el que había tenido la desgracia de reunirme en un par de ocasiones. Reconocí el pelo revuelto rizado y la barba que le cubría la barbilla. Por lo menos ya no llevaba aquellas trenzas abominables. Aunque quizá no fuera el aspecto del verdadero Dif, porque Biblioden lo había encontrado y lo había asesinado cuando era un niño y estaba

escondido con sus padres en las Tierras Silenciadas.

Me reconcomía que hubiera estado siempre entre nosotros. Una vez había protegido a Dif, cuando estaba con Leavenworth en una misión en las Tierras Silenciadas. Y siempre fue Biblioden el Escriba, al acecho entre los Smedry, esperando la ocasión de destruirnos a todos.

Biblioden rodeó la Aguja. Llevaba algo brillante en la mano. Algo del tamaño de una lente.

—¡Tiene la lente forjada con sangre! —gritó Alcatraz—. ¡Hay que llegar hasta él!

Eso no iba a ser difícil. Algunos Bibliotecarios tenían armas, pero ninguno llevaba a Alcatraz a cuestas. A ver cómo se las arreglaban para intentar hacerme daño sin que las armas se les rompieran en pedazos.

Cogí carrerilla y pasé entre los Bibliotecarios, hacia las escaleras que llevaban a la cúspide de la Aguja, en el centro de la plataforma. A nuestro paso, a derecha e izquierda, las pistolas y las espadas se rompían con chasquidos, crujidos y estallidos. Biblioden llegó al puesto de vigía en la cima de la torre, y por un momento lo perdimos de vista.

—¡Cuidado, Bastille! —gritó Alcatraz.

Salté para esquivar un garrotazo de un Bibliotecario musculoso, casi tan corpulento como Sing Smedry, el primo de Alcatraz. Lo del garrote era buena idea: más avanzado tecnológicamente que las espadas o las pistolas, y por tanto menos susceptible a los Talentos de los Smedry. Casi habíamos llegado a las escaleras y me dispuse a dar el último supersalto hacia el rellano.

—Biblioden está haciendo algo ahí arriba —dijo Alcatraz—. Noto el poder. ¿Qué…?

Entonces, de pronto, una Bibliotecaria tropezó.

No fue un tropezón corriente, ni un resbalón por la superficie cristalina de la torre. La Bibliotecaria en cuestión salió volando delante de mí y aterrizó de bruces en un lugar donde yo no me la esperaba. Me agaché para evitarla, pero había sido un tropezón tan oportuno y habilidoso que ni mis reflejos crístinos me permitieron esquivarla. Caí encima de la Bibliotecaria, y Alcatraz salió volando. Se me pasó una idea espantosa por la cabeza.

La Bibliotecaria debía de tener el Talento de tropezar con nada.

Pero ni ese conocimiento me preparó para lo que venía a continuación. Más allá, entre el grupo, un Bibliotecario empezó a cantar de la manera más horrible que os podáis imaginar. La cacofonía era como un elefante con jaqueca saltando entre una bandada de

gansos rabiosos. Y, en ese momento, la línea de Bibliotecarios sobre los que iba a saltar empezaron a bailar fatal. Movían los pies en una dirección y los brazos en otra, mientras giraban las caderas en algún punto intermedio. Grité a Alcatraz y me situé entre los Bibliotecarios bailarines y el lugar donde creía que estaba él, aunque no me atreví a darme media vuelta para comprobarlo. La amenaza contra la que nos enfrentábamos no me lo permitía.

—¡Es Biblioden! —grité—. ¡Ha…!

—¡Ha llegado a la Aguja y ha utilizado la lente para darles todos los Talentos de los Smedry! —dijo Alcatraz.

¿Para esto había creado la lente forjada con sangre? ¿Para crear un ejército tan poderoso como la familia Smedry?

¿Y luego vaporizar a todo el que se le opusiera? No podía ser cierto. No tenía lógica.

—¡Bastille! —gritó Alcatraz—. ¡Tienes que salir de ahí!

—¡Ni en broma! —dije, y preparé la espada mientras los Bibliotecarios bailarines se acercaban sacudiendo los codos y las rodillas en todas direcciones, en una especie de mezcla de taichí y el baile de los pajaritos. Yo me había pasado la vida defendiendo a los Smedry. Me había dado de bruces contra todos sus Talentos en un momento u otro, y eso que estaban de mi lado. ¡Cuántas noches me había quedado dormida pensando en las mil maneras en que me gustaría volver sus Talentos contra ellos! Demasiadas para contarlas.

Llevaba toda la vida preparándome para aquello. Iba a destruir a aquellos Bibliotecarios antes de que tuvieran tiempo de hacer nada.

No dejé de vigilar los lados. Y sí, claro, unos cuantos Bibliotecarios que estaban detrás de la fila de conga me atacaron de frente y se perdieron, con lo que aparecieron de manera muy conveniente detrás de mí. Hice un giro perfecto y los derribé sin dejar de enfrentarme a la fila.

En ese momento se me ocurrió una idea.

—¡Eh! —grité a la multitud de Bibliotecarios—. ¿Cuánta cuerda tengo?

A un lado, un Bibliotecario que de pronto era fatal en matemáticas me respondió, también a gritos:

—Cero metros y cero centímetros entre setenta y dos por mil es igual a…

—¡Venga, la respuesta!

Ya tenía a los Bibliotecarios bailarines casi encima, y la espada no me iba a proteger de ellos. Con suerte, ninguno tendría el Talento de Romper, que era muy raro, pero ya sabía lo que podían hacer Folsom e Himalaya cuando bailaban en serio.

—¡Quince metros! —gritó el Bibliotecario.

Sonreí cuando la cuerda apareció colgada de mi brazo, perfectamente enrollada.

—¡Gracias! —dije.

La solté, hice un lazo y atrapé al último Bibliotecario medio descoyuntado de la conga. Con una ráfaga de velocidad crístina, corrí hasta la otra punta de la fila y luego salté tras los Bibliotecarios y crucé hacia el otro lado para rodearlos con la cuerda, antes de tensarla. Los Bibliotecarios bailarines tropezaron unos con otros y cayeron en una maraña de brazos y piernas.

—¡A por Biblioden! —le grité a Alcatraz, pero no me paré a comprobar si seguía mis instrucciones. Otra escuadra de Bibliotecarios avanzó hacia mí con las pistolas por delante… y una de las armas, de pronto, cayó hecha pedazos y las piezas de metal rodaron por el suelo.

El Bibliotecario que iba delante empezó a rebuscarse por los bolsillos como si no encontrara la pistola que había tenido un momento antes en la mano. El Talento de Perder. Excelente.

—¿Dónde están tus amigos? —le pregunté.

El Bibliotecario se dio media vuelta, pero su escuadrón entero había desaparecido. Los había perdido. Solté al Bibliotecario perdedor antes de que me perdiera a mí.

Una Bibliotecaria armada con una espada se lanzó contra mí, pero estornudó en el momento más inoportuno y cerró los ojos. Salté a un lado para esquivar la andanada de mocos y luego me encargué de ella.

¿Dónde estaba Alcatraz? No me gustaba que se enfrentara solo a Biblioden, así que tenía que llegar a las escaleras. Era obvio que los Bibliotecarios no tenían mucha maña en lo de usar los Talentos. Les faltaba la experiencia combinada del clan Smedry. Además, en la guerra entre los Reinos Libres y los Bibliotecarios, los Talentos estaban de nuestro lado, o eso quería yo creer.

Eso no impidió que el Bibliotecario fatal en matemáticas siguiera echando cuentas.

—Ha derribado a veinticuatro de los nuestros, y nosotros hemos traído a cuarenta y siete, así que nos quedan…

Oh, no.

—¡Nos quedan ochenta y nueve Bibliotecarios listos para luchar!

En fin, podría haber sido un número peor.

Aparecieron más Bibliotecarios de la nada. Blandí la espada contra la Bibliotecaria más próxima, pero ni se inmutó.

Cristales rayados. ¡Iba a llegar tarde al golpe!

Era casi tan peligroso como el Talento de Romper, y ni siquiera sabía dónde estaba la Bibliotecaria Rompedora. En teoría, se había

perdido con el resto de su escuadrón, pero con el Talento que tenía no sería por mucho tiempo.

Retrocedí a toda prisa hacia el borde de la plataforma. La Bibliotecaria con el Talento para llegar tarde me siguió sin dar muestras de dolor. Cuando estuve casi al borde, di otro espadazo y otra vez acerté, pero sin efecto visible.

La Bibliotecaria se lanzó contra mí. La esquivé, la empujé y cayó al vacío.

Se precipitó hacia el océano, mucho más abajo. Con un Talento tan poderoso no iba a morir, claro. Sin duda, llegaría demasiado tarde a la caída. Pero al menos iba a tardar un buen rato en volver arriba.

Me di la vuelta y me encontré delante a la Bibliotecaria de las trenzas rubias. Sonrió cuando la plataforma empezó a desmoronarse bajo nuestros pies.

La rodeé tan deprisa como pude, con la esperanza de que cayera junto con los fragmentos de torre, pero ella también retrocedió y mantuvo el equilibrio. Se desprendieron algunos fragmentos de cristal. Se suponía que la torre estaba conectada a todas las personas vivas del mundo, así que la humanidad iba a acabar con un dolor de cabeza monumental.

No importaba. Lo que importaba era llegar hasta Biblioden e impedir que nos matara a todos.

Pero, antes, tenía que encargarme de aquella Bibliotecaria. El Talento de Romper era tan poderoso que no podía pasarlo por alto. No me atreví a usar la espada contra una fuerza semejante, pero en cambio sí podía utilizarla en mi propio provecho. Me escurrí entre varios Bibliotecarios y los lancé contra la Bibliotecaria Rompedora. A uno se le rompió la espada. A otro, la pierna. De paso, las mangas de la túnica de la Bibliotecaria de las trenzas se destejieron hasta los hombros.

¿Qué queréis que os diga? Ese Talento es muy raro.

La de las trenzas se dirigió hacia mí.

—¿Esto es lo más que puedes hacer, crístina? —preguntó.

—No lo sé. —Me volví hacia un Bibliotecario al que había oído hablar entre dientes—. ¿A ti qué te parece?

—Me parece que se le ve el culo —dijo él, con un Talento evidente para decir cosas incómodas en momentos inapropiados.

La Bibliotecaria de las trenzas abrió mucho los ojos y se llevó las manos a la parte trasera de la túnica, que se le estaba desintegrando, igual que las mangas, y chilló. Cogí al Bibliotecario bocazas y lo lancé contra ella mientras estaba desprevenida, con lo que perdió el equilibrio y cayó por el borde de la torre.

Me imagino que rompió la caída.

Habría hecho la danza de la victoria (muy mal, porque lo de bailar no es lo mío) de no ser porque había un Bibliotecario gritando tonterías en el centro de la plataforma.

—¡Desliza y resbala, marea de platos cuando lavas! —dijo.

Marea de platos.

Oh. Oh, no. Oh, no, no, no, no.

Libby Smedry tenía el Talento de derramar cantidades ingentes de agua por el suelo cuando lavaba los platos. Pero para eso hacían falta platos, claro…

—¡Cero platos entre cincuenta y ocho Bibliotecarios al cubo tocan a siete platos por Bibliotecario! —gritó el que era incapaz de sumar.

¡Cristales rayados! De pronto, cada Bibliotecario tenía siete platos en las manos. Miré a mi alrededor, frenética, en busca del que iba a intentar lavarlos…

Pero, en ese momento, vi a Alcatraz. Estaba escondido detrás de las escaleras que llevaban a la torre, en lugar de seguir a Biblioden. Y no era otro ataque de autocompasión. Parecía concentrado en algo.

—¡Alcatraz! —grité—. ¿Qué estás…?

En ese momento, un Bibliotecario bajó corriendo por las escaleras, se escupió en la manga y frotó un plato con el puño.

Y desde detrás de la Aguja surgió la ola más grande que he visto en mi vida.

Retiro lo de que los Talentos estaban de nuestro lado.

—¡Alcatraz! ¡A cubierto! —grité.

Y me agarré a lo primero que encontré, que fue la punta de la cuerda con la que había atado a la conga de Bibliotecarios bailarines. Que, por cierto, seguían bailando.

El agua barrió la plataforma, Bibliotecarios incluidos. Conseguí llegar hasta el centro con la esperanza de que la ola no tuviera tanta fuerza como para arrastrarme hasta el borde, pero la corriente me hizo caer. Me agarré a la cuerda con todas mis fuerzas con una mano sin quitar la otra de la empuñadura de la espada y nadé a contracorriente, pero no podía avanzar.

¿Qué pasa? Intentad vosotros nadar enfrentados a una ola gigante y con las dos manos ocupadas, a ver qué tal.

El agua me arrastró hasta el borde de la plataforma y empecé a caer de nuevo. Me agarré a la cuerda con todas mis fuerzas, con la esperanza de que los Bibliotecarios bailarines pesaran demasiado como para que la ola los barriera igual que a mí.

De pronto, se me destaponaron las orejas y, un segundo más tarde, sentí una fuerza que me recorría el pecho como si me hubiera

golpeado una onda de sonido, o una presión repentina. ¿Qué Talento hacía eso? No recordaba ninguno. Y no podía ser un Talento nuevo, ¿verdad?

El agua cayó de la plataforma y me empapó la armadura y el pelo (otra vez). No podía trepar por la cuerda sin soltar la espada, así que me agarré con todas mis fuerzas.

Se hizo un silencio escalofriante, y Alcatraz apareció en la otra punta de la cuerda.

—¡Aguanta! —gritó, como si yo no tuviera intención de hacerlo.

Empezó a tirar de la cuerda para izarme. Cuando me agarró por la muñeca, me di impulso, puse un pie en la plataforma y subí. Aún quedaban allí unas docenas de Bibliotecarios. El grupo atado con la cuerda había parado de bailar y estaban forcejeando para soltarse y coger lo que les quedaba de las espadas y las pistolas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Ha terminado Biblioden el ritual? Pero seguimos…

—No ha sido Biblioden —dijo Alcatraz—. He… he roto sus Talentos.

Sonreí. Tenía que haberlo imaginado. Solo hay una cosa más peligrosa que un montón de Talentos: un Smedry que sabe utilizar el suyo.

—Bien hecho —dije.

Alcatraz negó con la cabeza.

—Bien hecho, tú. Has estado increíble.

—Bueno, sí —respondí—. Hace mucho que le doy vueltas a lo que haría con los Smedry y sus rayados Talentos.

Alcatraz abrió mucho los ojos, como si siempre hubiera sabido que me estaba aguantando las ganas de hacerles algo gordo, pero no lo gordo que era ese algo.

Me habría echado a reír, pero en ese momento me di cuenta de que los Talentos nos la habían liado a base de bien. Teníamos enfrente a cinco veces más Bibliotecarios que al empezar. Ya no tenían Talentos, pero sí los recursos que estos les habían proporcionado, entre ellos una cantidad alarmante de porras, platos y otros objetos tecnológicamente avanzados y, por tanto, menos vulnerables ante el Talento de Romper.

Avanzaron para situarse entre nosotros y las escaleras, en un abanico tan amplio que no podría rodearlos ni con velocidad crístina. Mientras, Biblioden seguía en la cúspide de la Aguja, y sin duda se estaba preparando para vaporizarnos a todos.

Teníamos que llegar hasta él, pero no íbamos a lograrlo solos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alcatraz—. ¿Rendirnos?

No se me ocurría qué otra cosa hacer, pero a la vez no quería rendirme. Vi la cabeza de Biblioden por encima del puesto de vigía. No había terminado el ritual, así que seguro que podíamos hacer algo.

Con el rabillo del ojo, distinguí un movimiento más abajo. Me arriesgué a mirar por si venía otro contingente de Bibliotecarios.

Y entonces vi el cuerpo bulboso del aj que reptaba por la escalera que subía por la pared de la Aguja. Si no hacíamos algo, íbamos a quedar entre el ejército de Bibliotecarios y el aj, que seguro que seguía con ganas de devorarnos.

Aunque, si jugaba bien mis cartas, también podía ser una buena distracción.

—De rendirnos, nada. Vamos a hacer algo muy apajatoso.

Alcatraz me miró y sonrió.

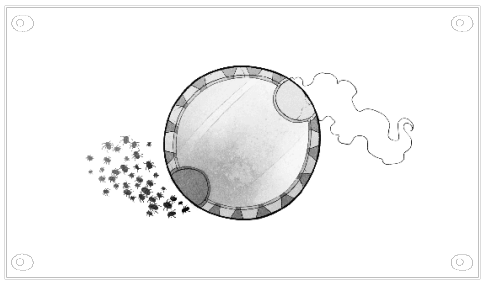
—¡Suelta la espada! —gritó un Bibliotecario.

La agarré aún más fuerte.

Habíamos llegado hasta allí, y Alcatraz y yo íbamos a detener a Biblioden antes de que liberara el poder de los incarna y desintegrara a todos los que conocíamos y amábamos.

Los Bibliotecarios no sabían a quién tenían delante.

Capítulo 17



Ahora no puedo ponerme a escribir una introducción. Estoy muy ocupada con la cantidad de chistes que requiere una pelea con un aj. Agarraos, que vienen curvas.

Los Bibliotecarios que quedaban se lanzaron hacia nosotros y nos hicieron retroceder hacia el borde de la plataforma. Cogí a Alcatraz de la mano, sobre todo para que no se le ocurriera la genial idea de saltar. Quizá podría salvarnos de nuevo en la caída, pero preferí no contar con ello. Además, saltar en ese momento nos alejaría de Biblioden, que no tenía que matarnos directamente: solo le hacía falta tiempo para completar el ritual y llenarnos con todo el poder de los incarna.

—¿Puedes romper la Aguja del Mundo? —pregunté a Alcatraz.

Él lo pensó un momento.

—Está conectada a todos nosotros, Bastille. Si la destruyo… no sé qué nos pasará. Podríamos morir todos. O perder lo que nos conecta… La intuición, tal vez, o la capacidad de sentirnos amados…

Cristales rayados.

—No, entonces, mejor no.

Al aj todavía le faltaban unas cuantas vueltas a la torre para llegar

hasta nosotros.

—¡Suelta la espada, crístina! —gritó de nuevo el Bibliotecario jefe.

—¡Me parece que no te conviene! —le grité yo.

Los Bibliotecarios se miraron entre ellos, menos el jefe, que me miró a mí con los ojos entornados.

—Yo diría que sí.

—Ya te digo yo que no.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque mi espada está conectada a la torre en la que nos encontramos —dije. No era verdad, pero parecía plausible. Tanto la torre como la espada brillaban mucho, y los crístinos somos tan misteriosos acerca de nuestros poderes que muy poca gente sabe cómo funcionan—. Si mi espada toca la superficie de la Aguja del Mundo, desencadenará una ráfaga de poder que os incapacitará a todos.

Unos cuantos Bibliotecarios dieron un paso atrás, cosa que aproveché para acercarme un poco al borde de la escalera de caracol. Teníamos que situar a unos cuantos Bibliotecarios entre la escalera y nosotros, para que el aj tuviera algo que devorar nada más llegar.

¿Dónde estaba Kaz cuando hacía falta? Al restaurarse los Talentos, pudo perderse y encontrar a Leavenworth, y luego perderse de nuevo casi inmediatamente y encontrarnos a nosotros. Con el tiempo que había tenido, solo había podido dar unos pocos pasos en cada ocasión.

«Volved con algo útil», les había dicho. Pero estaba con Leavenworth, así que, inevitablemente, cualquier cosa útil que encontraran llegaría demasiado tarde.

Empecé a notar una presión en el pecho. Ta vez fuera por la tensión de la espera (la paciencia no es mi punto fuerte) o porque el ritual iba cogiendo impulso y el poder de los incarna se estaba acumulando dentro de mí y de todos los habitantes de los Reinos Libres que había en el mundo.

—¿De veras? —preguntó el Bibliotecario jefe.

Era obvio que no me creía, y tenía lógica. No era una mentira muy convincente. Pero no iba a reconocérselo, claro.

—Sí —contesté.

El Bibliotecario jefe se quedó mirándome.

—Vale. Pues venga.

Me quedé paralizada.

—No es buena idea —dije.

Él sonrió.

—A mí me parece que sí.

Puse cara de dura. Si no fuera tan mala mintiendo, me habría salido con la mía.

De pronto, Alcatraz levantó las manos.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás si no queréis que os rompa a todos!

Le lancé una mirada fulminante. Los Talentos no funcionan así, y aquellos Bibliotecarios acababan de tener Talentos. ¿De verdad se creía que los iba a engañar? Como mentira, era tan mala como la mía.

En esta ocasión fueron aún menos los que retrocedieron.

Oí un ruido en las escaleras, detrás de nosotros, lejano al principio, pero cada vez más cerca. El aj estaba llegando a los últimos peldaños.

No podíamos seguir allí. Iba a tener que pasar al ataque. Alcé la espada, lista para lanzarme entre los Bibliotecarios y quitar de en medio a tantos como pudiera.

—Alcatraz —dije en voz baja—, cuando yo te diga, corre hacia Biblioden y no mires atrás.

Tal vez yo no llegara a la cúspide para detener a Biblioden, pero podía darle tiempo a Alcatraz para que él lo lograra. No se consideraba un héroe, pero lo era. Si conseguía que llegara allí, nos salvaría a todos.

—¡Alcatraz! ¡Bastille! —gritó alguien desde detrás de la torre que se alzaba en el centro de la plataforma—. ¡He perdido al abuelo, pero con suerte eso quiere decir que no llego tarde!

Kaz llegó corriendo. Unos cuantos Bibliotecarios se dieron media vuelta, y calculé a toda prisa cuántos tendrían que dejar de mirarme antes de que me atreviera a atacar sin miedo de dejar desprotegido a Alcatraz.

Solo con eso se incrementaban mis posibilidades de éxito. Miré a Alcatraz para hacerle la señal…

¡Cristales rayados! Sus ojos tenían una mirada escalofriante, como si empezaran a brillar.

Los refuerzos habían llegado, pero en pocos instantes sería demasiado tarde. Agarré la espada con más fuerza.

—¡Kaz! —grité—. ¡No queda tiempo! ¡Por favor, dime que no estás solo!

Kaz sonrió.

—¿Qué pasa, Bastille, no soy suficiente para ti?

Estaba a punto de gritarle que él ya había estado aquí, y que si se perdía y volvía solo, salíamos perdiendo, porque nos faltaba Leavenworth…

Ay, en ese momento se oyó un ruido. Un sonido tan escalofriante que atravesó incluso la presión creciente que sentía en el pecho. Un sonido más horroroso aún que el de un aj al deslizarse entre la hierba.

El maullido bajo y siniestro de un gatito.

—Oh, no —dije.

—¿Qué? —preguntó Alcatraz.

Detrás de Kaz apareció no un gatito, no dos, sino toda una horda de gatitos. Cientos, miles de gatitos. Una gatitovalancha.

Y no venían solos. Detrás llegó corriendo Sing Sing Smedry, el primo de Alcatraz, seguido por Folsom Smedry, Himalaya y su grupo de Bibliotecarios reformados. En la retaguardia iba mi madre, con la espada desenvainada y lista para la batalla.

Himalaya no venía bailando, sino que corría junto con sus Bibliotecarios reformados y los gatitos, pastoreándolos por grupos: los atigrados con los atigrados, los tricolores con los tricolores, los gatos negros con manchas blancas en una fila y los gatos blancos con manchas negras en otra. Los mininos lanzaban maullidos aterradores y mostraban sus garras espantosas como…, bueno, como un gatito al que has intentado acariciar porque mira qué mono y qué dócil parece, pero cuando lo tocas, se transforma y adquiere su aspecto verdadero: el de una bestial bolita de pura rabia tamaño bolsillo.

Unos cuantos de los Bibliotecarios que quedaban en la torre gritaron y saltaron al vacío para huir de la horda de gatitos. Otros desenvainaron la espada y se lanzaron al ataque, o dispararon las pistolas.

Aquello era la distracción que me hacía falta. Agarré a Alcatraz por el brazo.

—¡Vamos! —grité, y lo arrastré conmigo.

Llegamos a las escaleras justo cuando bajaban los Bibliotecarios de Biblioden.

¿Es que Biblioden había terminado ya? No, o estaríamos vaporizados. Tenía que quedarnos tiempo. Tenía que quedarnos tiempo.

Al otro lado de la plataforma, Sing tropezó, por supuesto, y varios Bibliotecarios salieron volando. Llegamos a la base de la escalera y preparé la espada, pero no hizo falta. Un regimiento entero de persas diminutos subió a toda velocidad con las garras extendidas. Bibliotecarios y gatitos salieron volando por los lados de la escalera y cayeron a la plataforma.

Alcatraz y yo nos agachamos para esquivar una andanada de siameses que vino después. Cayeron desde arriba sobre los Bibliotecarios, mostrando los dientes en una algarabía de gozo felino. Abajo, se oyó el grito de batalla de mi madre al enfrentarse a sus adversarios, y los gritos de los Bibliotecarios cuando atacaron las fuerzas combinadas de mininos y Bibliotecarios reformados.

Llegué a la cima con Alcatraz pisándome los talones. Y allí, en la cúspide de la Aguja, estaba Biblioden.

El puesto de vigía era como un balcón redondo de menos de tres metros de diámetro, así que estábamos más cerca del Escriba de lo que me habría gustado. Pensé que se daría la vuelta para enfrentarse a

nosotros, pero siguió concentrado en la punta de la Aguja con un monóculo pegado al ojo. Sentí el poder que canalizaba a través de aquella lente y entraba en la Aguja.

Teníamos que detenerlo. Me dirigí hacia él con la espada en alto, dispuesta a cortar en dos al Escriba.

Pero Biblioden no estaba tan concentrado como para no verme. Se detuvo, se dio la vuelta y se sacó del bolsillo de la túnica unas lentes grises.

Unas lentes de conmocionador. Quería dejarnos sin sentido para terminar su trabajo.

Al menos lo habíamos interrumpido…, aunque la lente forjada con sangre seguía suspendida en el aire, ante la punta de la Aguja, y brillaba tanto que dolían los ojos al mirarla.

—Alcatraz —dije—, ¿puedes romper la lente?

Él se concentró en ella, pero la lente ni se agrietó.

Y, en ese momento, sucedió algo terrible. No, a la lente, no. Ojalá. Eso nos habría ido de fábula.

Biblioden empezó a hablar solo.

—Habéis llegado tarde —dijo; se puso las lentes de conmocionador y nos miró—. He terminado. Decís que sois los Reinos Libres, pero esa supuesta libertad se os va a terminar.

Me adelanté para atacarlo antes de que pudiera terminar el discurso, pero entonces alzó los dedos y se los acercó a la montura.

—Ni un paso más o te lanzo fuera de la torre —dijo.

Bajé la espada. Los reflejos crístinos me permitirían llegar hasta un Bibliotecario promedio antes de que me derribara con un rayo de luz. Incluso hasta a un Bibliotecario de nivel alto, y podría hacerlo sin esfuerzo.

Pero aquí estamos hablando de Biblioden el Escriba. No podía derrotarlo con fuerza bruta.

Así que, en lugar de acercarme a él, me acerqué a Alcatraz.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Alcatraz—. Ya controlas a todo el mundo en las Tierras Silenciadas. ¿No te basta con eso?

Me acerqué un centímetro más. Alcatraz llevaba las lentes de reojero en el bolsillo de la chaqueta. No levanté la espada en ningún momento para no parecer una amenaza.

Cosa que en mi caso es prácticamente imposible, la verdad.

—Los Smedry sembráis el desorden —replicó Biblioden—. ¿Qué crees, que no sé lo que estaba planeando tu padre? ¡Quería dar Talentos Smedry a todo el mundo! ¡Imagínate el desastre! No, los Smedry nunca os habéis conformado con los Reinos Libres. Tenéis que esparcir el caos. Y si no acabo con él, llegará a todas partes. Llevo

años intentando conquistaros, pero ahora tengo un plan mucho mejor. ¡Será como si nunca hubierais existido!

El monólogo había sido tan largo que conseguí llegar junto a Alcatraz a pasitos muy cortos sin que Biblioden se diera cuenta. Le metí la mano en el bolsillo y, muy despacio, saqué las lentes de reojero.

Biblioden me miró un instante, pero ese fue el momento que eligió Alcatraz para empezar a gritar.

—¡Vas a pagar lo que le hiciste a mi padre!

(Sí, Alcatraz se había dado cuenta de mi plan. Sí, lo hacía adrede, me estaba ayudando. Sí, lo sé porque luego se lo pregunté).

Biblioden sonrió.

—Tu padre se merecía lo que le pasó —dijo—. Igual que tú y el resto de los Smedry. De hecho…

No sé qué pensaba decir Biblioden a continuación, porque las lentes de reojero empezaron a brillar y me las puse a toda prisa. Elegí a Biblioden como objetivo, y luego a mí misma. Eso atrajo su atención, claro. Ni siquiera tuve que levantar la espada y ya me había lanzado todo el poder de las lentes de conmocionador.

Sentí la ráfaga que me atravesó. Noté las lentes muy calientes en la cara y, por un momento, fueron como parte de mi cuerpo, llenas de vida y poder. El poder se transfirió a través de mí y lanzó a Biblioden contra la baranda del puesto de vigía, aturdido, atónito.

Ya os he dicho antes que no soy una oculantista. Pero, por un momento, lo fui.

¿Queréis saber cómo me sentí?

Me sentí GENIAL.

Biblioden estaba tirado en el puesto de vigía, pero aún no derrotado. Iba a levantar la espada y a terminar con él cuando…

—¡Aj! —gritó un Bibliotecario abajo.

Miré hacia atrás y vi al aj, algo sudoroso y jadeante tras el largo ascenso, que por fin había llegado a la cima de las escaleras. Los Bibliotecarios se apartaron, y el regimiento de gatitos aprovechó para saltar, todo garritas y dientes, sobre los que intentaban escapar. Hasta los de nuestro bando se dispersaron y muchos se escondieron detrás de mi madre, que se puso en guardia en una punta de la plataforma.

El aj me miró a los ojos y me enseñó los espantosos dientes en una sonrisa amplia, amenazadora.

—¡Cristales rayados! —exclamé—. ¡Ha venido hasta aquí a por nosotros!

Vale, yo, de haber sido el aj, también habría querido vengarme de los que me habían apuñalado, habría escapado de mi isla (privándome de una buena comida), roto la gravedad y abandonado en el océano. Pero había tenido la esperanza de que tantas comidas potenciales lo distrajeran en la plataforma. Y no. Resulta que los ajs tienen prioridades.

Aquel reptó directo hacia nosotros.

Apenas nos quedaban unos momentos antes de que llegara a donde estábamos. Agarré a Alcatraz por el brazo y me moví hacia el borde del puesto de vigía, con lo que Biblioden quedó entre nosotros y las escaleras que subían a la cúspide. No sirvió de gran cosa. El aj hizo caso omiso de las escaleras y se enroscó a la Aguja para subir hacia nosotros. Mi madre lanzó un tajo contra el aj, pero no había contado con los Bibliotecarios de la secta, que la atropellaron en su huida.

Biblioden no pareció ni darse cuenta. Se quedó en el lugar donde había caído mientras la energía que manaba de la lente iba en aumento.

Ni un aj lo distraía. O sea, que no lo iba a distraer nada. No había más tiempo. En ese momento, la cabeza del aj con todos sus dientes apareció en el puesto de vigía, justo a la altura de mi cadera.

—Vaya, vaya —dijo—. No sabes cuánto me alegro de volver a verte.

—Esa voz me pajarece familiar —dijo Alcatraz.

—Esta vez no va a dar resultado —le respondí.

—Qué dispajarate. Claro que sí.

El aj soltó una risita amenazadora.

—Veo que sigues igual de dispajaratado. Mejor. No me gusta que la comida esté apajática.

—Qué idea tan espajantosa —aporté.

Por todas las arenas, aquello no servía de nada. Solo estábamos cambiando el hecho inevitable de que el aj nos iba a devorar por el hecho inevitable de que Biblioden nos iba a vaporizar. Teníamos que

hacer algo. Yo aún conservaba la espada, pero no me iba a servir de nada contra el aj. Tal vez pudiera ir a por Biblioden, pero el cuerpo del aj se interpuso entre nosotros y me impidió atacarlo. Miré a Alcatraz.

—¿Se te ocurre alguna idea genial?

Alcatraz se encogió de hombros.

—Todas las alternativas han desapajarecido.

—Esta última es mala mala —dijo el aj—. Esto se acabó.

Enroscó el cuello en torno a nosotros y apretó las rodillas de Alcatraz para juntarnos más. Cristales rayados, nos iba a comer a los dos de un bocado. Tengo que decir en honor de Alcatraz que al menos esta vez no lloriqueó ni nada, pero…

Eh… ¡Eh! Se me había ocurrido una idea.

—¡Lo has tocado! —le grité al aj—. Has tocado a Alcatraz. Me debes un servicio.

—La cosa no va así, lo siento —dijo el aj—. Solo te debo un servicio si toco paja, y no he…

—¡Es un hombre de paja! —grité—. Una persona sin sustancia, sin integridad. ¡Anda, pregúntale!

El aj miró a Alcatraz y arqueó una ceja retorcida.

—¿Es cierto? —preguntó.

Alcatraz asintió.

—Y tanto. Soy lo peor de lo peor.

Sonreí. Por una vez, me venía bien que pensara eso.

El aj suspiró y cedió, quizá al ver que había mucha más comida disponible en la torre.

—Vaaale —dijo—. Te debo un servicio. Supongo que quieres que no te devore.

—No —dije. Señalé a Biblioden—. Quiero que lo devores a él.

El aj sonrió y reptó hacia Biblioden, cosa que por fin captó su atención. La energía en la cúspide de la Aguja era tan fuerte que se me habían tapado los oídos.

Habría dado cualquier cosa por tener una foto de la cara de Biblioden cuando el aj avanzó hacia él. Mejor que la de Alcatraz con una túnica, seguro. Biblioden se puso en pie tan deprisa como pudo, pero se dio cuenta de que, si retrocedía un paso más, iba a caer en medio de un caos de gatitos y Bibliotecarios reformados. El aj reptó y se irguió, de modo que la mitad delantera de su cuerpo bulboso se enroscó en torno a la punta de la Aguja, y desde allí se cernió sobre Biblioden.

—¡Espera! —chilló este—. ¡No me paja! ¡Déjame en paja! ¡Soy muy joven para paja! Por las arenas, qué difícil es encontrar palabras

que…

Biblioden no terminó la frase, porque el aj se descoyuntó la mandíbula irregular para dejar a la vista unos dientes como sierras que le llegaban hasta la garganta en filas ordenadas. Yo no sabía si Biblioden tenía integridad, pero desde luego sí tenía sustancia, y toda aquella sustancia acabó en la boca del aj.

El editor no me deja que os cuente con detalle lo que el aj le hizo a Biblioden, pero sí os puedo decir una cosa: en menos de lo que se tarda en decir «chihuahuas, chirimbolos y chimeneas», los Bibliotecarios que lo vieron huyeron a toda prisa.

Cuando terminó, el aj se volvió hacia nosotros.

—¿Qué me impide comeros ahora a vosotros de postre?

La presión que sentía en el pecho no se había reducido y empezaba a bajarme por los brazos, cosquilleante, como si se me estuvieran durmiendo. Tal vez era la energía, que se disipaba, me bajaba hacia los dedos para salir de mi cuerpo.

—Solo una cosa —dije—. El tipo que te has comido estaba a punto de liberar una energía mágica que va a invadir a todos los habitantes de los Reinos Libres, y nosotros somos los únicos que podemos impedirlo. Es mejor que no nos devores antes.

—Sería como saltar sin pajaracaídas —corroboró Alcatraz. Lo miré de reojo y se encogió de hombros—. Ya no se me ocurren más pajapalabras. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Muy cierto, muy cierto —dijo el aj—. Me caéis bien. Quiero que sigáis vivos, así os podré devorar otro día. De modo que me voy.

Y, sin añadir más, se deslizó por la pared de la torre, hacia las escaleras que llevaban al océano.

Alcatraz se volvió hacia mí y sonrió.

—Un hombre de paja. ¡Eres genial, Bastille!

—Ha sido de tanto verte antes de morros. Ya te lo he dicho, eres un héroe.

Alcatraz me miró sonriente, pero de repente la sonrisa se le borró de la cara.

—Te brillan los ojos, Bastille.

Asentí.

—A ti también.

La presión en el pecho seguía creciendo y me sentía a punto de reventar.

Alcatraz miró la punta de la Aguja del Mundo. La luz de sus ojos era escalofriante.

—Ha empezado —dijo—. La energía está llenando a todos los habitantes de los Reinos Libres. No sé cómo vamos a poder impedirlo.

Se miró los dedos. Las uñas le brillaban también con una luz blanquecina. Y a mí también.

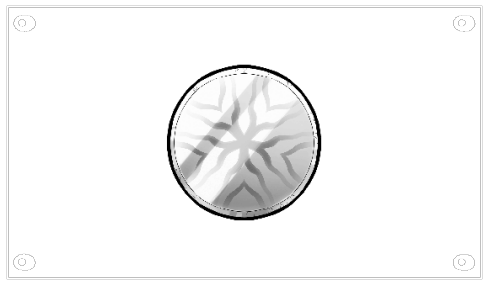
Miré hacia abajo desde el puesto de vigía. En la plataforma, los Bibliotecarios reformados estaban brillando, aunque gracias a Kaz habían derrotado a los otros Bibliotecarios. Folsom había atado a buen número de los de la secta, mientras que otros estaban en el suelo, aplastados bajo el peso de cientos de azules rusos y singapuras. Los espantosos maullidos no cesaron. Se me puso la carne de gallina, no solo ante aquel horrendo espectáculo, sino por saber que, de un momento a otro, íbamos a acabar vaporizados, y los gatitos serían los únicos que quedarían con los Bibliotecarios malvados.

No sabía cuánto tiempo nos quedaba, pero, si no hacíamos algo pronto, los Reinos Libres, y con ellos los Smedry, acabaríamos vaporizados como la civilización incarna entera.

Mi madre alzó la vista y me miró interrogante, y por la expresión de su rostro supe que le había bastado verme para dar con la respuesta.

Al final, habíamos llegado demasiado tarde.

Capítulo 18



Es el momento perfecto para hablar sobre los finales. Seguro que habéis leído muchos en novelas de ficción. Ya sabéis lo que esperar: los personajes de los libros siempre piensan que han fracasado hasta el último momento, y entonces, de repente, alcanzan el triunfo definitivo. Por eso tantos os sentisteis traicionados al final del quinto volumen de esta historia. Alcatraz no podía fracasar. Alcatraz tenía que ganar.

Una vez más, os recuerdo a los de las Tierras Silenciadas que esto no es una obra de ficción. Es un relato verídico de lo que pasó aquel día en la cima de la Aguja del Mundo. No estoy manipulando los hechos para proporcionaros una conclusión satisfactoria. En ese momento de la historia, Alcatraz y yo estábamos en la Aguja del Mundo y creíamos que habíamos fracasado. Que habíamos llegado demasiado tarde. Que no habíamos salvado a los Reinos Libres. Que no habíamos hecho más que llegar al centro del mundo justo a tiempo para ver cómo terminaba.

Lo digo para que lo tengáis bien claro al seguir leyendo. No puedo cambiar lo que pasó para satisfacer vuestra necesidad de finales felices.

Y, en mi opinión, eso hace que lo que pasó a continuación sea aún más emocionante.

Me volví hacia Alcatraz y le cogí la mano, esta vez para que estuviéramos juntos.

Y, en ese momento, la luz del sol arrancó un destello de un trozo de cristal, en el centro de la plataforma, junto al último pico de la Aguja.

La lente forjada con sangre. Un círculo de cristal fino, sin montura. La cogí. La lente me dio una… una sensación oscura, profunda, terrible. Y solo era un trozo de cristal.

«¿Alcatraz? —dijo una voz dentro de mi cabeza—. ¿Eres tú?».

Me quedé de piedra. Parecía la voz de…

«¿Alcatraz? —insistió la voz—. Sabía que lo lograrías. ¡Lo sabía! Nos has salvado a todos».

Yo conocía aquella voz.

—Alcatraz —dije.

«No, no soy Alcatraz —dijo Attica en mi mente—. Él escapó. Me sacrificaron a mí en su lugar».

—Alcatraz —repetí sin hacer caso de las protestas de la lente—. Me parece… me parece que he encontrado a tu padre.

A Alcatraz se le oscureció el rostro. Me parece una expresión muy rara, sobre todo considerando que estaba brillando, literalmente, más y más con cada segundo.

—¿Cómo que lo has encontrado? No está perdido. Está…

«¿Con quién hablo? —preguntó Attica desde la lente—. Claro que me has encontrado. ¿Dónde iba a estar si no?».

¿Dónde iba a estar si no? Pues muerto, claro. Eso es lo que habíamos creído todos.

—Soy Bastille, Attica —dije.

Alcatraz abrió mucho los ojos y miró la lente que tenía en la mano.

«¡Bastille! —exclamó Attica—. Genial. Alcatraz no andará lejos».

Debería haberme alegrado ver la fe que tenía en mí, pero la verdad es que me apetecía sacudirle. Y como tenía en la mano una lente que, por lo visto, contenía su conciencia, lo hice.

—¿Qué haces? —preguntó Alcatraz.

«¿Está ahí? —preguntó Attica—. Deprisa. No tenemos mucho tiempo».

Por lo visto, el sentido del equilibrio de Attica no se había transferido a la lente. Pero eso no me impediría sacudirlo tanto como me diera la gana cuando consiguiéramos salir vivos de aquella.

¿Qué hacía en la lente? ¿Qué había hecho esta vez el muy Smedry?

—Tu padre no está muerto —dije—. Está aquí.

Le puse en las manos la lente forjada con sangre, pero no la solté para poder seguir oyendo a Attica.

La lente no se activó de inmediato, pero sentí la energía que la atravesaba, que pasaba entre Alcatraz y yo. El poder de los incarna, que estaba a punto de destruirnos.

—¿Papá? —preguntó Alcatraz.

«¡Ah, Alcatraz, por fin! —exclamó Attica—. Sabía que llegarías a tiempo. Todo va según el plan».

Rayados Smedry.

—Eso es imposible —dije—. Estás en una lente forjada con sangre y nosotros estamos brillando y a punto de estallar.

«¡Qué va! —respondió Attica—. Estáis a punto de vaporizaros, que era lo que yo esperaba».

—Eh…, papá… —dijo Alcatraz—. Como plan, perdona que te lo diga, es una birria.

«Pues claro —respondió Attica—. Por eso tenéis que actuar ya. El canal está abierto y la energía fluye, pero nos quedan unos minutos antes de que mate a nadie».

—Genial. ¿Cómo la desactivamos?

«No se puede», dijo Attica como si fuera lo más obvio del mundo.

Me entraron ganas de darle un puñetazo. De tirar al suelo la lente forjada con sangre y pisotearla.

—Si no se puede desactivar —dije con los dientes apretados—, ¿qué más da que solo nos queden unos minutos?

Alcatraz estaba llorando otra vez.

—Perdóname, papá —dijo—. Perdóname por dejar que te sacrificaran.

«Qué tontería —dijo Attica—. Ya te lo he dicho. Todo va tal como había planeado».

—¿Tu plan era que te sacrificaran? —pregunté—. Es el plan más idiota que he visto en mi vida, ¡y me la paso protegiendo a los Smedry!

«El poder de los incarna. Nuestra familia lo ha albergado durante muchos años. Hay que liberarlo. Alguien tenía que entrar en esta lente para abrir el camino. Siento que tuvieras que presenciarlo, Alcatraz, pero no había otra manera».

—¿Para qué sirve liberar el poder de los incarna si va a matarnos a todos? —pregunté.

Attica decía tantas tonterías muerto como había dicho en vida. Me estaban entrando ganas de destruir la lente, a ver si eso paraba la energía.

Pero, si no daba resultado, nos habríamos quedado sin lente y sin

otro Smedry capaz de ayudarnos a pararla. Si es que iba al grano algún día.

—El poder es una carga excesiva para cualquier grupo de personas —dijo Attica—. Hay que repartirlo entre todos. Todas las personas del mundo deben tener acceso a él.

Acababa de enfrentarme a un ejército de Bibliotecarios con Talentos, así que aquello me sonó al fin del mundo, solo que de otra manera.

—No podemos darles Talentos a todos, papá —dijo Alcatraz—. Sería el caos.

«Para los demás, el poder estará diluido. No bastará para matar a nadie, ni para provocar destrucción. Todo el mundo tendrá un Talento, pero será un Talento pequeño. La facilidad para perder las llaves, o la incapacidad de salvar un obstáculo sin darse un golpe en el dedo gordo del pie. Sabía que pasaría esto, y por eso quise acabar aquí. Juntos, podemos liberar el poder de los incarna y compartir la carga con el mundo entero, tanto en las Tierras Silenciadas como en los Reinos Libres. Y luego ya pensarás cómo sacarme de esta lente».

Yo no me terminaba de creer que el plan de Attica fuera que lo transformaran en una lente forjada con sangre. Seguro que lo decía para quedar bien ahora que todo había salido como él quería.

Pero lo de que Alcatraz lo fuera a sacar de la lente… Sí, en otra ocasión Alcatraz había arrancado a su padre de las garras de los Curadores de Alejandría, pero esto…

—No sé yo si vamos a poder liberarlo, Alcatraz —dije—. Y no me parece justo que espere que lo hagas.

Alcatraz se sorbió los mocos y asintió.

—Lo intentaré —dijo—. Pero, lo primero, dime cómo redirigir la energía, papá.

«Supongo que con esta lente —dijo Attica—. Pero no sé qué más decirte».

No, claro. Solté la lente y di una patada a la plataforma de cristal.

—Es muy injusto para ti —dije—. Primero arma todo este lío y ahora quiere que lo saques de él y salves al mundo. No es…

—Bastille —me interrumpió—, ¿crees que puedo hacerlo?

Me miró como si mi respuesta le importara, como si me pidiera una opinión sincera.

En aquel momento, yo era una oculantista. Le podría haber dicho que me dejara probar.

Pero Alcatraz era… genial. Le había visto hacer tantas cosas imposibles que había perdido la cuenta.

Alcatraz tenía que terminar la obra de su padre, por

desencaminada que fuera esa obra. Era su momento. Su turno de ser un héroe.

—Sí —dije—. Hazlo. Sálvanos. Sé que puedes.

Me sonrió. Le brillaban tanto los ojos en aquel momento que no le habría hecho falta encender la lámpara de la mesita de noche. Volví a coger las lentes de reojero. De inmediato, se calentaron, así que me las puse a toda prisa, miré a Alcatraz y luego miré la cúspide de la Aguja.

Vi a Alcatraz llevarse la lente al ojo. Vi el torrente de energía que corría por la Aguja, enfocado a través de la lente forjada con sangre. Para eso servía, para controlar el poder de los incarna, para dirigirlo. El poder era como un ser vivo, o tal vez fluía por todo ser vivo como una gran fuerza que nos unía a todos.

Alcatraz se había pasado la vida enfrentado a la brizna de poder que albergaba en su interior. Había luchado contra su poder, crecido con él, lo había comprendido de una manera que estaba al alcance de muy pocos. Vi el poder a través de sus ojos, percibí sus pautas, cómo se acumulaba, fluía, crecía, bajaba… A través de sus ojos me resultó familiar. Comprensible. Claro.

Canalizó su propio poder a través de la lente y vi lo que hacía. Nos estaba abriendo a todos un poquito, lo justo para que el poder se colara por la rendija y se liberara.

Se oyó un sonido de algo enorme al romperse, como si la Aguja del Mundo se estuviera desmoronando, pero nada se movió. Se me puso la carne de gallina y, de pronto, la presión que sentía en el pecho disminuyó. Era como un globo deshinchándose. Las lentes dejaron de funcionar para mí y me las guardé en el bolsillo. Las uñas volvieron a la normalidad. Los ojos de Alcatraz ya no brillaban. Abajo, oí un grito de alegría de Kaz, seguido por los de todos nuestros amigos. El resto de los Smedry lo notaban, igual que todo el mundo en los Reinos Libres. Lo habíamos conseguido. Los habíamos salvado.

Alcatraz se guardó la lente en el bolsillo y me miró.

—Lo logramos —le dije—. Hemos salvado los Reinos Libres. Tú nos has salvado. Para mí, eres un héroe.

Él hizo una mueca y empezó a tambalearse. Casi no me dio tiempo a cogerlo en brazos antes de que cayera al suelo.

Y, allí, lo abracé mientras lloraba.

Capítulo 19

En el capítulo diecisiete dije que la paciencia no era mi punto fuerte. Era mentira, lo dije por lo tenso de la situación.

La verdad es que soy muy paciente.

¿Qué? ¿Que no me creéis?

Paraos un momento a pensar en todas las cosas que no hice mientras estuve con Alcatraz en la cúspide de la Aguja del Mundo.

No le quité del bolsillo la lente forjada con sangre para hacer que su padre pagara todo lo que le había hecho.

No despotriqué contra el destino por colocarme a una altura de vértigo y dejarme como única opción la de bajar hacia una marea de gatitos sanguinarios.

Y cuando apareció una aeronave cerca de la Aguja y vi a Shasta Smedry, la madre de Alcatraz, que por lo visto había utilizado ese vehículo para escapar de los Bibliotecarios, no le grité por aparecer cuando ya todo estaba arreglado, ni siquiera por aparecer.

Bueno, no le grité casi nada.

—¿Por qué siempre tiene que aparecer tu madre en el peor momento? —pregunté a Alcatraz.

—Ni idea. Parece como si fuera su Talento, aunque sé que eso es imposible.

Shasta tenía el mismo Talento que Attica: la habilidad para perder cosas. También era Bibliotecaria. En fin, menos mal que había llegado después de la batalla. Su presencia solo habría servido para complicar las cosas. Alcatraz debería tener al menos un progenitor que le diera su apoyo. En fin, contaba con todos nosotros, y con eso le tendría que bastar.

De la aeronave surgió una rampa hasta la plataforma que había bajo nosotros y Shasta descendió por ella. Los Bibliotecarios reformados estaban clasificando a los gatitos que quedaban por grupos, aunque ahora maullaban más fuerte, porque se habían quedado sin Bibliotecarios malvados con los que saciar su sanguinaria sed de venganza felina.

Alcatraz y yo bajamos a su encuentro junto con Sing y Kaz. Mi madre se dispuso a defendernos de Shasta si hacía falta.

Draulin pareció alegrarse de verme viva, y he de reconocer que sentí algo muy parecido con respecto a ella.

Shasta fue a decir algo, pero la interrumpió una voz que llegó de detrás de la torre.

—¡Howes Horarios, chico! —exclamó Leavenworth—. ¿Qué me he perdido?

Kaz se volvió e hizo un ademán a su padre para que se reuniera con nosotros.

—Alcatraz nos ha salvado —dijo—. Creo. Nos has salvado, ¿no, Alcatraz?

Él sonrió y me dio un codazo.

—El éxito ha sido en buena parte gracias a Bastille.

Me sonrojé como una damisela.

—Vale, vale —dijo Shasta—. Ahora que ya has terminado con eso, dinos qué ha pasado.

Alcatraz se sacó la lente del bolsillo.

—Biblioden trató de canalizar el poder de los incarna para matar a todos los habitantes de los Reinos Libres. —Les mostró la lente—. Con esto.

—La lente forjada con sangre —dijo Leavenworth en tono sombrío —. Para hacerla mataron a Attica.

La noticia no pareció sorprender a Shasta, así que di por hecho que ya se había enterado.

—No está muerto —dijo Alcatraz—. No del todo. Está dentro de la lente. O su alma está dentro de la mente, no sé. Hemos hablado con él.

Aquello sí que la sorprendió.

—Dámela —dijo.

Alcatraz titubeó. Era su madre, pero no le pensaba dar la lente

forjada con sangre a una Bibliotecaria.

Leavenworth extendió la mano.

—Yo me encargo, muchacho.

Otra pausa, pero al final le dio la lente. Leavenworth cerró los ojos. Seguramente estaba escuchando la voz de Attica.

—Anda, anda —dijo—. Ninguno pudimos saber lo que iba a pasar. Ni siquiera tú.

Seguro que era cierto.

—Attica consiguió lo que quería —dije a los demás—. Ahora hay una pizca de Talento Smedry en cada persona del mundo.

Shasta tardó unos segundos en asimilar la noticia. Sin duda se le pasó por la cabeza el caos que se le venía encima, aunque fueran Talentos de segunda.

Aunque, ¿quién sabía? Tal vez ya había alguien, o muchos álguienes, que habían descubierto su capacidad para romper todo lo que tocaban. Tal vez algunos de ellos se estaban preguntando si tenían inclinaciones destructivas.

Tal vez, querido lector, tú eres uno de ellos.

—En ese caso —dijo Shasta—, nuestro trabajo es más importante que nunca. —Parecía que se dirigía a Himalaya y a los Bibliotecarios reformados. Algunos asintieron—. Los Bibliotecarios necesitan liderazgo —siguió—, y se lo voy a proporcionar. Vamos a cambiar las cosas desde dentro.

—Sin que se enteren los de las Tierras Silenciadas, quieres decir —apuntó Alcatraz.

Shasta lo miró.

—Ya va a haber suficiente caos y suficientes cambios tras lo que ha pasado hoy. Quizá algún día se les pueda decir la verdad, pero mejor que no les caiga encima todo a la vez.

Yo dudaba mucho de que Shasta tuviera intención de liberar a las Tierras Liberadas de las mentiras de los Bibliotecarios, pero tampoco era Biblioden. Y nos había ayudado muchas veces.

—Tenemos que poner fin a la guerra —dijo Kaz—. Eso es lo más importante.

Shasta asintió.

—Eso pienso hacer.

—Contad conmigo —dijo Himalaya—. Y Kaz ha encontrado para nosotros un montón de gatitos mientras estábamos perdidos. Creo que también quieren ayudar.

La «ayuda» que podían proporcionar los gatitos me provocó un escalofrío.

Shasta miró a Alcatraz por encima de las gafas de montura gruesa

y apretó los labios.

—Puedes venir conmigo.

Él negó con la cabeza.

—Mi lugar no está en las Tierras Silenciadas. Nunca lo ha estado.

Le volví a coger la mano. Era cierto. Alcatraz era un Smedry. Tenía que estar con su familia. Shasta era su madre, pero había perdido la relación con su hijo. Attica había perdido su humanidad. Tal vez fueran manifestaciones de sus Talentos. O, tal vez, personas que habían cometido errores.

Pero Alcatraz seguía teniendo a su familia, a Leavenworth, a Kaz, a todos los primos Smedry. Unos lazos familiares que nada podía romper, ni siquiera su Talento.

—Seguiremos en contacto —dijo Shasta.

Empezó a dar instrucciones a los Bibliotecarios reformados para que cargaran el ejército de gatitos en la aeronave.

Eso sí que iba a salir bien.

Kaz y Leavenworth fueron a despedir a Folsom, que se iba con Himalaya, Shasta y los Bibliotecarios reformados. Mi madre se me acercó. Ya parecía más segura de que nadie necesitaba que lo defendieran de Shasta por el momento. Draulin tenía el ceño fruncido, como de costumbre. Me preparé para la inevitable bronca por todas las cosas irresponsables nivel Smedry que había hecho.

Pero hizo algo que me sorprendió.

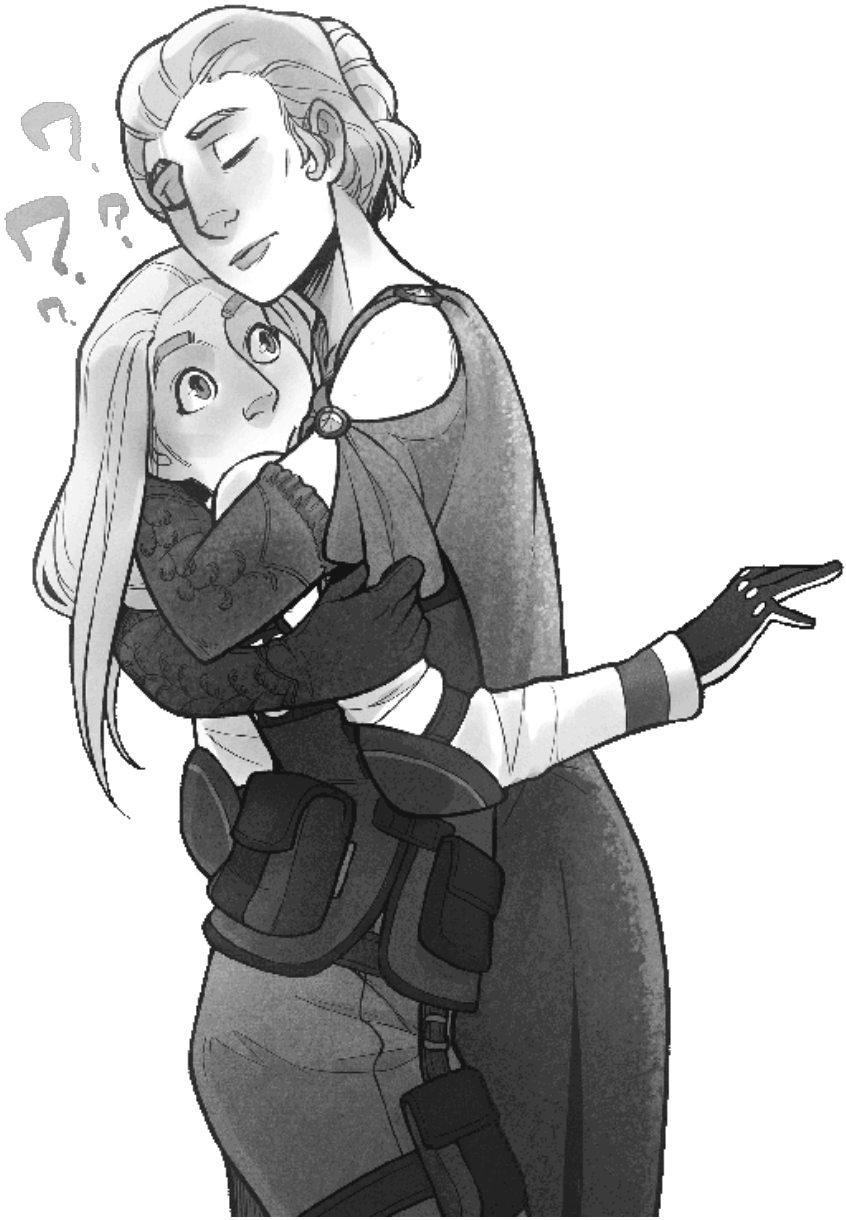
Me abrazó.

—¡Aj! —dije.

—Siento haberte metido en esto —se disculpó mi madre—. Lo has hecho bien. Lo has hecho muy bien, Bastille. Pese a mi intromisión en ocasiones.

—Eh…

Aquello sí que era raro raro. O sea, quiero a mi madre y todo eso, pero suele ser tan cariñosa como un camello muerto. Y no había manera de liberarse de su abrazo. Un abrazo de mi madre es como el de una boa.



Cosa extraña, tampoco me apetecía liberarme. Quizá porque el abrazo me hacía sentir mejor. Un poquito.

No le digáis a mi madre que lo he dicho.

Cuando por fin conseguí apartarme, me senté con Alcatraz en las escaleras que llevaban a la punta de la Aguja del Mundo.

Él se cruzó de brazos con expresión de derrota. Habíamos vencido, pero a un precio muy alto, sobre todo para él. Yo habría dado cualquier cosa por haber evitado que viera lo que vio, que perdiera lo

que había perdido.

—Supongo que sabes que sigue sin ser culpa tuya.

Alcatraz se encogió de hombros.

—Tampoco es culpa tuya.

—Ya lo sé. He hecho todo lo posible por proteger a los Smedry, pero no paran de meterse en líos. Está en su naturaleza.

Seguía sin gustarme ni un pelo que Alcatraz cargara con el peso de todo sobre sus hombros. Él también había hecho lo posible.

Entonces se me ocurrió una idea.

—Todavía tengo las lentes de reojero —dije, y me las saqué de un bolsillo de la armadura.

—Anda —dijo Alcatraz—. Pero ya no las puedes usar, ¿no?

Las lentes reposaban frías en la palma de mi mano.

—No.

Me dio un poco de pena, pero lo cierto era que pensaba que nunca iba a sentir lo que sentían los oculantistas. El hecho de haberlo experimentado, aunque fuera por un momento, había sido…

Una suerte.

Se las di a Alcatraz.

—Deberías ver lo que piensa tu abuelo de ti. De una vez por todas.

Señalé en dirección a Leavenworth, que estaba ayudando a Himalaya a cargar los últimos gatitos.

Alcatraz titubeó. Al final, miró a su abuelo y activó las lentes, y luego miró su propio reflejo en el cristal de la Aguja y las volvió a activar.

En ese momento, el abuelo Smedry miró hacia arriba y vio a su nieto con las lentes. Sonrió.

Alcatraz se encorvó y apretó los labios. Tras las lentes, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ese no soy yo —dijo.

El rostro del viejo Smedry decía que sí lo era.

—Puede. Pero el que seguro que no eres es ese cobarde que destruye cosas.

Alcatraz tocó las lentes para desactivarlas y me miró. Nuestros ojos se encontraron un instante. Tocó las lentes de nuevo, miró su propio reflejo y las reactivó.

Y se sonrojó. Y yo me sonrojé. Y él se sonrojó aún más. Se quitó a toda prisa las lentes de reojero y se las metió en el bolsillo.

Luego me cogió la mano y nos quedamos un rato allí, sentados, en silencio.

Para que veáis lo paciente que soy: ni siquiera le di un puñetazo.

—Venga, chicos —dijo Kaz cuando se marchó la aeronave de los

Bibliotecarios—, ¿preparados para perderos?

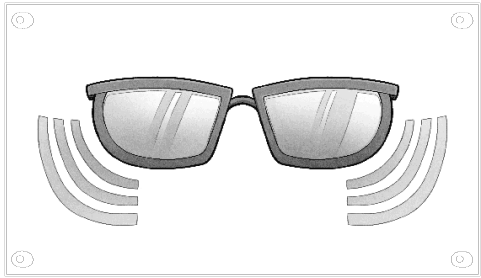
—Todo lo preparados que se puede estar —dijo Alcatraz.

Me levanté.

—Yo, preparada para lo que sea —dije.

Seguimos a Kaz hacia la base de la Aguja y hacia nuestra próxima aventura.

Epílogo



Alcatraz y yo tardamos aún varios años en casarnos. ¿Qué pasa? Éramos niños cuando sucedió todo esto. Claro que tardamos años. La boda se celebró en el castillo de Nalhalla y asistió casi toda la ciudad. Hasta los dragones, que por lo general entienden que una fiesta es zamparse a una doncella, pero en esta ocasión se conformaron con porciones grandes de la tarta nupcial. Menos mal que hay Smedry fatales en matemáticas o no habría llegado para todos. Después, mientras Folsom e Himalaya dirigían por el patio una conga que amenazaba con tirar toda mesa junto a la que pasaba, di con Alcatraz, que estaba mirando la fiesta desde un balcón.

Sonrió al verme. Mi vestido tintineaba con el movimiento, así que no era precisamente una novia ninja, pero mi padre me dijo que estaba hecho de tejido cristalino, así que tampoco importaba si mis enemigos me oían acercarme. Alcatraz parecía triste, que no es lo que una mujer espera de su flamante marido el día de la boda.

Pero se me ocurrían varios motivos que no tenían nada que ver conmigo.

—¿Todavía ni rastro de tu Talento? —me preguntó.

—Aún nada. —Resultó que los Smedry habían conservado sus Talentos a plena potencia cuando el resto del mundo consiguió los

menores—. Como me rompa el vestido, le clavo la espada.

—Esto no va así, Bastille.

—Tú déjame a mí —repliqué—. ¿Qué tal con tu madre?

Shasta era la última persona con la que había visto a Alcatraz, y probablemente la causa de su tristeza. Pero las cosas habían ido mejor con ella últimamente. Estaba cumpliendo su parte del trato: reformar a más Bibliotecarios.

—Todo bien.

—¿Y tu padre?

—En la cabecera de la mesa, en la peana de la lente —dijo—. Yo creo que está contento.

—Entonces ¿qué haces aquí escondido y solo?

Alcatraz hizo una mueca.

—Me ha pillado por banda el señor Bagsworth, el de la editorial. Otra vez.

Vaya. Alcatraz llevaba ya unos años escribiendo los primeros volúmenes de su autobiografía, que se habían publicado con mucho éxito en los Reinos Libres y hasta tenían lectores, pocos pero muy fieles, en las Tierras Silenciadas. Acababa de terminar el quinto, pero aún no lo había entregado. Yo sabía que se sentía culpable por no dar a su público un final más satisfactorio, pero me juraba que, por mucho que yo creyera lo contrario, era incapaz de escribir bien sobre lo que había pasado antes de llegar a la Aguja del Mundo.

Abajo, la conga de Bibliotecarios y Smedry se hizo más larga, y luego más corta cuando la mitad, empezando por Kaz, se perdió al dar una vuelta al patio.

—Sé que crees que debería terminar la historia, Bastille, pero no puedo. Esa parte… me duele demasiado. No la quiero revivir.

—Ya lo sé —dije—. Por eso he decidido escribirla yo.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—Entrega el quinto tomo tal como está y yo me encargo del resto. —Ya hacía tiempo que acariciaba la idea, pero aún tenía la esperanza de que Al juntara valor para terminar él la historia—. Estuve presente durante el resto de lo que pasó, y seguro que me acuerdo mejor que tú.

—Sí, pero… —No parecía muy seguro—. ¿De verdad crees que… puedes…?

—¿… recordar lo idiota que fuiste? Claro.

—Escribir un libro.

Me volví hacia él con la cadera contra la baranda del balcón.

—¿Qué insinúas? Claro que puedo escribir un libro. Estoy

alfabetizada. Y me voy a sacar la licencia literaria esa.

Alcatraz sonrió.

—¿De verdad lo harías por mí?

—Pues claro. Para eso estamos los que te queremos.

Puso una mano sobre la mía.

—Y para pegarte un puñetazo cuando te haga falta —añadí.

—Bastille…

—Y para agarrarte por la oreja y obligarte a levantarte cuando estás deprimido pero tienes que salvar al mundo, y para…

—¡Bastille!

Alcatraz me agarró por la mano y me apartó del balcón.

Justo antes de que la baranda empezara a desmenuzarse y se derrumbara hacia el patio.

Parpadeé.

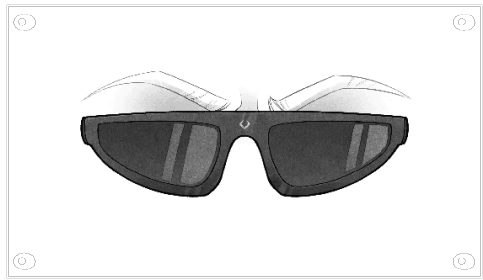
—Por favor, dime que has sido tú —dije.

—No —replicó él—. Podemos dar por hecho que has sido tú.

Supe que íbamos a tener esa discusión cada día del resto de nuestras vidas.

Así que, por una vez, dejé que pensara que él tenía razón.

Epílogo de Bastille



Así llegamos al final de la historia. Se supone que aquí os tengo que decir que os forméis vuestra propia opinión sobre Alcatraz, pero no soy tan generosa.

Alcatraz es un héroe. Al que diga lo contrario, le clavo la espada.

(Y si no me creéis, preguntadle a él. No os imagináis la de pinchazos que lleva).

A día de hoy, sigue diciendo que no es un héroe (pese a las veces que le he clavado la espada), no solo porque es estópido, sino también porque, como ya habréis advertido, hemos salvado al mundo, pero también hemos fallado en cosas muy muy importantes.

Nunca conseguimos dar con la manera de sacar a Attica de la lente. Y Alcatraz y él no llegaron a entenderse jamás. La relación de Al con su madre no mejoró gran cosa, como tampoco lo hizo la mía con mi madre. Y, tarde o temprano, Leavenworth lo pagará.

Como dice Alcatraz, hay cosas que, cuando se rompen, no tienen arreglo.

Solo quiero que aprendáis una cosa: que los héroes no son personas perfectas. No somos seres todopoderosos con control absoluto. Tenemos defectos. Cometemos errores. Actuamos sin pensar y, a veces, fracasamos.

Creo que los héroes son los que se levantan y vuelven a intentarlo pese a todo, aunque sepan, aunque sepamos, que todo está en nuestra contra. Que el mundo está irreparablemente roto. Hacemos todo lo

posible por proteger a los demás, por evitar que sucedan cosas malas, y nos enfrentamos a los que provocan destrucción y dolor…, aunque no siempre tengamos éxito.

Y luego vivimos con las consecuencias. Que puede que sea lo más difícil de todo.

De nada.

BASTILLE SMEDRY

Epílogo de Alcatraz

Soy yo. Alcatraz.

Sí, ya sé que dije que se había terminado y que no iba a escribir más. Dije que el quinto libro era el último.

Era mentira. Resulta que Bastille Smedry es más mandona aún de lo que pensaba y…, bueno, también más lista.

La mayoría de las cosas que ha escrito en este libro son verdad, aunque no me hagan gracia sus comentarios. Pero en cuanto a las emociones…, eso me parece que no lo ha clavado. A cualquiera, yo incluido, le costaría expresar el dolor que siento aún por haber abandonado a mi padre. Sí, vale, también se me puede aplaudir porque impedí que Biblioden acabara con el mundo. Pero sigo habiendo sido un cobarde en un momento crítico de mi vida.

Ahora que ya se ha escrito este libro, puedo explicar por fin por qué no soy un héroe. Mi misión era protegeros de los Bibliotecarios. Pero, al final, dejé que tocaran vuestras almas, que os cambiaran. Peor aún, no me quedó más remedio que ir un paso más allá y daros una chispa de Talento Smedry a cada uno.

Esa chispa está dentro de vosotros, como siempre lo ha estado. Seguramente no le habéis hecho caso. Es ese mechón que no se deja peinar, y los cacharros electrónicos que a vosotros no os funcionan como a los demás. O no podéis dar tres pasos sin tropezar. O se os pierden cosas en el bolsillo y reaparecen sin explicación.

O cualquier cosa se rompe, aunque no queráis.

Mi carga es ahora vuestra carga. Al final, mi padre consiguió lo

que quería, aunque no a la escala que quería. Lo reconozco, y eso equivale a admitir la verdadera razón, la razón definitiva por la que escribí esta autobiografía. Es un manual de instrucciones.

Así que, por favor, recordad las cosas que yo he aprendido. La semilla del Talento está dentro de vosotros, y a veces va a brotar y va a estropearlo todo. Pero eso es parte de lo que os hace especiales.

No siempre soy buena persona. Pero no soy solo un cobarde. A veces soy heroico. A veces soy egoísta. Soy todo eso a la vez.

Soy…, bueno, soy humano. Como vosotros. A veces cometo errores y a veces los repito. Pero puede, solo puede, que haya aprendido una cosa por fin.

A veces, la maldición que te parece que es tu peor defecto puede ser también tu mayor virtud.

Y a veces son tus amigos quienes te lo enseñan.

ALCATRAZ SMEDRY

FIN

(Sí, esta vez en serio).

y me vaporicé, me vi convertida en una nube gaseosa de los elementos que antes eran Bastille.

—¡Alcatraz, idiota! —dije—. ¡Este final es aún peor que el otro!

—No puedes decirme eso —dijo él—. No puedes decir nada. Las nubes gaseosas no tienen boca.

—Mira, y ni aun así te callas —dije, pero luego ya no añadí más, porque me di cuenta de que él tenía razón.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Soy fan de Alcatraz desde el principio, así que estoy muy agradecida por la oportunidad de colaborar en el final de la serie. Trabajar en este libro ha sido una maravilla de principio a fin, y doy las gracias a Brandon por permitirme participar en esto. Gracias también a Emily Sanderson por creer en mí y en mi trabajo, y por proponerme para formar parte del proyecto. Ha sido un honor entrar en este mundo con vosotros dos.

Gracias también a mis primeros lectores, entre ellos Megan Walker y mi grupo de escritores, los Ninjas con Ataques. Gracias sobre todo a Cortana Olds, que fue la primera persona en leer *El Talento Oscuro* y empezar inmediatamente con este volumen. Cortana ha leído la serie montones de veces, se acuerda de los detalles mejor que yo y siempre me recuerda dónde apareció un detalle o un chiste.

Y gracias, siempre, a Drew Olds, mi marido, por reírse de mis chistes, por creer en mí y en mi trabajo y por estar siempre a mi lado cuando me hace falta alguien a quien leerle una escena.

Gracias al equipo de Dragonsteel, que hacen un trabajo excelente. Isaac Stewart me ayudó con el desarrollo de la trama, sobre todo con el final. Gracias por las ideas, el apoyo y la amistad, Isaac. También se encargó de dirigir las ilustraciones, y entre él y Hayley Lazo han hecho que la historia de Bastille cobrara vida. También hay que dar las gracias a Anna Early, que ayudó a Hayley con algunas ilustraciones para poder cumplir con las fechas de entrega. La documentación de Karen Ahlstrom sobre continuidad me salvó la vida, y además me proporcionó una lectura excelente del borrador. Kristina Kugler sacó tiempo con muy poco preaviso para hacer una corrección detallada que mejoró mucho el libro. Gracias, Kristy, por tu apoyo constante y por hacer que mis frases sean infinitamente más legibles. Peter Ahlstrom es un coordinador increíble, y le estoy muy agradecida por hacer que todos los libros de Brandon alcancen su máximo potencial.

Muchas gracias al equipo de lectores beta de Dragonsteel. ¡Sois increíbles! Siempre es un privilegio trabajar con vosotros. Entre los

betas de este libro han estado Darci Cole, Paige Vest, Jennifer Neal, Becca Reppert, Richard Fife, Deana Covel Whitney, Alice Arneson, Linnea Lindstrom, Kalyani Poluri, Zaya Clinger y Alexander Whitney. Vuestros comentarios han dado forma a esta novela, y vuestra amistad ha hecho que el proceso fuera maravilloso. Entre los lectores gamma, aparte de muchos de los antes citados, estuvieron Brian T. Hill, Chris McGrath, Joy Allen, Eliyahu Berelowitz Levin, Jessica Ashcraft, Brandon Cole, Ari Kufer, Ian McNatt, Ted Herman, Bob Kluttz, Aaron Biggs, Sam Baskin, Taylor Cole, Gary Singer, Glen Vogelaar, Alexis Horizon, Ross Newberry, Tim Challener, Heather Clinger, Dr. Kathleen Holland, Rebecca Arneson, Rahul Pantula, Evgeni «Argent» Kirilov, Eric Lake, Chana Oshira Block y Aaron Ford.

Gracias al equipo de Tor, con especial mención a Susan Chang y Rachel Bass, por guiar el proceso de este libro. Las notas de Susan fueron básicas para pasar del primer borrador a la versión definitiva que el lector tiene en las manos, y le doy las gracias por su perspicacia y por el amor que siente hacia la serie.

Gracias a mi agente, Eddie Schneider, y a todo el equipo de Jabberwock, por cuidar de mí y por apagar tantos incendios. Sin vosotros, mi trabajo sería mucho mucho más difícil.

Y gracias sobre todo a vosotros, nuestros lectores. Gracias por dar una oportunidad a este libro tras una espera tan larga. Espero que os haya gustado, y espero que mi aportación a la serie haya hecho justicia a las historias que tanto amáis.

JANCI PATTERSON

© Nazrilof

BRANDON SANDERSON (Lincoln, Nebraska, 19 de diciembre de 1975) es un escritor estadounidense de fantasía y ciencia ficción. Es uno de los mayores exponentes de la literatura fantástica del siglo XXI, con más de veintitrés millones de lectores en todo el mundo.

Desde que debutara en 2006 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Es autor de la brillante saga «Nacidos de la bruma», formada por *El Imperio Final* (2006), *El Pozo de la Ascensión* (2007), *El Héroe de las Eras* (2008), *Aleación de ley* (2011), *Sombras de identidad* (2015), *Brazales de duelo* (2016) y *El metal perdido* (2022). Tras *El aliento de los dioses* (2009), una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* (2010) una magna y descomunal decalogía, «El archivo de las tormentas», que continuó con *Palabras radiantes* (2014), *Juramentada* (2017) y *El ritmo de la guerra* (2020). Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso jamás escrito en la fantasía épica.

Más allá del Cosmere, es también autor de las sagas «Alcatraz», «Reckoners», «Legión» y «Escuadrón», así como de *El rithmatista* (2013). Además, en diciembre de 2007 fue elegido por Harriet McDougal como el continuador de *Un recuerdo de luz*, el volumen final de la famosa saga «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert

Jordan no pudo terminar. Finalmente, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía: *La tormenta* (2009), *Torres de medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. Está trabajando en el quinto libro de «El archivo de las tormentas», previsto para 2024. También está trabajando en el proyecto de publicación de cuatro libros secretos, financiado por medio del Kickstarter más exitoso de la historia.

www.brandonsanderson.com

JANCI PATTERSON (22 de febrero de 1982, California) es una escritora estadounidense de novelas juveniles, fantasía y ciencia ficción. Es conocida por su primer libro, *Chasing the Skip* (2011), así como por la trilogía *A Thousand Faces* y por haber escrito libros junto a autores como Megan Walker, Lauren Janes, James Goldberg y Brandon Sanderson.

Janci vive con su esposo y sus hijos en Orem, Utah, y tiene una maestría en escritura creativa de la Universidad Brigham Young.